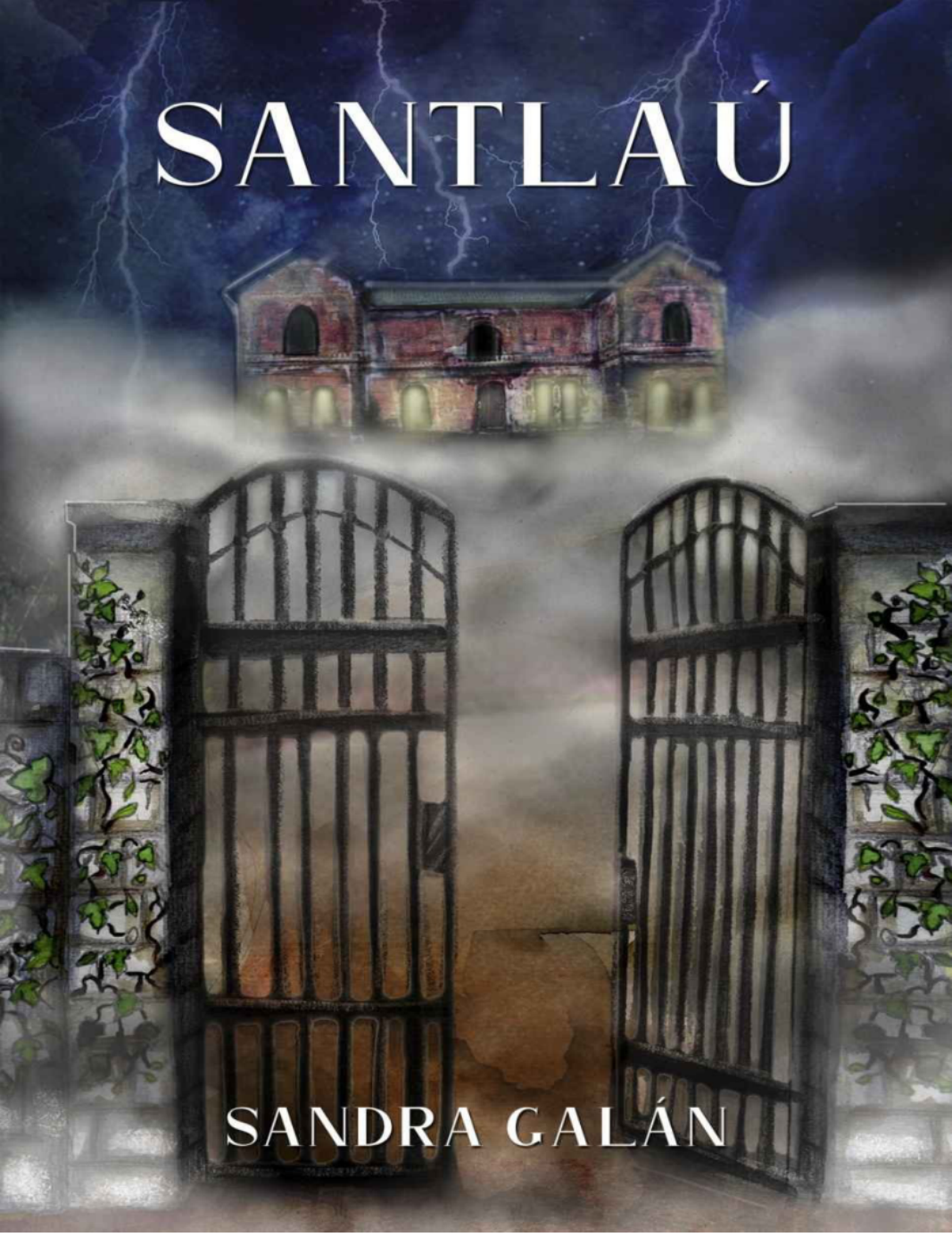
SANTLAÚ



SANDRA GALÁN

Santlaú

Sandra Galán

Contenido

Santlaú
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37

38
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora
Santlaú

Título: Santlaú

Copyright © 2022, Sandra Galán

Esta es una obra de ficción. Los personajes recogidos en ellas son obra de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad podría ser mera coincidencia.

Corrección y maquetación: Sandra Moya
Ilustración de cubierta: Alba Alcaraz

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva del delito contra la propiedad intelectual.

1ª edición, octubre de 2022

Para Thor, la luz de mi vida.
Siempre te querré.

Prólogo

El cielo estaba en calma. Hacía semanas que la Luna se ocultaba entre unas nubes demasiado oscuras. Las fuertes tormentas no habían dado tregua ni un solo día; si seguía lloviendo de esa manera, el edificio sufriría algún daño. Era una construcción muy antigua y aún necesitaba varias reformas. El Hospital Psiquiátrico Santlaú se construyó aprovechando una vieja masía, a las afueras del pueblo de Jafra; aunque, llamar *pueblo* a las cuatro piedras que quedaban, era mucho decir. Hacía demasiado tiempo que nadie vivía allí. Sin embargo, cuando a los altos cargos del Hospital Psiquiátrico de Sant Boi de Llobregat, les ofrecieron esa masía abandonada, fue como un regalo inesperado. Por el ridículo precio que pedían por ella, no pudieron negarse y más después de que, un pequeño incendio, dejara varias habitaciones de uno de los módulos inservibles. Hicieron cuatro obras de rigor y dieron orden de trasladar a varios de los pacientes de aquel módulo. Todos ellos padecían problemas de depresión; aseguraron que un entorno en la montaña les sería muy beneficioso, mientras arreglaban los daños ocasionados por el incendio.

Durante el primer año, el hospital tuvo un enorme éxito. Varias familias adineradas de Barcelona no dudaron en ingresar a sus familiares, aquellos que sufrían pequeños problemas de depresión. Los métodos del Dr. Mateo Redondo eran excepcionales; en pocas semanas, los pacientes recibían el alta recuperados del todo. Los ingresos —por parte de esas familias— eran tan elevados, que no dudaron en asignar una planta solo para ese tipo de pacientes. Hasta esa noche; en la que, después de semanas de lluvia, una parte del edificio se desplomó. Por suerte, no hubo ningún herido. La parte afectada fue el comedor; un enorme agujero se abrió justo en el centro de la sala.

A primera hora de la mañana siguiente, un grupo de obreros comenzaron las obras para reparar el estropicio causado por la tormenta. El agujero era tan profundo que decidieron bajar para comprobar que los cimientos no sufrieron ningún daño. Cuál fue la sorpresa de esos operarios al encontrar —lo que parecía— una vieja habitación infantil.

El habitáculo era muy antiguo. Las paredes y el suelo eran de piedra. Un fuerte hedor a humedad los obligó a cubrirse la nariz y la boca. Una espesa capa de polvo lo cubría todo. Esa habitación llevaba muchos años sellada. Junto a la pared del fondo, había dos camas. El suelo estaba repleto de juguetes antiguos; caballitos de madera, coches

tallados a mano, incluso muñecas de trapo que ponían los pelos de punta. Uno de los operarios se dirigió hacia la pared situada más a la derecha, ya que le pareció ver que algo se movía. Al acercarse, una enorme rata salió corriendo, y por el susto, tropezó con los restos de baldosas y escombros. Perdió el equilibrio, cayendo hacia delante. Su cuerpo quedó semi sepultado entre los restos de piedra, telarañas y moho. Tosiendo sin parar y frotándose los ojos, intentó ponerse en pie. Cuando sus manos buscaron algo a lo que agarrarse, observó algo dentro de la pared. Se acercó poco a poco. Su cara cambió a un gesto de horror. Allí, delante de sus ojos, encontró huesos humanos. Eran tan pequeños que se estremeció, al comprender, que pertenecían a bebés.

Nada de eso salió a la luz. Pagaron a los operarios con una cifra descomunal para comprar su silencio. El hospital ganaba demasiado dinero; no querían que la gente hiciera todo tipo de hipótesis y se negaran a ingresar en el centro. Por lo tanto, solo unos cuantos sabían la verdad. O eso creían ya que, como en todos lados, las noticias corrían como la pólvora. El agujero quedó arreglado por parte de los operarios y nunca más se volvió a hablar de la habitación secreta.

Habían pasado varios meses desde el suceso, pero ¿realmente quedó olvidado?

Bienvenidos al Hospital Psiquiátrico de Santlaú.

1

Hospital Psiquiátrico Santlaú (Jafra)
Tres meses después del descubrimiento de los huesos

Lorena dormía en su habitación. Su sueño era inquieto, como la gran mayoría de las noches. Su familia le había sugerido que buscara ayuda; su última crisis nerviosa terminó con un ingreso hospitalario, fruto del enorme estrés que sufría en el trabajo.

Cuando su padre, el dueño de una de las mayores constructoras de toda Cataluña, le propuso dirigir la empresa para ocupar su puesto, no imaginó en el infierno al que se sometería. Exceso de trabajo, horas indefinidas en la oficina, noches en vela y fines de semana de papeleo. No sabía cómo decirle que aquel puesto la estaba destrozando; la ansiedad se convirtió en su mejor amiga y dio paso a una leve depresión. Lo último que quería era defraudarlo, así que mantuvo silencio. Era su legado familiar ya que, al no tener hermanos, era la única heredera y futura dueña de la constructora.

Eligió Santlaú por la fama del doctor Mateo, especialista en tratar los síntomas que padecía, los cuales cada día iban a más. Su intención era pasar una semana allí. Después, más relajada, saldría y hablaría con su padre, se sinceraría con él y le diría que no estaba hecha para ese trabajo. Quería seguir con sus estudios de Veterinaria, su verdadera vocación.

Su tratamiento estaba siendo muy efectivo. Estaba más animada y se sentía con fuerzas para seguir con su vida, pero el destino quiso que estuviera en el lugar equivocado y viera algo… algo que no debía. Desde ese momento, todo cambió. Sufría horribles pesadillas que le impedían descansar por las noches. Al despertar, tenía la sensación de que alguien la observaba, pero cuando encendía la luz, en aquella habitación solo se encontraba ella.

Pidió que la encerraran para dormir; las habitaciones siempre estaban abiertas. Los pacientes no podían cerrar desde dentro, solo se permitía cerrar desde fuera y bajo supervisión del jefe médico. Debido al estado paranoide de Lorena, el médico aceptó cerrarla una noche para que descansara. Aun así, ella seguía notando esa presencia.

Lo que comenzó como una beneficiosa terapia, se había convertido en una pesadilla; con un tratamiento de pastillas incluido. No entendía qué le estaba pasando. Cada vez se encontraba más débil, por eso no había huido. Tenía que haberlo intentado, pero tenía miedo. Esos

llantos perturbaban su mente, los escuchaba todas las noches, y deseaba con todas sus fuerzas que esos bebés cesaran sus lloros, pero nunca lo hacían. No quería contárselo a su médico, ya que le subiría la medicación; la cual le nublaba la razón. Ella necesitaba estar lúcida para que todos sus sentidos estuvieran en alerta.

Esa mañana le escribió una carta a Silvia, la chica de la habitación de al lado. Las dos mujeres llegaron al hospital al mismo tiempo y se hicieron muy buenas amigas. Eran un gran apoyo la una para la otra, así que decidió pedirle auxilio. Le explicaba lo que había visto, y necesitaba que la ayudara a escapar.

Intentó contactar con su familia para pedirles que fueran a buscarla, que algo no iba bien en aquel lugar y que necesitaba irse a casa. Sin embargo, sus médicos hablaron con su madre para informarle de su recaída, y que se aconsejaba que estuviera una semana más en el centro. Sin embargo, Lorena sabía que no tenía una semana, presentía que algo malo le iba a pasar. La sensación de que la observaban, los llantos de aquellos niños… ¿todo aquello era real? O, ¿eran fruto de sus pesadillas? Ya no distinguía la realidad de sus sueños y el pánico se apoderaba de ella, llevándola a un lugar oscuro en su interior del que no sabía cómo salir.

Un ruido la despertó, alguien estaba arrastrando mobiliario, y miró el reloj despertador que había en su mesita de noche. Marcaba las cuatro de la madrugada, ¿quién estaría despierto a esas horas? Se levantó de la cama algo mareada, se puso unas zapatillas y una bata encima de su camisón. Al abrir la puerta, vislumbró el solitario pasillo. Una tenue luz entraba a través de los enormes ventanales distribuidos por toda la pared de la derecha.

Avanzó sigilosa, escuchando sin cesar el chirriar de esos muebles. «¿Cómo es posible que nadie más los escuche?», se preguntó. A esas horas de la noche, tanto los pacientes como el personal del centro, dormían. La única persona despierta era el guarda de seguridad, aunque las malas lenguas decían que se pasaba la noche metido en su garita y que casi nunca recorría el centro.

El sonido de una puerta cerrándose la sacó de sus pensamientos. Procedía de la segunda planta, al igual que los otros sonidos. Al llegar al final del pasillo, encontró la enorme escalera que daba acceso a la planta superior. Había tanto silencio que escuchaba su propia respiración. En penumbras, el hospital tenía un aspecto demasiado siniestro. Además, estaba esa historia que todo el mundo contaba: la del hallazgo de unos huesos de bebés. El resto de pacientes le decían que solo eran habladurías, pero ella los escuchaba llorar cada noche.

Poco a poco, subió por las escaleras hasta encontrar la puerta que conducía a la segunda planta. La abrió con lentitud para no hacer ruido, pero la puerta emitió un enorme chirrido. Delante de ella, otro

enorme pasillo se hizo visible. Comenzó a caminar, y contó las puertas de las habitaciones para averiguar de dónde procedían aquellos sonidos. A los pocos pasos, escuchó cómo arrastraban una silla; estaba delante de la habitación de donde procedía el sonido. Apretó la boca tragando saliva y comprobó si la puerta estaba abierta. La mano le sudaba tanto que, incluso, le costó girar el pomo. Con timidez, asomó la cabeza dentro de la sala. «¡No puede ser!». Lorena no podía creer lo que estaba viendo. En aquella sala, no había nada. Estaba completamente vacía.

Retrocedió de forma inconsciente. Corrió todo lo rápido que pudo. No era posible, había escuchado esos ruidos. Estaba completamente segura. Al llegar a su habitación, cerró la puerta tras de sí para meterse deprisa en la cama y se tapó con las sábanas hasta la cabeza. Las lágrimas rodaban por sus mejillas; sentía impotencia. Cada día se encontraba peor. Estaba tan asustada, tenía que salir de allí. En cuanto amaneciera, haría las maletas y se marcharía.

Un leve movimiento la sacó de sus pensamientos. Había alguien más en la habitación, lo escuchaba respirar. Empezó a temblar, pero se armó del poco valor que le quedaba y retiró parte de la sábana de su cabeza —dejando solo una pequeña rendija— para observar la habitación. La oscuridad no le permitía ver nada, por lo que intentó encender la lámpara de la mesita de noche. Por más que la buscaba con la mano, no lograba encontrarla. El interruptor de la luz estaba justo al lado de la puerta. Podría correr hacia allí, pero tenía tanto miedo que no se atrevió a salir de la cama. Sintió cómo algo se movía en un rincón. Volvió a taparse con la sábana. Unos pasos se acercaban a ella, cada vez estaban más cerca. Notó cómo le rozaban un brazo. Un grito agónico salió de su garganta. Reunió todo el valor que pudo y se destapó de golpe para ver quién era, pero no había nadie. «Dios mío, me estoy volviendo loca», pensó Lorena sin dejar de sollozar.

—¿Hay alguien ahí? —susurró aterrorizada.

Nadie contestó; sin embargo, alguien se escondía entre las sombras. Lorena volvió a meterse bajo sus sábanas, como si la pudieran proteger, igual que cuando era pequeña. Siempre que tenía una pesadilla, se escondía debajo de ellas para sentirse a salvo y protegida; nada ni nadie le haría daño bajo su protección. No obstante, en esa ocasión, no la protegieron, ya que alguien se las arrebató de un tirón para dejarla expuesta.

Delante de ella, se encontraba una persona vestida con una túnica y una capucha negra que escondía su rostro. Entre sus brazos, sostenía a un bebé. Se acercó tanto a Lorena, que pudo ver al bebé que acunaba, pero no era un niño; solo eran huesos. La calavera del niño la miraba con aquellos horribles y profundos huecos negros, sin vida, llenos de telarañas.

De la garganta de aquella persona, rugió una voz de ultratumba. Los huesos del bebé cayeron en el regazo de Lorena. La persona se acercó a ella y le susurró al oído.

—Lorena, solo tienes una forma de salir de este hospital, sabes demasiado. —Le acarició el rostro con una sonrisa.

Lorena temblaba, apenas conseguía que le salieran las palabras. Estaba totalmente paralizada.

—No diré nada, lo prometo. Mañana me marcharé y nunca volverás a saber de mí. No sé quién eres, y no me importa. No le hablaré a nadie de lo que vi, pero por favor, no me obligues a hacer lo que me pides —suplicó Lorena.

—Lo siento, pero no puedo arriesgarme, tienes que hacerlo. Si no lo haces tú, lo haré yo y serás libre —gruñó con odio.

—Entonces, tendrás que hacerlo tú —Lorena la desafió.

Aquella persona oscura y siniestra se aproximó a Lorena, y le inyectó una sustancia paralizante. La dosis era tan alta que, en pocos minutos, Lorena no podía moverse. La persona oscura cogió un cuchillo —que llevaba escondido—, abrió la boca de Lorena, y sin dudar, agarró su resbaladiza lengua para cortarla con un rápido movimiento. Disfrutó viendo el miedo en los ojos de la chica. Después, profanó su cuerpo y recuperó los huesos del bebé.

—Ahora, ya no hablarás —susurró mientras salía por la puerta.

Silvia se despertó por el sonido de un grito. Se incorporó en la cama, encendió la lámpara de su mesita de noche, se puso las zapatillas y salió de su habitación velozmente. Las primeras luces del día aparecían perezosas con el nuevo amanecer, y en ese momento, se fijó en que la puerta de la habitación de Lorena estaba abierta. «Qué raro», pensó, «Lorena nunca la dejaría abierta».

Caminó por el pasillo hasta la habitación. Junto a la cama de Lorena, había un hombre que no conocía. Vestía ropas antiguas, llevaba una americana muy elegante y unos pantalones de vestir. El hombre miraba a Lorena, pero al percatarse de la presencia de Silvia, la miró. En sus ojos, había oscuridad y su rostro reflejaba odio y compasión.

A Silvia se le erizó la espina dorsal.

—¿Quién es usted? ¡Apártese de Lorena! —gritó Silvia mientras encendía la luz de la habitación.

Cuando la estancia se iluminó, aquel siniestro hombre ya no estaba. Había desaparecido. Silvia se quedó confusa, estaba segura de haberlo visto.

El cuerpo de Lorena estaba cubierto con una sábana. Una sustancia de color rojizo caía gota a gota de la cama hasta el suelo, donde formaba un charco sanguinolento. Silvia corrió hacia la cama y

destapó el cuerpo de su amiga, sin creer lo que veía. Gritó con todas sus fuerzas, pidió socorro sin cesar hasta que dos enfermeros entraron en la habitación. Se encontraron a Silvia sentada en un rincón, con los brazos abrazando sus piernas y la mirada fija en la cama de Lorena.

Uno de los enfermeros se acercó a la cama. Lorena estaba tumbada, con una mueca de terror en su cara. De su boca, brotaba un reguero de sangre que caía por su hombro hasta acabar en el suelo. En el centro de su pecho, descansaba un trozo de carne carnosa. Cuando el enfermero se acercó para identificarlo, vio que se trataba de un trozo de lengua. Abrió la boca de Lorena para observar el músculo cortado. Debajo de donde habían colocado el trozo de lengua, se dio cuenta de que al camisón le faltaba un trozo de tela. Tenía marcado un círculo con un aro alrededor.

El enfermero se giró hacia su compañero.

—Avisa al doctor Mateo —ordenó—. Yo llevaré a Silvia a su habitación, le administraré un sedante.

2

La vida puede ser muy solitaria, a pesar de que siempre estamos rodeados de personas. Casi nunca estamos solos. En el trabajo, estamos con compañeros. Fuera de él, con la familia, los amigos, la pareja, hijos…. Pero, en el fondo de nuestro ser, ¿somos completamente felices? ¿Las personas que nos rodean consiguen llenar nuestras almas? O, sin embargo, ¿la soledad nos devora por dentro día tras día?

Para Sara Torres, hasta hacía un año, su vida había sido demasiado solitaria. Tenía a muchas personas en su vida, pero en su interior, anidaba un enorme hueco que nadie llenaba.

La pérdida de sus padres, a tan corta edad, la obligó a madurar demasiado deprisa. Tuvo que ser fuerte y seguir adelante sin permitirse mirar atrás. Tuvo que olvidar su vida perfecta; en la que no se sentía sola, en la que sus padres la protegían. Se construyó una coraza y se enterró en su interior, dejando ver su parte externa, mientras que la interna se apagó poco a poco.

Hasta que lo conoció a él, un *hombre de hielo* que logró romper todas sus barreras, y después de tantos años, desgarró su coraza y le permitió ser ella misma.

Había pasado un año desde que viajó a Islandia para enfrentarse a un ser sobrenatural. Echaba de menos ese país, y a pesar de la situación que vivieron, y todos los amigos que perdieron, ese caso fue fascinante. Un año desde que lo dejó a él, al inspector Erik Helgason. Desde entonces, mantenían una relación por mensajes, *e-mails* y videollamadas. No había día en el que no hablaran, incluso se daban consejos sobre los casos en los que trabajaban. Erik se apuntó a clases de español. Su profesor hizo tan buen trabajo que, incluso, hablaba mejor que Sara.

Después de un largo año añorándolo, sus caminos se volvían a encontrar. La llamada del comisario Zabala, quien le anunció que había un caso en el que necesitaba la ayuda de ambos, la alegró.

Sara cogió su chaqueta, su bolso y salió de casa. Bajó las escaleras corriendo. Al abrir la puerta de la portería, Salgado la esperaba en su coche —mal aparcado en doble fila— delante de su edificio.

Cruzó la calle, abrió la puerta del coche y tomó asiento.

—Papá, muchas gracias por llevarme al aeropuerto. Mi dichoso coche aún sigue en el taller —dijo molesta.

—Ya te he dicho muchas veces que necesitas uno nuevo, un día te

dejará tirada vete a saber dónde —contestó Salgado preocupado—. Bueno, ¿preparada para ver a Erik?

Una sonrisa pícara salió de los labios de Sara. Salgado, al verla, solo pudo sonreír. Nunca había visto a su hija en esa faceta.

—Si te digo la verdad, estoy bastante nerviosa. —Cogió la mano que Salgado le ofrecía para tranquilizarla.

—¿Sabes algo sobre el nuevo caso? —preguntó Salgado pensativo —. Para que Zabala le haya pedido ayuda a Erik, tiene que ser algo gordo.

Sara se quedó pensativa. Ella tampoco sabía de qué se trataba, todo había sido muy rápido. Solo recibió una llamada de Zabala para decirle que tenían un caso muy importante y que había contactado con la comisaría de Erik para que viajara a España lo más rápido posible. Necesitaba la ayuda de los dos. En un día, lo había organizado todo.

—No tengo ni idea —contestó—. Zabala me dijo que, hasta que Erik no llegara, no nos diría nada. Tampoco he conseguido hablar con él, tiene el teléfono inoperativo.

Salgado se quedó en el coche mientras Sara se dirigía a la terminal T1 del aeropuerto del Prat de Llobregat. Caminó hasta la salida de la aerolínea *Icelandair*, todavía faltaban diez minutos para que el avión aterrizara. Sara estaba hecha un manojo de nervios delante de la puerta de embarque. Se movía inquieta de un lado para el otro sin parar de mirar su reloj de pulsera.

Por fin, la puerta se abrió.

Una marabunta de personas comenzó a salir. Sus ojos saltaban de una persona a otra en busca de un rubio altísimo. Al mirar detrás de una chica —tan rubia que parecía albina—, una sonrisa hizo que se le subieran los colores. Ahí estaba, a pocos metros de ella, su islandés preferido.

Erik sorteó a los pasajeros que tenía delante todo lo rápido que pudo hasta llegar junto a Sara. Soltó su maleta y una pequeña caja que llevaba en la mano. La miró con una gran sonrisa y la abrazó mientras la balanceaba como si fuera una niña pequeña.

—Mírate, ¡estás preciosa! —dijo Erik mirándola embelesado, mientras la cogía de la mano y le daba una vuelta—. Cuánto te he echado de menos.

Sara no podía contener la emoción. Estaba feliz, pletórica. En esos momentos, se dio cuenta de lo mucho que ese hombre significaba para ella.

—Tú tampoco estás nada mal —dijo entre risas—. Yo también te he echado de menos. Por cierto, ¿qué es esa caja? —Señaló la caja que Erik acababa de recuperar de encima de su maleta.

—¿Tú qué crees?

—¿En serio? ¿Es lo que yo creo? —Cogió la caja que le ofrecía.

Al abrirla, miró a Erik con dulzura.

—¡Tarta Skyr! —gritó emocionada—. Te has acordado. ¡Gracias, gracias!

—¿Cómo no me iba a acordar de tu obsesión por la tarta Skyr? Y, por cierto, es casera. La ha hecho la Sra. Johnson, quien te manda muchos recuerdos.

—Tengo millones de cosas que preguntarte sobre la Sra. Johnson, sobre Islandia, sobre tu trabajo, pero vamos yendo para el coche. Salgado nos está esperando. —Sara le ofreció su mano a Erik, y este la cogió encantado.

Mientras caminaban hacia la salida del aeropuerto, Sara observó cómo Erik la miraba de reojo. Lo notaba tan nervioso como ella. Salgado los esperaba apoyado en su coche. Al verlos, estudió a Erik mientras se dirigían hacia él.

—Erik, te presento en persona a Salgado, mi mentor, exjefe y mi padre —dijo orgullosa.

Erik se acercó decidido hacia Salgado y le tendió la mano con un gesto firme.

—Es un placer conocerlo, señor —dijo soltándole la mano.

—El placer es mío, y puedes llamarme Miguel. Sara tiene la manía de llamarme por mi apellido, lo hace desde pequeña. —Negó con la cabeza—. Gracias por cuidar de mi niña en Islandia. —Se dirigió de nuevo hacia él y le dio un enorme abrazo.

Erik se quedó parado durante unos segundos ante el gesto de Salgado, hasta que reaccionó y le devolvió el abrazo.

—La verdad es que fue ella la que me salvó la vida. —Miró a Sara con gratitud.

—Debes estar cansado y querrás soltar esa enorme maleta. —Salgado miró hacia la enorme maleta que Erik llevaba consigo.

Mientras Sara subía al coche, Erik y Salgado empujaban la maleta para que entrara en el pequeño maletero. De camino a casa de Sara, su móvil comenzó a sonar.

—Es Zabala —bufó—, este hombre no nos va a dejar ni cinco minutos de paz. —Cogió la llamada con resignación—. Inspectora Torres.

—Inspectora, ¿está con el inspector Helgason? —La voz de Zabala sonaba inquieta.

—Sí, señor, lo tengo a mi lado.

—Por favor, ponga el altavoz —ordenó.

Sara le hizo un gesto a Erik —que iba en el asiento trasero— para que se acercara mientras conectaba el manos libres

—Señor, cuando quiera. —Sara miró a Erik, pidiéndole perdón con la mirada. A ese paso, no lo dejarían ni instalarse tranquilo.

Hubo un silencio incómodo, hasta que Zabala comenzó a hablar.

—Inspector Helgason. Bienvenido a Barcelona, y muchas gracias por llegar tan rápido, pero los necesito en comisaría *ya*. Tenemos que hablar sobre el caso, es muy importante. —La voz de Zabala era autoritaria—. Los estaré esperando, así que no tarden.

Y, sin despedirse, colgó. Los inspectores se miraron ante la orden de su superior.

—¿Siempre es tan simpático? —preguntó Erik irónico.

—Aunque no te lo creas, puede ser peor —contestó Salgado enfadado—. Ese hombre es de lo peor que he conocido. Ten cuidado con él, es mejor que no te fíes. Sara ya lo conoce, es un lobo con piel de cordero con muy mal carácter.

—Papá, si no te importa, déjanos en comisaría. ¿Podrías llevar su maleta a mi casa? —le pidió Sara—. Erik, siento mucho que no puedas descansar ni cinco minutos. —Sara acarició la mano de Erik—. Cuanto antes nos explique de qué va el caso, mejor. Desde que me dijo que tenía trabajo para nosotros, todo ha sido muy misterioso.

Salgado puso rumbo a comisaría, aunque estaba molesto por el comportamiento de Zabala. Esa rata no dudó ni un minuto en hablar mal de él para que lo jubilaran antes de tiempo. No era una persona de fiar, y nunca le perdonaría lo que hizo.

3

El comisario Zabala los esperaba en la puerta de la comisaría. Se paseaba de un lado para otro y se tocaba la cabeza nervioso. Saludó a los inspectores con prisa, y les ordenó que lo siguieran.

Nada más entrar, los recibió una agente muy joven, situada detrás de un mostrador. Al ver a su compañera, le hizo un gesto para que supiera que el comisario tenía un mal día. Erik entró detrás de Sara, y le sorprendió lo pequeña que era aquella comisaría en comparación con la suya. Era un edificio moderno y se veía muy bien equipada, se notaba la reciente reforma tras la salida de Salgado. Nada más entrar, pudo ver toda la tecnología de la que disponían. «Demasiadas cámaras de seguridad para un sitio tan pequeño», pensó. Frente al mostrador, una puerta abierta daba paso a un pequeño pasillo con dos salas a cada lado y una al fondo. No tenía nada que ver con su impresionante comisaría de Reikiavik.

Siguieron al comisario hasta la última puerta de la izquierda, este agarró el pomo y, tras unos segundos, inhaló todo el aire que pudo para expulsarlo lentamente. Acto seguido, entraron en una pequeña sala de reuniones.

«Esta debió de ser la sala donde Dagur estuvo cuando vino a reclutar a Sara», pensó Erik. Recordó con tristeza el día que su compañero se lo explicó y se sorprendió a sí mismo pensando en él. Hacía mucho que no lo hacía, quizás demasiado, pero no podía; se le partía el alma. A pesar de haberse convertido en el peor de los monstruos, quiso darle un final digno de cara a su familia. Le explicó a su mujer que murió como un héroe, plantándole cara al Asesino del Ritual. Su familia no tenía por qué sufrir por culpa de sus actos inhumanos.

Sara se acercó, y le susurró al oído para que el comisario no la escuchara.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

—Si, es solo que… me he acordado de Dagur —contestó con el rostro serio.

Sara cogió su mano durante un breve momento. Sabía lo duro que era, para él, recordar al que había sido su amigo.

El comisario los miró para sacarles de su conversación y los invitó a que tomaran asiento en la mesa blanca que había en el centro de la sala. Unas pantallas táctiles aparecieron delante de cada uno de ellos. En la pantalla de inicio, había una única carpeta en la que ponía «Caso

Beltrán».

El comisario se levantó y se dirigió a los inspectores.

—Vayamos al grano, ¿de acuerdo? Hace dos días, encontraron muerta a Lorena Beltrán —soltó a bocajarro.

Sara miró al comisario muy seria para interrumpirlo.

—¿Lorena Beltrán? ¿La de Construcciones Beltrán? —Ahora entendía tanta urgencia en reunirse.

A Zabala le molestó que lo interrumpiera, y dio un largo bufido sin disimularlo.

—Inspectora Torres, le ruego que no me interrumpa. Y sí, esa Lorena Beltrán. Erik, usted no la conoce, pero le haré un pequeño resumen. —Zabala frunció los labios y comenzó a hablar—: La familia Beltrán es una de las más poderosas de Barcelona, y también muy amigos míos. Son los dueños de la mayor constructora de toda Cataluña. La muerte de Lorena ha supuesto una gran pérdida para la familia, era una chica excepcional. —Sus ojos se tornaron llorosos—. La familia me ha pedido que nuestra comisaría sea la que se encargue del caso. Por favor, abran la carpeta que aparece en sus pantallas. —Zabala tomó asiento y miró su pantalla.

Los inspectores abrieron la carpeta. En su interior, había tres subcarpetas; una con el nombre de «Jafra». Sara, al ver ese nombre, se estremeció. Otra en la que ponía «Examen forense»; y, una última, con el nombre de «Lorena Beltrán».

—Por favor, abran la carpeta que pone «Lorena Beltrán». —Zabala abrió la suya mientras observaba a los inspectores—. Lorena ingresó, de forma voluntaria, hace unas semanas en el Hospital Psiquiátrico Santlaú en Jafra —explicó—. Sufría una crisis nerviosa por culpa del estrés laboral. Su familia, a pesar de que son muy amigos míos, debo admitir que son demasiado exigentes en todo lo relacionado con su negocio. Lorena pensó que, una semana en el hospital, le iría bien para descansar y hacer terapia.

—Perdone, comisario —interrumpió Erik—, ¿ese hospital tiene algo de especial? Me extraña que una chica de su posición quisiera ingresar en un psiquiátrico y más por voluntad propia.

—Es usted muy intuitivo, inspector Helgason. Tiene toda la razón, ese hospital es especial. Es un centro psiquiátrico diferente. Tiene una planta asignada para personas adineradas, quienes ingresan voluntariamente por estrés, ansiedad o depresión. En la segunda planta, se encuentran los pacientes que fueron trasladados desde el psiquiátrico de Sant Boi debido a un pequeño incendio. Las técnicas del Dr. Mateo Redondo son muy famosas y efectivas; la mayoría de sus pacientes, en una o dos semanas, vuelven a casa como nuevos. Por desgracia, no fue el caso de Lorena. —Zabala bajó la mirada, se le veía muy afectado—. El cadáver de Lorena fue encontrado en su habitación

por otra paciente. Se había cortado la lengua y mutilado su cuerpo, haciéndose un corte poco profundo con forma circular.

—Entonces, ¿Lorena se suicidó? —preguntó Torres.

—Esa fue la primera hipótesis. De hecho, en el hospital, su muerte fue catalogada como suicidio. Habría quedado en eso si sus padres no hubieran insistido en hacerle la autopsia, ellos aseguran que su hija nunca se suicidaría. Por favor, abran la carpeta con el nombre de «Examen forense». —Zabala tocó en la carpeta, la examinó durante unos instantes y prosiguió—: Como verán, en el análisis forense, la causa de la muerte fue un *shock* hipovolémico. Sin embargo, miren qué pone en el apartado 2: tenía un exceso de adrenalina en su cuerpo, debido a un estrés extremo. Un dato que el forense no sabía, pero yo sí, es que Lorena era zurda y sus heridas están hechas a manos de alguien diestro. El apartado 3 indica que encontraron varias sustancias en su organismo, que aún están por determinar. El forense ha mandado las muestras al laboratorio, esperemos que tenga los resultados en breve. —Zabala miró pensativo a los inspectores—. Sinceramente, no sé qué pensar. Conocía muy bien a Lorena, era una chica alegre y vital, así que no contemplo la idea de que se suicidara; pero, por desgracia, no podemos saber qué hay en la mente de las personas. Y ahí es donde intervienen ustedes, deben averiguar si Lorena se suicidó o fue asesinada.

El comisario Zabala cerró su pantalla, se dirigió al armario que tenía justo detrás y extrajo un par de carpetas.

—Tengan —les ofreció una a cada uno—, aquí tienen toda la información que acaban de ver. La familia de Lorena sospecha que a su hija le pasaba algo más a parte del problema por el cual ingresó. Días antes de su muerte, Lorena llamó a su madre muy asustada y le pidió que la fuera a buscar, pero su médico le insistió en que necesitaba una semana más de tratamiento. —Zabala hizo una pausa y, un minuto después, continúo hablando—. Recuerden que este caso es sumamente confidencial, la prensa no tiene que enterarse de la muerte de Lorena. Nadie lo sabe, y por lo que respecta a todo el mundo, está de vacaciones en París.

—Comisario, la carpeta con el nombre de «Jafra», ¿qué contiene? —Sara abrió la carpeta que les había dado y vio que esa información no estaba incluida.

—Inspectora, no creo que les haga falta esa carpeta; solo es el folclore, ya sabe, la historia del pueblo. Supongo que, al igual que toda Barcelona, la conocerá. Por favor, ponga al tanto de la leyenda al inspector Helgason.

A Sara no le cuadraba que Zabala se interesara por las leyendas de un pueblo abandonado, aunque fuera meramente informativa.

—Señor, ¿no pensará que el folclore tiene algo que ver con lo que

le pasó a Lorena?

—Inspectora Torres, ahora mismo, estoy abierto a cualquier teoría; por eso están ustedes al cargo del operativo. Ya tienen experiencia con casos, digamos, diferentes. El círculo que Lorena tenía en el pecho, tiene que significar algo. En caso de que se lo hiciera ella misma, quizá estaba tratando de decir algo. Por favor, pónganse a trabajar lo más rápido posible. Pueden utilizar esta sala para su investigación, pero repito, nadie debe saber en qué trabajáis. —Zabala les hizo un gesto hacia la sala y las pantallas táctiles—. Las carpetas son por si se las quieren llevar a casa.

—Perdone, señor, me parece estupendo que nos ceda esta sala, pero también quisiera elegir a mi equipo —dijo Torres aproximándose a Zabala.

Zabala miró a Torres. No le iba a negar nada, ese caso era importante para él. Aún recordaba los gritos desesperados de su amigo ante la noticia, nunca había presenciado cómo una persona se rompía de dolor.

—Por supuesto, inspectora, lo que necesite. Dígame a quién necesita en su equipo y me pondré en contacto con ellos. Si necesita algo más, no dude en decírmelo.

Sara le hizo un gesto de agradecimiento y le pidió un bolígrafo y un papel para anotar dos nombres. Una vez fuera de comisaría, llamó a un taxi para que los llevara a su casa.

4

Cuando Erik entró en casa de Sara, lo primero que hizo fue desplomarse sobre el sofá. Llevaba un día sin dormir y estaba exhausto. Desde el sofá, vio que su maleta se encontraba en un rincón del salón, donde Sara la cogió para llevarla a una de las habitaciones. Tras unos minutos, salió con su larga melena color caramelo recogida en una cola de caballo. Con una sonrisa, se sentó a su lado.

—Imagino que tendrás hambre. —Sara lo miró con timidez. La intimidaba, a la vez que la ponía demasiado nerviosa—. Desde que has aterrizado, todo ha sido trabajo. Prepararé algo de cena. Por cierto, tu maleta está en mi habitación, es esa puerta —dijo señalando una puerta que se veía desde donde se encontraban—. En cuanto pueda, te haré hueco en mi armario. Tendrás que dormir en el sillón, lo siento, no tengo más habitaciones, pero te aseguro que es un sofá-cama muy confortable.

Sara lo miró con dulzura, se sentía culpable por dejarlo dormir en el sofá. No obstante, si querían empezar una relación, tenían que hablar sobre ello. No sabía si, después del caso, Erik se quedaría en España o volvería a Islandia. No quería precipitarse, ni vivir de falsas esperanzas.

—La verdad es que me muero de hambre, y no te preocupes por mí, estaré bien en cualquier parte. —Le guiñó un ojo—. Por cierto, me tienes que poner al día sobre el tema de Jafra y lo de tu equipo. Sé que buscas gente para formar tu propia unidad, pero no sabía que ya los tuvieras.

—Ven —dijo Sara de camino a la cocina—. Mientras preparo la cena, te lo explicaré.

Erik se levantó y la siguió. La cocina estaba situada junto al recibidor. Era pequeña, pero acogedora. Se sentó en uno de los dos taburetes que había junto a una pequeña mesa empotrada en la pared. Sara abrió el frigorífico y cogió unas patatas.

—Aún no tengo permiso para formar mi propio equipo —dijo con hastío mientras comenzaba a pelar patatas—, pero he pensado que será una buena ocasión para ver cómo trabajan. Uno de ellos es Rubén Garrido. Él es forense, de los mejores en su campo. Después de Islandia, me puse en contacto con él para preguntarle si le gustaría formar parte de un nuevo equipo de élite destinado a casos *poco convencionales*. —Miró a Erik de reojo—. Ya sabes que el caso de El Maestro me dejó muy marcada, y no me quiero imaginar las cosas

extrañas que habrá a la vista de todos. Estoy luchando para que me dejen formar esa unidad —dijo abatida—. Quizá nunca lo consiga, pero tengo que intentarlo.

—Ya te dije que, si lo lograbas, me uniría a ti. Yo también me quedé tocado después de aquello. —Recordó que perdió a demasiados amigos—. Bien, ¿quién es el segundo miembro?

—Marta Soler es Antropóloga e Historiadora. Además, conoce todo el folclore y las leyendas habidas y por haber, ella nos pondrá al día sobre la leyenda de Jafra. Yo conozco la versión que se les cuenta a los niños, ya sabes, para que se porten bien. El típico que viene el coco, así que no sabría decirte si es la leyenda correcta. Por cierto, Marta percibe energías, no es que sea una Médium, pero posee una empatía y sensibilidad extrema. Zabala no tiene ni idea, no quiero que se entere por ahora. —Sara miró a Erik y observó cómo su compañero asentía—. Mañana me gustaría que hiciéramos una visita a Jafra, luego le enviaré un mensaje a Zabala para que nos concierte una visita. Y, ahora, vamos a cenar.

Sara se dirigió a la mesa del comedor y colocó, en el centro, una tortilla de patatas. Durante la cena, Erik no dejaba de mirarla. Tarde o temprano, tendrían que hablar, y ella lo estaba deseando. Necesitaba quitarse toda esa incertidumbre de encima, pero tendrían que esperar a otro momento.

Mientras Erik llevaba los platos vacíos a la cocina, Sara aprovechó para escribirle un mensaje a Zabala.

Comisario, mañana iremos a Santlaú. Por favor, avise de nuestra llegada. Cuando salgamos, iremos a comisaría. Necesito que Rubén y Marta estén allí.
Gracias.

No pasaron ni dos minutos cuando llegó la respuesta de Zabala.

Cuente con ello. Que descanse.

Cuando Erik regresó de la cocina, encontró a Sara sentada en el sofá, demasiado pensativa. Estaba seguro de que estaría dándole vueltas al nuevo caso. Se sentó a su lado y la cogió de la mano. Sara sonrió, acariciándole la cara con su otra mano.

—¿Por qué me miras así? —preguntó Sara mirándolo fijamente.

—Te he echado mucho de menos y ahora no quiero perder ni un minuto sin dejar de mirarte. —Erik se acercó a ella hasta tenerla tan cerca que sintió su respiración.

Sara tragó saliva.

—Yo también te he echado de menos, *hombre de hielo*.

Erik miró a Sara con una sonrisa de satisfacción.

—Me alegra oír eso, *chica de fuego*.

—Cuando este caso termine, tenemos que hablar sobre nosotros. —El rubor subió por sus mejillas encendiéndolas. ¿Como podía ser una persona tan valiente para unas cosas y tan tímida para otras?

—Por supuesto, tenemos pendiente esa conversación. Hay mucho de lo que hablar, pero ahora será mejor que nos vayamos a dormir. Algo me dice que mañana será un día muy largo. Buenas noches, preciosa. —Erik le ofreció un dulce beso en su mejilla.

—Buenas noches, Erik.

Sara se encaminó por el pasillo camino de su habitación, sin dejar de pensar en su *hombre de hielo*.

5

El olor a café recién hecho despertó a Sara. Al abrir los ojos, se encontró con una imagen que le gustó demasiado. Erik se encontraba delante de ella, vestido solo con el pantalón de su pijama, mostrando su fibrado pecho desnudo. Entre sus manos, sostenía una bandeja con café, zumo de naranja, tostadas y un trozo de tarta.

—¿Dónde hay que firmar para despertar así cada día? —preguntó pícaramente entre risas—. No estarás intentando seducirme, ¿verdad?

—¿Yo? Para nada. Por cierto, ¿funciona? —Se acercó a Sara lentamente desfilando, como si imitara a un modelo de pasarela.

El teléfono de la inspectora empezó a sonar. Al mirarlo, se encontró con un mensaje de Zabala.

Buenos días, inspectora. En Santlaú ya están informados de su visita. Por favor, vayan lo antes posible y pregunten por el doctor Mateo Redondo.

—Se acabó la diversión. —Bufó Sara—. Este hombre tiene el don de la importunidad.

El día había amanecido frío con demasiada humedad. Los inspectores se dirigieron hacia el coche que Salgado les había prestado y tomaron rumbo hacia el Garraf, donde estaba situado el pueblo de Jafra.

El camino que llevaba a Santlaú era una pista forestal en muy mal estado. Les extrañó mucho que ese sendero estuviera en esas condiciones, ya que era el único camino de acceso al hospital psiquiátrico. Las piedras y la gravilla del camino hacían que el coche se meciera una y otra vez. La espesa niebla había dejado una fina capa húmeda en el suelo. A los lados, la inmensa arboleda impedía que, los pocos rayos de sol que se peleaban a través de las nubes por aparecer, se filtraran. El viento movía los árboles de un lado a otro, haciéndolos parecer enormes gigantes que danzaban en medio del bosque. Unas nubes oscuras avanzaban deprisa amenazando tormenta. El ambiente era digno de una película de terror, no era el mejor lugar para que un coche se estropeara o para perderse.

A Sara le vino la imagen de una de sus películas favoritas, *Sleepy Hollow*, incluso se imaginó a ese siniestro jinete sin cabeza apareciendo entre los árboles. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

Siguieron el sendero hacia el hospital psiquiátrico. Todo estaba sumido en un silencio poco natural, ni siquiera se escuchaba el sonido

de los pájaros. Era como si, en ese lugar, reinase la nada. El camino se fue estrechando poco a poco. En una curva cerrada apareció, de repente, una sombra oscura que se cruzó delante de ellos. Erik frenó todo lo rápido que pudo, provocando que el vehículo girara y se quedara en vertical en medio del camino.

Sara miró a Erik sin entender lo que acababa de pasar.

—¿Qué ha sido eso?

—No lo sé, ¿un animal? Solo he visto una sombra oscura, pero si contamos la poca luz que hay en este bosque y que estamos en medio de una curva, podría haber sido un ciervo o un jabalí —dijo para calmar los ánimos.

—Eso no parecía ni un ciervo ni un jabalí. Lo mejor será que salgamos de aquí de una vez; desde que nos hemos adentrado en este sendero, tengo una sensación muy extraña.

Erik puso el vehículo en marcha, y con las maniobras oportunas, lo enderezó. Continuó por el sendero con cautela. A pocos metros, el camino empezó a ensancharse. Era como si estuvieran en un lugar completamente diferente. El paisaje cambió ante sus ojos. Los árboles eran más bajos, las nubes habían desaparecido, el sol iluminaba el camino, la sensación de nada había desaparecido, el canto de los pájaros lo inundaba todo. Ambos se miraron con una expresión de sorpresa.

Divisaron una enorme valla de obra, pintada en color blanco. Unas enredaderas trepaban por ella, casi ocultándola. En el centro, una puerta de hierro forjado les dio la bienvenida. La custodiaban dos gárgolas —en forma de demonios alados—, situadas a ambos lados de la parte superior de la valla. Parecía que los miraban fijamente. La puerta era alta, con barrotes de hierro forjado lisos y acabados en punta por la parte de abajo. En la parte superior, se podía leer la palabra «Santlaú».

Erik miraba aquellas siniestras gárgolas, y observó dos pequeñas cámaras camufladas entre las enredaderas. Ese lugar estaba muy bien protegido. Sara bajó su ventanilla y tocó el timbre del interfono, situado en la valla.

Unos segundos después, una voz se dirigió a ellos.

—Hospital Psiquiátrico Santlaú, ¿dígame?

Sara tomó la voz cantante y contestó.

—Buenos días, somos la inspectora Torres y el inspector Helgason. Venimos a ver al doctor Mateo Redondo.

—Inspectores, los estábamos esperando. Por favor, pueden pasar.

La puerta comenzó a abrirse poco a poco, y emitió un estrepitoso ruido.

Erik avanzó por el camino asfaltado que se dirigía hacia el psiquiátrico, que estaba situado al fondo de la propiedad. Mientras

avanzaban, Sara percibió un olor a lavanda. Buscó esas plantas por todas partes, pero no logró verlas. A su derecha, quedaba —lo que en su día fue— una especie de laberinto de arbustos, ahora seco y sin vida. Continuaron hasta que tuvieron el edificio delante. Una masía antigua restaurada, de dos plantas, con amplios ventanales. El edificio era de ladrillo, y en la parte superior, los techos terminaban en forma de V invertida. A la izquierda, había una pequeña capilla, la cual había visto tiempos mejores; se encontraba en un lamentable estado.

En la puerta del centro, una monja vestida con su hábito los esperaba. Erik aparcó el coche en la zona habilitada para vehículos. Sara se acercó a Erik y le susurró muy bajito para que aquella monja —que los miraba con impaciencia— no la escuchara.

—¿No hueles a flores?

Su olfato nunca le fallaba, tenía ese sentido más desarrollado que el resto de las personas. Según su médico, se trataba de Hiperosmia; un trastorno que le hacía percibir olores que otras personas no eran capaces de detectar. Esperaba que, en esa ocasión, su compañero también percibiera ese olor tan característico.

—Sí, a lavanda, ¿verdad? —respondió pensativo.

—Exacto, pero no logro verla por ningún lado.

La monja bajó los escalones y se dirigió a ellos con el rostro serio.

—Inspectores, soy la hermana Elisa. Siento meterles prisa, pero el doctor los está esperando y llegan con retraso.

—Perdone, hermana —se excusó Sara, ante la fría mirada de la hermana Elisa—. Hemos tenido un pequeño percance por el camino.

La hermana Elisa se giró hacia las escaleras principales y les hizo un gesto para que la siguieran.

—Parece que son muy amables en este lugar —dijo Sara irónica.

—Será mejor que la sigamos si no queremos que nos eche a los perros, y con el aspecto de este sitio, seguro son los primos de Cujo.

La hermana Elisa había avanzado tanto que los inspectores tuvieron que acelerar el paso para alcanzarla. La masía, por dentro, no tenía nada que ver con el aspecto antiguo que tenía por fuera. Las paredes estaban pintadas de blanco y grandes baldosas jaspeadas en blanco y negro adornaban el suelo. En la entrada, había un gran mostrador, donde una chica escribía en su ordenador. Saludó a los inspectores al pasar delante de ella, aunque uno de los teléfonos comenzó a sonar. La chica contestó con «Hospital Psiquiátrico Santlaú, le atiende Raquel, ¿en qué puedo ayudarle?».

Al lado del enorme mostrador, una puerta permanecía abierta. Sara dirigió su mirada hacia allí, donde un grupo de pacientes se preparaban para su clase de yoga. Colocaron sus esterillas en el suelo, se sentaron sobre ellas en la postura de loto, mientras la profesora se dirigía a una pequeña cadena de música muy antigua para introducir

un CD. Sara apartó la mirada de ella, le sorprendió ver una cadena de música, hacía mucho que no veía ninguna.

Siguió a Erik y a la hermana Elisa quien, a pesar de ser mayor, caminaba como si hubiese un incendio. Caminaron por el pasillo hasta que se encontraron una puerta que, al abrirla, se toparon con un cartel identificativo en el que ponía:

Planta 1.
A la derecha Ala A, habitaciones de la 1 a la 10.
A la izquierda Ala B, despachos, enfermería, comedor, sala de descanso, baños.

Planta 2.
A la derecha Ala C habitaciones de la 11 a la 20.
A la izquierda Ala D, baños, sala de pintura, sala de terapia.

Se dirigieron hacia el Ala B. La iluminación del hospital era espectacular, solo con los enormes ventanales que había, no les hacía falta la luz artificial. Aun así, los fluorescentes estaban encendidos, a media luz.

La hermana Elisa se plantó justo delante de una puerta blanca, en cristal cromado, con una placa identificativa con un nombre grabado: «Dr. Mateo Redondo». La monja picó suavemente a la puerta con sus huesudos nudillos. Desde el interior, una voz dijo: «Adelante». La hermana Elisa abrió la puerta e indicó a los inspectores que pasaran. Acto seguido, desapareció por el mismo pasillo por el que habían venido.

Detrás de una mesa, de madera de nogal y en color marrón chocolate, se encontraba un hombre de mediana edad, con unas gafas demasiado pequeñas para su gran rostro, situadas sobre su nariz aguileña.

—Inspectores, ya pensaba que no vendrían —dijo el doctor, invitándoles a sentarse en ambas sillas delante de su mesa—. Mi nombre es Mateo Redondo, soy el responsable del centro.

Sara y Erik se acercaron hacia las sillas y tomaron asiento.

—Yo soy el inspector Erik Helgason y ella es la inspectora Sara Torres. —Ambos estrecharon la mano del doctor—. Disculpe la demora, hemos tenido un percance por el camino —informó—. Se nos ha cruzado un animal por el camino y casi tenemos un accidente, deberían plantearse arreglar esa pista forestal. De lo contrario, algún día tendrán un susto.

—Lamento que hayan tenido un percance. El bosque está plagado de jabalís y el camino es bastante malo. Ya hemos emitido varias quejas al ayuntamiento, pero estamos un poco en tierra de nadie y todo cae en saco roto —dijo encogiéndose de hombros—. Si no me

equivoco, los envían los padres de Lorena. Pobre familia —el doctor negó con la cabeza—, se niegan a aceptar lo que ha sucedido con su hija, y no los culpo.

—Así es, queremos averiguar qué le pudo pasar a Lorena para tomar esa decisión —intervino Erik.

El doctor masajeó su barbilla muy pensativo.

—La mente humana es un misterio, incluida para mí, y eso que llevo muchos años dedicándome a estudiarla —expuso—. Espero poder ayudarlos.

—Doctor Mateo, ¿nos podría hablar sobre qué trataban a Lorena y qué actitud tenía?

—Creo que tendría que empezar explicándoles un poco cómo funciona este hospital. Si no les importa, claro —dijo el doctor, subiéndose sus pequeñas gafas con el dedo.

—Por supuesto que no —dijo Erik—, toda información es importante.

—Si son tan amables, por favor, síganme. Me gustaría que conocieran las instalaciones. —Se puso en pie, salió de su escritorio y se dirigió hacia la puerta.

Sara y Erik imitaron al doctor.

—Nos encontramos en la primera planta; en el Ala B, para ser más exactos. Aquí solo se encuentran los despachos y el comedor. En el Ala A, están los pacientes que ingresan voluntariamente y de forma, digamos, *discreta* —explicó por el largo pasillo—. Cuando restauramos la masía, trasladaron a algunos pacientes del centro psiquiátrico de Sant Boi de Llobregat. Unos veinte en total; estos comparten habitación y están en la segunda planta. Como nos quedó una planta libre, decidimos hacer diez habitaciones para personas de alta sociedad que tuvieran problemas y quisieran máxima discreción en sus enfermedades o sus dolencias. Solo admitimos pacientes con problemas de estrés, ansiedad o depresión leve.

—Perdone, doctor —interrumpió Sara—, ¿cualquier persona con un alto poder adquisitivo puede ingresar en el centro?

—Siempre y cuando pasen nuestra prueba, inspectora. No queremos a personas que no necesitan el tratamiento y que solo buscan unos días para estar *escondidos*. Tenemos unos test que los pacientes deben cumplimentar, aparte de entrevistas a sus familiares cercanos.

Sara se fijó en una silueta detrás de una puerta. Por lo visto, su visita había generado mucha curiosidad en el centro. ¿Estaría el personal al tanto de lo sucedido con Lorena?

—¿Y en el caso de Lorena? —preguntó Erik.

—Lorena cumplió con todos los requisitos, rellenó el test y le hicimos una entrevista a su madre. Sufría estrés y ansiedad, debido a

la presión que tenía en su trabajo. —El doctor negó con la cabeza—. Su caso no tuvo sentido; en vez de mejorar, fue a peor. Por regla general, nuestros pacientes están una semana y salen mejorados. La mayoría solo necesitan tranquilidad, actividades relajantes y terapia, pero ella no respondió a ninguno de los tratamientos. —El doctor abrió la puerta que tenía al lado—. Por aquí se va a las habitaciones del Ala A, les enseñaré la de Lorena.

Los tres se encaminaron por el pasillo. Toda la parte derecha estaba decorada con enormes ventanales mientras que, a la izquierda, se encontraban las habitaciones. A Sara le llamó mucho la atención esa estructura.

—Perdone, ¿estos ventanales están colocados en este lado por algún motivo? —preguntó con curiosidad.

—Buena observación, inspectora. Cuando se restauró una parte de la masía, se decidió disponer de la mayor luz natural posible, por eso quisimos que toda una pared fueran ventanales. La luz natural tiene muchos beneficios para la salud —explicó—. Aún queda mucho por reformar, es una construcción muy antigua. Poco a poco, conseguiremos que Santlaú tenga las mejores comodidades para la salud de nuestros pacientes. Ahora mismo, estamos estudiando construir una piscina climatizada —dijo con orgullo.

El doctor Mateo avanzó hasta situarse delante de una puerta con el número tres forjado en una chapa metálica.

6

Austria, 1940

Elías Huber trataba de entender por qué su familia había caído en semejante desgracia. El mejor y más respetable médico de toda Austria, no era capaz de sanar a sus hijos. Cuando León —su primogénito— nació, todo fue perfecto. Tanto él, como su esposa Sophia, estaban felices. Siempre habían querido formar una familia —a poder ser, numerosa—, pero la alegría les duró poco. A los dos meses, al bebé le empezaron a salir unas pústulas por todo su diminuto cuerpecito; las cuales, contra más crecía, más deformaban al pequeño León. Elías estudió y consultó el caso con todos los médicos que conocía, pero ninguno sabía nada de esa extraña enfermedad. Él nunca les dijo que su hijo la padecía. Tenía una reputación que mantener, y nadie debía saber que estaba enfermo. Habló con su mujer para que no sacara al niño a la calle; al menos, hasta que diera con un remedio. Sophia se lo tomó fatal, no entendía por qué su marido se comportaba de esa manera con su propio hijo. Estaba enfermo, sí, pero era su hijo. Sabía que se avergonzaba de él; sin embargo, ella solo veía a su precioso niño.

Unos meses más tarde, Sophia volvió a quedarse en cinta. Nueve meses después, Luca nació sin rastro de la horrible enfermedad que padecía su hermano mayor. Pasaron un par de meses, y el niño crecía sano y fuerte. Elías no cabía en sí, estaba feliz. Sacaba a Luca a pasear y lo presentaba en sociedad, mientras que León se quedaba en casa al cargo de una de las doncellas.

Una noche, Sophia le dijo a Elías que no siguiera ocultando a su hijo mayor como si no existiera, solo por el hecho de estar enfermo.

—Sophia, ya hemos hablado de esto. Cuando esté curado, podrás sacarlo a pasear junto a su hermano —dijo Elías elevando su tono de voz—. Ten paciencia. Además, piensa qué diría la gente de nosotros.

—Elías, por favor, ¡es tu hijo! A mí me da igual lo que piense la gente. —Sophia rompió a llorar.

—Tengo una reputación, ¿entiendes? Soy el mejor médico de toda Austria y no puedo curar a nuestro hijo, ¿tienes idea de lo qué supone? Si se enteraran mis colegas… No, sería el fin de mi carrera y de mi reputación. —Elías masajeaba con suavidad su sien, una migraña amenazaba con manifestarse.

Sophia miraba a su marido sin dar crédito, ¿en qué se había convertido el hombre con el que se casó? El que siempre fue un

hombre cariñoso y que ayudaba a todo el que lo necesitaba. Y ahora, después de su éxito como médico, se había convertido en un ser egoísta que repudiaba a su propio hijo.

—No te reconozco, ¡tú antes no eras así! ¿Qué te está pasando? —Sophia acarició la mano de su marido y lo miró con todo el dolor que sentía.

Elías la miró y vio en sus ojos un dolor tan profundo que le dolió, se estaba comportando como un monstruo con su familia; pero su carrera, todo el éxito que tenía… ¿Podría renunciar a él por su hijo?

—Sophia, cariño, yo… lo siento, a veces no sé qué me pasa. Vamos a la cama, y descansemos. Superaremos esta situación juntos, como siempre hacemos.

A la mañana siguiente, los gritos de una de las doncellas despertaron a Elías, quien salió de la cama —como alma que lleva el diablo— en dirección al lugar de donde procedían aquellos gritos desesperados. La habitación de Luca estaba abierta de par en par. Al entrar, una doncella lloraba desconsolada.

—Señor, es el niño, el… —hipó mientras hablaba.

Elías, al asomarse a la cuna, se encontró con lo que más había temido: su hijo estaba lleno de pústulas. Luca también había desarrollado la misma horrible enfermedad que su hermano mayor. Elías rompió a llorar. Sophia llegó corriendo, quien, al ver el estado de su pequeño, abrazó a su marido fundiéndose en el mismo dolor.

7

Santlaú, en la actualidad

La habitación estaba sumida en una profunda oscuridad. El doctor Mateo presionó el interruptor de la luz, y ante ellos, apareció una estancia con una cama situada en la pared frontal. Había una pequeña mesita de noche, y sobre esta, una lámpara. A la derecha, había un armario de dos puertas junto a una puerta que permanecía cerrada.

Sara y Erik fueron los primeros en entrar en la habitación, seguidos por el doctor Mateo, quien los dejó que observaran y curiosearan a su antojo.

Sara se dirigió a la cama, en la cual solo se encontraba un colchón cubierto por varias manchas amarronadas. «Deben de ser las manchas de sangre de Lorena», pensó.

Erik abrió el armario para comprobar si todavía quedaba algún objeto de Lorena, pero estaba completamente vacío. Se giró buscando al doctor con la mirada.

—Doctor, las pertenencias de Lorena, ¿dónde están? —preguntó

—Inspector, las tienen sus padres, ayer vinieron a recogerlas.

Sara se aproximó hacia la puerta que permanecía cerrada.

—¿Qué hay detrás de esta puerta? —preguntó.

—Es el baño, en todas las habitaciones de esta planta está incluido. Puede pasar, si lo desea, inspectora —respondió amable.

Al abrir la puerta, Sara se encontró con un baño dotado de una ducha, un lavamanos —con un armario debajo— y un WC. Al igual que, en el resto de la habitación, no había ningún artículo personal.

—¿Podríamos hablar con los enfermeros que encontraron a Lorena? —preguntó Sara.

—Por supuesto. —El Dr. Mateo miró su reloj de pulsera—. A estas horas, estarán en la sala de descanso; es su turno de desayuno.

◆◆◆

Un grupo de personas conversaban y reían en una sala que usaban de cocina, comedor y salón; todo en uno. Al fondo de la sala, una mujer se encontraba de pie junto a un fregadero, lavando un vaso. A su lado, sobre el mármol, había un microondas, y debajo de este, una pequeña nevera. En la pared opuesta, un sillón —de color verde— era testigo de las noticias que un reportero daba en un pequeño televisor, anclado a la pared. Justo en el medio, una mesa redonda —con varias personas sentadas a su alrededor— degustaban bocadillos y *bowls* de

frutas. Cuando el Dr. Mateo entró, todos se callaron de golpe.

—Buenos días —saludó el doctor.

Sus empleados lo saludaron al unísono.

—Lamento molestaros. Sé que es vuestra hora de desayuno, pero necesito vuestra colaboración. Me acompañan los inspectores Sara Torres y Erik Helgason, y están aquí por lo sucedido con Lorena —dijo mientras los señalaba—. Quieren hablar con vosotros —dijo mirando a Iker y Fabián, los únicos chicos de la sala—. ¿Necesitan que el resto se queden? —preguntó a los inspectores.

—Sí, por favor —contestó Sara—. Si es tan amable de esperar fuera, doctor.

Quería que el personal estuviera relajado, lejos de la mirada del jefe. De esa forma, evitaría que se guardaran algún dato por miedo a alguna posible represalia.

El doctor Mateo asintió, y salió de la sala.

—Buenos días. Como os ha indicado el doctor, hemos venido por la muerte de Lorena. Sabemos que vosotros —miró a los enfermeros— fuisteis los primeros en ver el cadáver. —Ambos asintieron—. ¿Nos podríais explicar todo lo que recordéis de aquel día? Aunque creáis que sea una tontería, cualquier mínimo detalle puede ser de gran ayuda.

Los enfermeros se miraron.

—Fabián y yo teníamos turno de noche —relató Iker mirando a los inspectores con sus enormes ojos color café—. Era de madrugada cuando escuchamos un grito, alguien pedía auxilio, así que corrí todo lo rápido que pude. Al llegar a la habitación de Lorena, Silvia, la chica de la habitación 4, estaba en un rincón hecha un ovillo con la mirada perdida en dirección a la cama de Lorena. Me acerqué allí y la vi. —Una mirada de horror apareció en su rostro—. Esa pobre chica se había cortado la lengua. La habitación olía a sangre, incluso tuve que retener varias arcadas. Además, tenía un corte no muy profundo en el pecho, una especie de círculo. Fabián, que estaba conmigo, le pedí que avisara al Dr. Mateo. Mientras tanto, yo llevé a Silvia a su habitación y le administré un sedante para que descansara, estaba en estado de *shock*. —Negó con la cabeza—. Es la primera vez que veo a alguien suicidarse de una manera tan atroz.

Fabián bajó la mirada recordando la horrible escena que tuvo que vivir.

—Tú eres Fabián, ¿verdad? —preguntó Erik al chico sentado junto a Iker, el cual asintió—. ¿Viste algo que nos pueda ayudar?

Fabián era el más joven de la plantilla, llevaba pocos meses trabajando en el centro con un contrato de prácticas.

—Solo vi la sangre, inspector —respondió muy afectado—. La habitación estaba bastante oscura, pero por los ventanales, entraban

los primeros rayos de sol al reflejarse en el suelo. Aquello me hizo ver el charco de sangre que había junto a la cama de Lorena. Iker me pidió que avisara al doctor Mateo y eso hice.

—¿Notasteis algún cambio en la actitud de Lorena? —preguntó Sara a los que se encontraban en la sala.

La mujer, que se encontraba junto al fregadero, levantó la mano.

—Mi nombre es Cristina, soy la jefa de cocina —se presentó—. Unos días antes, la encontré muy nerviosa. Me la crucé por uno de los pasillos, parecía como ida.

—Yo también la noté más nerviosa —dijo Iker—. Pidió dormir cerrada con llave. Es raro, ningún paciente lo pide. El Dr. Mateo la dejó para evitar que se pusiera peor.

Una de las dos chicas, que estaban en la mesa junto a Iker y Fabián, intervino.

—Mi nombre es Rosa, soy la auxiliar de cocina. Lo sucedido con Lorena es una tragedia. El día anterior, la vi; justo yo salía de esta misma sala. Estaba en medio del pasillo muy pensativa, yo la saludé, pero ni me miró. Actuó como si no me viera.

—¿Tenéis idea de por qué estaba tan nerviosa?

Todos negaron con la cabeza.

—Si os acordáis de cualquier detalle, por favor, llamadnos, sea lo que sea, aunque creáis que es algo sin importancia. —Erik les dio una tarjeta a cada uno.

Los inspectores dieron el interrogatorio por terminado. Al salir de la sala, el doctor Mateo los esperaba en el pasillo.

—Doctor Mateo, ¿notaron en algún momento que Lorena tuviera tendencias suicidas? —preguntó Sara.

—Por desgracia, no —dijo avergonzado—. En todos mis años de profesión, es la primera vez que me pasa algo así; ni se imaginan lo mucho que me pesa. Esa chica estaba excesivamente nerviosa, tendría que haberla vigilado más.

—Doctor Mateo, gracias por atendernos. —Los inspectores se despidieron y le dieron la mano.

—Ha sido un placer. Si necesitan algo más, no duden en llamarme.

Los inspectores se disponían a marcharse de las instalaciones, pero cuando escucharon como alguien los llamaba, miraron a su alrededor en busca de la procedencia de aquel leve susurro. Una pequeña cabeza, de largo cabello cobrizo, asomaba por detrás del edificio. Hacía gestos con la mano para que se acercaran. Estos se pusieron en camino hacia la chica, quien miraba de un lado a otro con nerviosismo.

Cuando estuvieron a su altura, les pidió que la siguieran. Junto al psiquiátrico, había una pequeña capilla; los guio hasta allí.

La capilla era muy pequeña. Había un altar con una mesa y utensilios para las misas, las ventanas estaban decoradas con preciosos cristales e imágenes de ángeles y santos. Había tres filas de bancos. La chica se sentó en la primera fila y miró a la enorme cruz que había detrás del altar. Sara y Erik se sentaron a su lado

—Sois policías, ¿verdad? —preguntó.

—Somos inspectores de homicidios —respondió Sara—. Yo soy la inspectora Sara Torres y él es el inspector Erik Helgason.

La chica parecía cauta, como si estuviera pensando qué decir.

—Mi nombre es Silvia Garrido, yo fui quien descubrió el cuerpo de Lorena. Antes los he visto con el doctor Mateo.

Sara recordó cómo le pareció ver a alguien que los observaba detrás de una puerta. «Seguro que era ella», pensó.

—Tenía que hablar con vosotros —continúo—: En este hospital hay oídos por todas partes, así que seré muy breve. Tampoco quiero que se den cuenta de que no estoy en el centro.

—Perdona que te interrumpa —dijo Erik—. ¿Ingresaste de forma voluntaria? ¿Tan controlados estáis?

—Sí, ingresé por un problema de ansiedad. Soy una de las pacientes de la primera planta. De hecho, mi habitación está al lado de la de Lorena. Perdón, quiero decir, donde estuvo Lorena. —Hizo una pausa para contener las lágrimas—. No nos suelen controlar, pero no les interesa que ningún paciente hable con vosotros. Lo único que quieren es que este asunto se olvide y que la policía no aparezca más por aquí. El doctor Mateo será muy bueno en su campo, pero es un trepa de mucho cuidado.

—¿Qué puedes decirnos sobre la muerte de Lorena? —preguntó Sara acercándose a Silvia para darle confianza.

Silvia agradeció el gesto de Sara. Estaba muy nerviosa, pero necesitaba contar lo que vio y la recaída que su amiga había tenido.

—La madrugada de la muerte de Lorena, me desperté por el ruido de un grito. Al principio, pensé que lo había soñado, pero me levanté para comprobar que no pasaba nada. Cuando salí de mi habitación, vi que la puerta de Lorena estaba abierta, y me pareció muy raro. Ella no quería dormir con la puerta abierta, últimamente no era la de siempre. Lorena y yo habíamos hecho mucha amistad, éramos un gran apoyo la una para la otra. En pocos días desde su estancia, mejoró muchísimo; estaba tan optimista y feliz… pero de repente, cambió. Ya no hablaba casi conmigo, estaba como ida, sufría unas pesadillas horribles, se despertaba en mitad de la noche entre gritos. —Paró durante un minuto para respirar, recordando los horribles gritos de su amiga durante la noche—. Por eso pidió dormir bajo llave.

—Disculpa que te interrumpa —dijo Erik—. ¿Por qué pidió dormir encerrada?

—Estaba muy paranoica —continuó Silvia—. Decía que notaba la presencia de alguien en su habitación, incluso me dijo que escuchaba llantos de niños. Nadie más los escuchaba; quizá todo fuera producto de su imaginación a raíz de un rumor. Se decía que encontraron los huesos de unos bebés enterrados en los cimientos del hospital. —Silvia recordó a la Lorena que entró en el centro y en la que se convirtió—. El caso es que empezó a empeorar. Como os iba diciendo, esa madrugada, al ver su puerta abierta, me dirigí a su habitación. Al entrar, había un hombre. Su ropa era de otra época, su rostro reflejaba odio; sin embargo, en sus ojos había compasión. Al encender la luz, desapareció como por arte de magia. Pero ¡juro que lo vi! Me dirigí a la cama de Lorena, y cuando la destapé… —Silvia rompió a llorar y a temblar.

—¿Quieres que paremos un rato? —preguntó Sara acariciando el brazo de Silvia.

—No, gracias, puedo continuar. Es que, al recordarlo, yo…. Fue horrible, de verdad. Lorena tenía su propia lengua reposando sobre su pecho. Grité todo lo que pude, y al poco, aparecieron unos enfermeros. Ellos abrieron la boca de Lorena para comprobar que era su lengua, y justo debajo, le habían hecho un corte; igual que un círculo, pero más ancho. Después de esto, el doctor Mateo informó a la familia de Lorena de que su hija se había suicidado. Sin embargo, yo estoy segura de que la asesinaron.

Erik miró a Silvia muy pensativo.

—¿Cómo estás tan segura de que fue un asesinato? —preguntó.

—¿Quién se quiere tan poco a sí mismo como para hacerse semejante masacre? Os aseguro que no tenía conductas suicidas. ¡Era mi amiga!, yo misma me hubiera dado cuenta. Aparte, como les he dicho, por muy paranoica que estuviera, ella pensaba que alguien se colaba en su habitación. —Hubo un silencio—. Y luego está la carta…

—¿Qué carta? —preguntaron los inspectores al unísono.

—Solo sé que mencionó una carta —explicó—. No sé qué contenía, pero la escribió para mí. Quería explicarme algo, pero no podía decírmelo por si alguien nos oía. Hoy me iba a decir dónde la había escondido para que yo la cogiera y la leyese. Me dijo que era muy importante. No sé qué contendrá, pero os aseguro que estaba muerta de miedo. —Silvia miró nerviosa hacia la puerta de entrada de la capilla—. Si me disculpáis, me tengo que ir. No pueden saber que he hablado con vosotros, me quedan pocos días para recibir el alta y no quiero problemas. Por favor, coged a quien asesinó a mi amiga.

—¿Tienes alguna sospecha? —preguntó Erik.

—No, la única persona que me da un excesivo repelús es la hermana Elisa; nunca me ha dado confianza.

Dicho esto, se levantó y se dirigió a la salida. Abrió la puerta y

salió tras ella, dejando solos a Erik y Sara en aquella fría capilla.

—Tenemos que encontrar esa carta y averiguar qué le quería contar. Es posible que allí esté la clave para averiguar qué le pasó a Lorena. —Sara se levantó y le hizo un gesto a Erik para que la siguiera —. Vayámonos de aquí, este sitio me pone los pelos de punta.

Erik se quedó muy pensativo. Sara sabía que algo le rondaba la cabeza, así que solo lo miró y no hizo falta que le preguntara nada.

—Estoy pensando en lo que ha dicho sobre ese hombre, el que creyó ver —dijo Erik contestando a la pregunta que su compañera le hizo con la mirada.

—La habitación estaba a oscuras, pudo ser una sombra. —Se quedó pensativa—. Bueno, tampoco descarto que viera algo. Una vez, un amigo me dijo que tenía que abrir mi mente. —Se entristeció al pensar en el profesor.

Ambos se dirigieron hacia la puerta de salida. Mientras se alejaban del psiquiátrico, alguien, desde una de las ventanas, los observaba sin quitarles ojo.

8

Marta y Rubén esperaban la llegada de los inspectores en la sala de reuniones. Ambos se observaban con disimulo, aunque se conocían de oídas. Era la primera vez que se veían en persona y que trabajarían juntos. Marta se sorprendió al ver a Rubén, era el forense más joven que había conocido. Solía tratar con forenses bastante mayores, incluso creía que era una profesión solo para ese tipo de personas. Su aspecto tampoco era lo que habría imaginado, tenía pinta de empollón con cierto aire macarrilla.

Ella, en cambio, era una persona excesivamente nerviosa y era incapaz de estar mucho rato callada. No soportaba más la situación, llevaban más de media hora a la espera de los inspectores. Su compañero no había abierto la boca, así que quiso romper el hielo.

¡Ejem, ejem!

—Si que tardan los inspectores, ¿verdad? —preguntó—. ¿Sabes de qué va el caso?

Rubén miró a la mujer de cabello ondulado y ojos oscuros que se encontraba a su lado. Pensó por qué le daba conversación, él era muy tímido y no estaba acostumbrado a socializar mucho. Estaba allí porque Sara le había pedido el favor, hacía mucho tiempo que eran amigos. Cuando le ofreció trabajar en su equipo, no pudo decirle que no; era una gran oportunidad para él.

Marta lo ponía nervioso. Desde que llegaron, no había parado de moverse. Se había levantado de la silla y había vuelto a sentarse más de las veces que podía contar. Conocía la fama de Marta y tenía ganas de trabajar con ella; era la mejor en su campo. Se trataba de una mujer muy inteligente, pero para su gusto, demasiado dinámica.

Por un momento, pensó en ignorarla. Sin embargo, no era una buena forma de comenzar con la que sería su compañera por un tiempo. No le quedaba más remedio que contestarle.

—Pues sí, parece que se retrasan. Y no, no tengo ni idea de qué va el caso —contestó escueto.

Justo en el momento en que Marta iba a decir algo, la puerta se abrió. Sara entró, seguida de un rubio al que no conocía; sintió alivio y agradeció que por fin hubiera aparecido.

Sara miró a sus nuevos compañeros y sonrió para sus adentros. Los dos eran los mejores en su campo, pero no podían ser más diferentes. Estaba segura de que iban a formar un buen equipo.

Los inspectores se sentaron frente a Marta y Rubén.

—Perdonad el retraso —se disculpó—. La visita a Santlaú nos ha llevado más tiempo de lo que pensábamos.

Al escuchar el nombre del psiquiátrico, Marta dio un respingo.

—¿Habéis estado en Santlaú? —preguntó emocionada.

Sara supo que su compañera estaba familiarizada con el lugar.

—Sí, hemos estado en el Hospital Psiquiátrico de Santlaú. El caso que nos han asignado tiene mucho que ver con ese lugar. —Tomó aire y continuó—: Primero, quiero que os conozcáis un poquito mejor. Después, os explicaré el caso en el que vamos a trabajar.

Sara se levantó de la silla y se dirigió a los archivadores, abrió uno de ellos y sacó dos carpetas que dejó sobre la mesa. Una vez que consiguió la atención de sus compañeros, se dirigió a ellos.

—Como todos sabéis, llevo un tiempo intentando montar una unidad por mi cuenta, y es bien sabido que se me ha denegado varias veces —explicó abatida—. El comisario Zabala me ha permitido trabajar con vosotros en este caso y me parece una buena oportunidad para demostrarle que formamos un buen equipo. Creo que es la primera vez que os veis en persona, pero si no me equivoco, os conocéis de oídas.

Rubén y Marta la miraron asintiendo.

—Es hora de hacer las presentaciones —continúo—: Rubén, por favor, ponte en pie. —Su amigo se sonrojó al notar las miradas de sus compañeros puestas en él—. Rubén es el mejor forense que he conocido, primero de su promoción, se graduó un año antes de lo que le tocaba. Me asesora desde hace años y puedo decir que no se le pasa ni una. —La cara de Rubén, en esos momentos, tomó un color rojo intenso—. Gracias, ya puedes sentarte. Marta, tu turno. —Su compañera se puso en pie con una gran sonrisa—. Marta es Antropóloga e Historiadora, también la mejor de su campo; sobre todo, está especializada en… digamos, todo lo macabro de la historia. Aparte, tiene un sexto sentido que ya iréis viendo. —Sara le guiñó un ojo de complicidad a su nueva compañera. Después de su presentación, volvió a tomar asiento—. Y, Erik, por favor. —Erik también se levantó—. Él es el inspector Erik Helgason, fue mi compañero en Islandia en el caso del Asesino del Ritual. Solo puedo decir cosas buenas, fue un lujo trabajar con él y me alegro de que forme parte de este caso. —Le hizo un gesto para que se acercara a ella.

Cuando llegó a su lado, Sara cogió las dos carpetas y se las entregó para que se las ofreciera a sus nuevos compañeros.

—En estas carpetas encontraréis toda la información sobre el caso de Lorena Beltrán —dijo—. Por favor, estudiad bien cada detalle.

Erik volvió a su sitio, mientras Sara ponía en marcha el sistema de pantallas.

—Como podéis observar en las pantallas, hay tres carpetas sobre el caso de Lorena Beltrán —dijo—. Hace unos días, la encontraron muerta, y sí, es la Lorena Beltrán que estáis pensando —dijo al ver la cara de Marta y Rubén—. La familia es íntima del comisario; por lo tanto, no podéis hablar con nadie sobre el caso y olvidaros de filtrar información. El que lo haga, está fuera —zanjó muy seria—. Lorena ingresó en el hospital debido a problemas de estrés y ansiedad. Casi dos semanas después de su ingreso, fue encontrada muerta en su habitación; supuestamente, se suicidó. La carpeta de la autopsia es para ti, Rubén. Quiero que te la mires con lupa y que hables con el forense que la realizó, aún nos faltan los resultados toxicológicos. —Rubén asintió—. Marta, tú prepara toda la información que tengas sobre ese lugar. —Marta sonrió frotándose las manos—. Los padres de Lorena están convencidos de que su hija no se suicidó, así que debemos averiguar la verdad.

Rubén levantó la mano para llamar la atención de Sara.

—¿Crees que ha sido un asesinato? —preguntó.

—El personal de Santlaú dice que fue un suicidio; todos coinciden en que Lorena estaba excesivamente nerviosa. Sin embargo, hemos conocido a Silvia, amiga de Lorena y compañera en el hospital. Ella fue quien encontró el cadáver, y está completamente segura de que su amiga no se suicidó. Si os soy sincera, opino lo mismo. Hay millones de maneras de suicidarse, así que ¿por qué escoger una tan macabra y dolorosa? Señores, nuestra prioridad es averiguar qué le pasó a esa chica. Necesito que hagáis vuestros deberes para mañana. Nos volveremos a encontrar aquí a la misma hora.

—Estoy deseando ponerme con este caso. Muchas gracias por darme la oportunidad de formar parte de esta unidad —dijo Marta.

—Ahora mismo, voy a hablar con el forense que hizo la autopsia. Por suerte, lo conozco y tenemos confianza —informó Rubén.

Marta y Rubén se despidieron de Sara y Erik y salieron de la sala.

—Se los ve muy motivados —dijo Erik con una sonrisa.

—Tenemos un equipazo. —Sonrió—. Nosotros tenemos que hacerles una visita a los padres de Lorena. Quizás la carta se encuentre entre las pertenencias que tenía en el hospital.

9

Austria, 1940

Elías miraba por la ventana perdido en sus pensamientos. Un relámpago iluminó el cielo, e hizo que volviera a su terrible realidad. No soportaba más estar en esa casa. Su mujer estaba sumida en una depresión, y a sus hijos ni siquiera tenía valor para mirarlos. Cogió su abrigo, un paraguas y se aproximó a la puerta. Necesitaba respirar, salir de allí. Tenía la mano en el pomo cuando escuchó unos pasos detrás de él. Era la doncella.

—¿El señor va a salir? —preguntó mirando hacia la ventana más próxima, pues estaba diluviando.

—Sí, Monika. Por favor, avisa a la señora que llegaré tarde, que no me espere para cenar.

Giró el pomo de la puerta y salió en busca de su coche; ni siquiera abrió el paraguas, ya que el vehículo se encontraba cerca de la casa. Sin embargo, llegó empapado. No recordaba una noche tan mala como aquella desde hacía mucho tiempo. Puso rumbo al pueblo vecino, no le apetecía encontrarse con ningún conocido. Quería estar solo y beber; beber hasta quedarse sin sentido.

Nada más entrar en el pueblo, vio una taberna. «¿Para qué buscar más?», pensó. «Ni siquiera conozco el pueblo». Se dirigió a la que sería su salvación durante esa noche.

Abrió la puerta y se encontró con un lugar lúgubre. En las mesas, había algunas personas bebiendo —todos hombres—, tenían aspecto de campesinos. No había nadie en la barra, así que se aproximó a ella y le pidió al camarero una botella de *whisky*. El camarero lo miró durante un minuto, pero al ver su porte, pensó que ese hombre le aumentaría la caja de ese día.

Elías cogió la botella y llenó el vaso con ese exquisito licor, aunque sabía que no sería ni la mitad de bueno al que estaba acostumbrado. Pero no le importaba, le ayudaría a olvidar sus penas.

La puerta de la taberna se abrió, y un hombre vestido de negro entró con paso firme y se aproximó a la barra. Miró a Elías, y le sonrió.

—¡Menuda noche que hace! —exclamó frotándose las manos para entrar en calor.

Al ver que este lo ignoraba, se dirigió al camarero.

—Chico, ponme un vaso del mejor aguardiente que tengas. Necesito calentarme las tripas, hace un frío de mil demonios. —Su risa

resonó por toda la taberna.

El camarero le sirvió un vaso con un líquido tan transparente que parecía agua. El hombre se lo bebió de un trago y pidió otro al momento. Elías no paraba de beber —llevaba media botella—, la cabeza le daba vueltas y el cuerpo le pesaba.

—¿Ahogando las penas, amigo? —preguntó el hombre de negro, acercándose más a él.

Elías lo miró sin saber si darle conversación o no, pero en el estado de embriaguez en el que se encontraba, decidió dejarse llevar.

—He tenido un mal día; bueno, más bien, una mala racha —contestó—. ¿Usted también?

El hombre de negro comenzó a reírse.

—Bueno, como todos. La vida de un campesino, a veces, puede ser muy dura. Pero no me trate de usted, por favor, mi nombre es Jonás.

Jonás se acercó y le tendió la mano. Se la estrechó con fuerza, más de la que Elías pensaba que tendría.

—Yo soy Elías —saludó—. Encantado de conocerte, Jonás.

—¿Y cuáles son esas penas que te han obligado a tomarte media botella de *whisky*?

Elías pensó que desahogarse con un desconocido no estaría tan mal, así que habló y habló. Le contó que era un hombre muy respetado en su círculo, incluso le habló sobre la enfermedad de sus hijos. Jonás lo miraba y asentía una y otra vez, en ningún momento tomó parte en la conversación; dejó que aquel desconocido se desahogara y le contara todos sus problemas.

—¿Qué me dirías si te dijera que puedo ayudarte? —preguntó Jonás en apenas un susurro.

—¿Tú? —respondió incrédulo. ¡¿Cómo ese pobre campesino podría ayudarlo?!

—Te voy a contar un pequeño secretillo. Me tomarás por loco, pero te aseguro que digo la verdad. Mejor hablemos fuera, aquí hay demasiados oídos.

Elías pagó la cuenta e invitó a su nuevo amigo. Lo siguió hasta la salida, con muchas preguntas en la cabeza. Todavía llovía, aunque con menos intensidad. Se quedaron en el porche de la taberna. Elías estaba expectante, sentía curiosidad. «¿Qué me querrá explicar?».

—Mira, esta información no la comparto con nadie, pero estás sufriendo demasiado. Conozco un pueblo en España, concretamente en Barcelona. El pueblo se llama Jafra, y dicen que allí ocurren cosas…

Jonás sacó un paquete de tabaco del bolsillo de su pantalón, cogió un cigarro y le ofreció otro a Elías, el cual rechazó. Nunca había fumado y no tenía intención de hacerlo.

—¿A qué tipo de *cosas* te refieres?

—Magia, Elías. —Al decir eso, miró a su alrededor para comprobar

que estaban solos—. Creerás que es pura fantasía, pero te diré que yo sí creo en la magia. La energía de ese lugar es especial. En el pueblo, vive una curandera y ella te ayudará con el problema de tus hijos. Te doy mi palabra. No pierdes nada en comprobarlo, ese lugar es sanador. —Hizo una pausa y le dio otra calada a su cigarro—. ¿No dices que tu mujer está mal? Allí se recuperará; estará en el campo, al aire libre. Y tus hijos vivirían libres de toda mirada. Hay una masía a las afueras del pueblo, allí nadie los vería. De hecho, siempre está vacía, ya que nadie quiere vivir en ella. Creo que es el lugar ideal para tu familia y para ti.

Elías pensó que ese extraño hombre se reía de él, que le gastaba una broma de mal gusto. «¿Magia? La magia no existe y no creo en curanderas»; sin embargo, su parte racional —aunque le quedaba poca, había desaparecido con el exceso de alcohol— decidió seguirle el juego a Jonás.

—Si te soy sincero, no creo en la magia; solo en la ciencia. No obstante, estoy tan desesperado que haría lo que fuera por encontrar una cura para mis hijos. Te haré caso, llevaré a mi familia a Jafra.

—Cuando llegues allí, busca a la curandera. Se llama María.

Jonás le deseó la mejor de las suertes, se despidió de Elías y desapareció en la noche fría y lluviosa satisfecho por sembrar la semilla en la mente de su nuevo amigo. Ahora solo tenía que esperar.

Elías no estaba en condiciones de conducir, así que volvió a entrar en la taberna —que tenía habitaciones— y pagó para pasar la noche allí.

A la mañana siguiente, ya más sobrio, recordó la conversación con Jonás. ¿Había sido real? O, ¿fue un sueño? Dudó, aunque en el fondo, sabía que todo lo sucedido había sido real. Por un momento, ese desconocido casi lo convenció. «¿Llevar a toda mi familia a Barcelona?, ¿a un pueblo donde hay magia? ¿¡Quién se creería ese estúpido cuento!?».

Se aproximó a la salida y puso rumbo al único lugar donde no quería estar: su hogar.

10

En la actualidad

Los padres de Lorena vivían en Pedralbes, la zona residencial más lujosa de Barcelona. Sara y Erik habían puesto la dirección en el navegador y se dirigían hacia allí con toda la paciencia del mundo, debido al horrible tráfico que siempre había en Barcelona.

—¿Crees que encontraremos lo que buscamos en casa de los padres de Lorena? —preguntó Erik, mientras seguía las instrucciones del navegador.

—Eso espero. De lo contrario, tendremos que poner Santlaú patas arriba hasta que encontremos esa carta. De todos modos, tenemos que hacerle otra visita al doctor Mateo, debemos preguntarle sobre el rumor de los huesos que encontraron. Quizá solo se trate de un rumor, pero es mejor que nos aseguremos.

El teléfono de Sara comenzó a sonar. Al mirar la pantalla, vio que era Salgado quien la llamaba.

—Hola, Salgado. —Sonrió al escuchar la voz de su padre. Erik le hizo señales, quería saludarlo—. Espera un momento, que conecto el altavoz. Alguien te quiere saludar.

—Perfecto, hija. Lo que quiero decir os incumbe a los dos. Por cierto, hola Erik. —La voz de Salgado sonaba feliz.

—Hola, me alegro de escucharte —dijo Erik.

—Bueno, ¿y qué es eso que querías decirnos? —preguntó intrigada.

Escucharon a Salgado reír al otro lado de la línea.

—¡Tú siempre tan impaciente! —se resignó. Su hija nunca cambiaría, siempre quería adelantarse al mismísimo tiempo—. Quería invitaros a cenar en casa esta noche. Os ofrezco una deliciosa cena casera, no me podéis decir que no.

Sara miró la hora en su reloj de muñeca. Después, miró a Erik y este asintió con una sonrisa.

—Papá, por supuesto que iremos. Estamos de camino para interrogar a los padres de Lorena, pero no nos llevará mucho tiempo. Cuando terminemos, iremos para tu casa. —Sara miró a su acompañante, y con una burla, añadió—: Además, Erik está deseando probar tus dotes culinarios.

—Espero estar a la altura —contestó Salgado entre risas.

Erik miró a Sara y le hizo un gesto para indicarle que habían llegado a la casa de los Beltrán.

—Papá, te dejamos, acabamos de llegar. Nos vemos esta noche.

—Adiós, hija. Luego os veo.

—Hasta la noche, Salgado —se despidió Erik.

La casa de los Beltrán no se veía desde la calle, ya que una enorme valla de color blanca impedía su visión. Había una cámara de vigilancia instalada en ambos lados de la valla. Sara bajó del coche y se dirigió hacia el interfono para presionarlo. A los pocos segundos, un hombre contestó.

—Residencia de los Beltrán, ¿en qué puedo ayudarla?

—Soy la inspectora Torres, vengo a ver al Sr. y la Sra. Beltrán. —Sacó su identificación y se la mostró a una de las cámaras.

—Si ha venido con algún vehículo, diríjase hacia la puerta y ahora mismo les abro. Cuando entren, sigan el camino hasta el final de la finca —contestó la voz del interfono.

Sara cruzó la calle, entró en el vehículo y le indicó a Erik que se aproximara a la puerta. Esta comenzó a abrirse, dejando a la vista un enorme camino de adoquines. En la parte derecha, había una garita y un hombre vestido con uniforme de seguridad, quien los miró y los saludó con la mano.

Siguieron el camino como les habían indicado. A ambos lados, el césped era de un verde intenso, y dejaron atrás un pequeño jardín de rosas rojas aterciopeladas. Unos metros más adelante, se encontraba la casa de los Beltrán, aunque el término correcto sería la *mansión* de los Beltrán.

Era una construcción de tres plantas. En la parte derecha, había un pequeño torreón. La primera planta tenía tres enormes cristaleras en las que se reflejaba el sol del atardecer, y tres balcones iniciales decoraban la segunda planta. Lo más sorprendente de aquella maravillosa edificación era el minitorreón situado en la tercera planta, digno de un castillo medieval. El camino de adoquines terminaba con plazas de aparcamiento en ambos lados; en una de las plazas, se encontraba un porche deportivo negro tan encerado que deslumbraba. «Bonito coche», pensó Erik.

Los inspectores se dirigieron hacia la parte principal de la mansión. Subieron por la enorme escalera que terminaba en la entrada de la propiedad. No les dio tiempo de llamar al timbre, ya que esta se abrió y una mujer vestida con uniforme de trabajo les invitó a pasar.

—Buenos días, mi nombre es Amparo, soy el ama de llaves. Por favor, síganme, los señores los están esperando —dijo mientras les dejaba pasar con amabilidad.

Un enorme y lujoso vestíbulo de mármol les dio la bienvenida, y se sintieron como si estuvieran en la sala de un museo. Las paredes estaban repletas de cuadros, varias estatuas y jarrones chinos decoraban cada rincón. Los inspectores seguían al ama de llaves sin perder detalle de todo el lujo que los rodeaba.

El ama de llaves se situó delante de unas elegantes puertas correderas.

—Pueden pasar —dijo, mientras desaparecía subiendo por unas escaleras con una preciosa barandilla de cristal.

Sara entró primero. La estancia que encontró era igual de lujosa que todo lo que había visto en esa increíble mansión. En un rincón, había un enorme piano de cola, y al fondo, unos sillones con una mesa en el centro en la que había una bandeja de plata con una jarra con agua y cuatro vasos. Enfrente de los sillones, había un enorme ventanal que dejaba entrever una piscina rodeada de césped. Erik la siguió mientras se dirigían a las dos personas que los esperaban de pie.

Un hombre de pelo cano, y con un aire muy aristocrático, se acercó a ellos.

—Inspectores, soy Luis Beltrán. Ella es mi mujer, Lucía —dijo señalando a una mujer que se levantó y se dirigió hacia ellos.

—Señores Beltrán, soy la inspectora Sara Torres. Él es mi compañero, Erik Helgason.

Ambos les tendieron la mano a los Beltrán y los cuatro tomaron asiento.

—Lamentamos mucho su pérdida —dijeron.

El matrimonio se miró y se cogieron de la mano. Sus caras reflejaban un enorme cansancio, producido por muchas horas de llanto y pocas de sueño.

—Gracias, inspectores —contestó Luis Beltrán, abatido—. Aún no nos hacemos a la idea de que ella ya no está… —Lucía agarró la mano de su marido con fuerza.

—Si no les importa, querríamos hacerles unas preguntas —dijo Sara.

Los Beltrán se miraron.

—Pregunten lo que necesiten, estamos dispuestos a colaborar en todo lo que podamos. He hablado con Zabala, nos ha dicho que ustedes son sus inspectores de confianza, así que no vamos a omitir ningún detalle —dijo Luis Beltrán con total sinceridad.

Los inspectores agradecieron la sinceridad del Sr. Beltrán.

—¿Conocían el motivo por el cual Lorena ingresó en Santlaú? —preguntó Sara.

—Fue por mi culpa. —Luis Beltrán cogió la jarra, se sirvió un vaso de agua y bebió con las manos temblorosas—. Discúlpenme, aún me cuesta hablar del tema. Como les decía, fue culpa mía. La presioné demasiado en que aceptara el trabajo, quería que ocupara mi puesto en la empresa y ni siquiera le pregunté si era lo que quería.

Lucía miró a su marido y negó con la cabeza.

—No puedes castigarte de esa manera. Lorena no ha muerto por tu culpa. —Miró a su marido, se notaba que no era la primera vez que

mantenían esa conversación.

—¿La visitaron en alguna ocasión una vez hubo ingresado en el hospital? —preguntó Erik.

—No podíamos. —Lucía tomó la palabra—. Uno de los requisitos del tratamiento era que, durante la semana que estuviera ingresada, no recibiría visitas. Sin embargo, hablábamos con ella por teléfono muy a menudo, sobre todo yo. Al principio noté su mejoría; se reía mucho, incluso me contó que había hecho una amiga. —Se quedó pensativa—. Estaba feliz y tenía ganas de volver a casa, pero algo cambió a los cinco días. Un día, me llamó. —Las lágrimas empezaron a caer lentamente por sus mejillas—. Estaba muy asustada, quería que fuera a buscarla y que la trajera a casa, pero lo consulté con su médico. Me informó sobre la recaída de mi hija y que tendría que permanecer ingresada una semana más. —Se quedó callada—. Tendría que haber ido a por ella, mi pobre niña, ahora no estaría muerta.

Lucia lloraba desconsoladamente, sentía que había fallado a su hija.

—¿Le dijo por qué quería que la fuera a buscar? —preguntó Sara.

—No, estaba muy alterada.

—¿El médico de Lorena era el doctor Mateo? —intervino Erik.

Lucía negó con la cabeza, fue su marido quien contestó a la pregunta.

—El doctor Mateo la atendió al principio, pero cuando empeoró, la cambiaron de médico. Fue la doctora Martín quien habló con mi mujer para decirle que Lorena necesitaba una semana más de tratamiento.

Sara sacó un pequeño cuaderno de su bolso, un bolígrafo y apuntó el nombre de la doctora.

—¿Algo que quieran destacar de la doctora Martín? —preguntó.

—No la conocimos en persona, solo telefónicamente. Era una persona amable y muy profesional —explicó Lucía.

—¿Su hija mostró tendencias suicidas alguna vez? Sé que es una pregunta muy dura, pero tengo que hacerla. —A Sara le incomodaba hacerles esa pregunta a los Beltrán.

—Mi hija jamás se suicidaría. La mataron, estoy completamente seguro —dijo el señor Beltrán convencido—. Por eso pedimos que le hicieran la autopsia, y después de conocer los resultados, llamamos de inmediato a Zabala. No nos cuadra la hipótesis del suicidio.

Los inspectores coincidían con la opinión del Sr. Beltrán, pero necesitaban pruebas tangibles para descartar el suicidio.

—Una última cosa: Silvia, la amiga de su hija, nos dijo que Lorena le escribió una carta. ¿La han visto entre las pertenencias que tenía en el centro?

Los Beltrán se miraron y negaron con la cabeza.

—Aún no hemos abierto la caja con sus pertenencias, no nos sentíamos con fuerzas… —explicó el señor Beltrán.

—Si fueran tan amables, ¿nos la podríamos llevar? —pidió Erik—. Se la devolveremos en unos días.

—Por supuesto que sí —contestó el señor Beltrán—. Síganme, los llevaré al piso de Lorena. Esta casa es tan grande que le construimos un piso en el minitorreón de la tercera planta.

Los inspectores siguieron a los Beltrán por la elegante escalera, la misma por la que el ama de llaves había ascendido momentos antes. Al llegar al piso superior, tomaron un pequeño pasillo que los condujo a una puerta de madera antigua.

El piso de Lorena, tal como indicó el Sr. Beltrán, era la torre que estaba situada en la tercera planta. Tendría unos sesenta metros cuadrados. Constaba de un comedor, una amplia habitación con balcón independiente, cocina y baño.

Entraron en el dormitorio. Sobre la cama, se encontraba una caja de cartón cerrada con precinto.

—Como pueden ver, no la hemos abierto —indicó el señor Beltrán, dándosela a Erik.

Sara se fijó en que todo estaba muy limpio y ordenado, como si nadie hubiera vivido allí. No había fotos, tampoco objetos personales a la vista. La señora Beltrán se fijó en cómo Sara lo miraba todo sin perder detalle.

—La habitación ha estado cerrada desde que ingresó en el hospital, solo ha subido el personal de limpieza —informó Lucía—. Mi hija solo venía a dormir, se pasaba la mayor parte del tiempo en la empresa.

—Comprendo —contestó.

El matrimonio acompañó a los inspectores a la salida y se despidieron de ellos estrechándoles la mano.

—Si necesitan algo más, no duden en llamarme. —El señor Beltrán sacó de su chaqueta una tarjeta que entregó a los inspectores—. Pueden llamarme a la hora que sea. —Hizo una pequeña pausa—. Y, por favor, averigüen quién nos ha arrebatado a nuestra niña.

—No dude en que lo haremos —contestó Sara—. Muchas gracias por su amabilidad.

Sara subió al vehículo mientras Erik metía la caja en el maletero. Miró el reloj de su muñeca, su padre ya los estaría esperando.

11

Silvia se encontraba en su habitación. A pesar de que estuvo lo más ocupada posible, aún estaba nerviosa por la conversación con los inspectores. Era una persona a la que le gustaba pasar desapercibida, le incomodaba estar en medio de problemas ni conflictos, pero la muerte de Lorena la había afectado demasiado. Necesitaba hablar sobre lo ocurrido y aliviar la angustia que sentía. Le quedaba poco tiempo para terminar su terapia y regresar a su vida. Se tumbó en su cama, pensativa.

Lo primero que haría cuando saliera de Santlaú sería viajar; era posible que se trasladara a la sede que la empresa familiar tenía situada en Londres. Hacía tiempo que quería hacerlo, era consciente de que necesitaba un cambio en su vida.

Miró el reloj de su mesita de noche, marcaban las ocho de la tarde. Quedaba media hora para que sirvieran la cena. No le apetecía ir al comedor; sin embargo, llevaba todo el día con el frío metido en el cuerpo y sabía que algo caliente le sentaría bien. Después, se daría una larga ducha caliente y dormiría toda la noche. Si se daba prisa, podría pedirle un caldo a alguna de las chicas de la cocina.

Se levantó de la cama, y salió de la habitación en dirección al comedor. Por el camino, se cruzó con algunos pacientes y celadores. A esa hora de la noche, había mucho revuelo por los pasillos; algunos terminaban sus tareas y otros se preparaban para la cena.

Entró en el comedor, el cual estaba vacío, y se aproximó a la cocina. Se encontró con una auténtica odisea. Cuatro personas preparaban comidas y corrían de un lado para otro. Buscó con la mirada a Cristina, la jefa de cocina, pero no la vio. Una chica se aproximó a ella; era Rosa, la auxiliar de cocina.

—Silvia, ¿te puedo ayudar en algo? —preguntó con amabilidad.

—Estaba buscando a Cristina. No me encuentro muy bien, tengo mucho frío. ¿Me podrías preparar algo caliente?

—Cristina ha bajado a la despensa, danos unos minutos y te llevamos un caldito calentito a tu habitación. —Rosa miró a su alrededor y miró el caos que había en la cocina—. Los pacientes están a punto de llegar y vamos muy atrasados.

Silvia asintió y puso rumbo a su habitación. Al llegar, encontró la puerta abierta. «Qué raro», pensó, «juraría que había cerrado antes de salir».

Diez minutos después, escuchó que picaban a la puerta. Al abrir,

no encontró a nadie, pero sí una bandeja en el suelo con un cuenco; contenía un caldo humeante. Silvia miró hacia ambos lados del pasillo —estaba completamente desierto—, cogió la bandeja y entró en su habitación. Se sentó en la cama y bebió poco a poco mientras lo saboreaba.

Al terminar, se aproximó al cuarto de baño, corrió la mampara de la ducha y abrió el grifo. Mientras el agua caía sin cesar, buscó su pijama de franela —encima de la cama— junto a su ropa interior. Se introdujo en la ducha. El agua caliente resbalaba por su cuerpo y la envolvió en una sensación agradable. Se enjabonó con su jabón de lavanda, sintiendo como ese olor tan maravilloso calmaba su mente. Todo el cuarto de baño quedó repleto de vaho.

Silvia empezó a sentirse mareada. «Creo que me he pasado con el agua caliente», pensó. Cada vez se sentía más floja, como si su cuerpo levitara. Un pequeño sonido la puso en guardia, sacó la cabeza por la mampara, pero no pudo ver nada; solo vaho por todas partes. Cada vez se encontraba peor, sentía como si fuera una espectadora en una sala de cine y viera como alguien dirigía su cuerpo. Otra vez volvió a escuchar algo, como si estuvieran pasando un dedo por un cristal. Comenzó a ponerse nerviosa, esa vez vio algo en el fondo del cuarto de baño. Su corazón latía a toda velocidad, tenía miedo. El espejo de enfrente estaba cubierto de vaho, excepto por la parte central en la que había algo escrito. Agudizó la vista todo lo que pudo, le era muy difícil concentrarse. En el espejo se leía: «Ya no hablarás más».

Trató de salir de la ducha, pero algo se movió en su dirección. No supo distinguir qué era hasta que estuvo tan cerca que no pudo huir. Esa persona llevaba una túnica negra con capucha, quien se abalanzó sobre ella tan rápido que no pudo ni gritar. La agarró con fuerza del brazo y la tiró al suelo. Silvia no distinguía la cara de esa persona, era como si delante tuviera un borrón negro. Todo le daba vueltas. La persona de la túnica le propinó un fuerte golpe en la cabeza, y Silvia cayó al suelo perdiendo el conocimiento.

◆◆◆

Silvia abrió los ojos poco a poco, le pesaban tanto que apenas conseguía mantenerlos abiertos. Seguía mareada, incluso más que antes de perder el conocimiento. Escuchaba murmullos. Enfocó un poco la vista, y fue consciente de que estaba sentada en una silla. Iba vestida con una túnica que no reconocía. Delante de ella, había un altar; igual al de una iglesia. Una persona la miraba, vestía una túnica —como la de ella—. El lugar estaba en penumbras; la única luz era la que procedía de los enormes cirios del altar. Esa persona desconocida miró a Silvia; su cara parecía un enorme agujero negro, en el que no

se apreciaba los rasgos. Dos figuras más, vestidas con túnicas negras, se pusieron a ambos lados de Silvia. La persona que presidía el altar, cogió uno de los cirios y prendió algo en la pared de detrás. Ardió una estrella de cinco puntas, la cual se veía —en el centro— el dibujo de la cabeza de un cabrío macho.

«Dios mío», pensó Silvia, «¿qué es todo esto?».

Había algo más encima del altar. Un cáliz negro —tenía símbolos grabados que no lograba ver— y una daga. La persona que presidía el altar, bajó de él y se acercó a Silvia. Sostenía un cirio entre sus manos con el que iluminó el rostro de Silvia. Se agachó para contemplarla más de cerca.

—Vas a experimentar el mayor terror que hayas experimentado nunca —le dijo acariciando el largo cabello de Silvia.

El olor de los cirios y el incienso, junto el desagradable olor a humedad, le provocaron arcadas. La voz de esa persona retumbaba distorsionada en su cabeza. Quería gritar que la dejaran marchar, pero las palabras no le salían. Estaba demasiado aturdida.

El resto de figuras encapuchadas se dirigieron a la persona que hablaba con Silvia, y la rodearon sin dejar de observar cómo su miedo crecía por momentos. Tras unos minutos, se alejaron en un rincón de la sala para evitar que los oyera.

—Que empiece el juego. —El resto asintieron—. Dejad que crea que tiene la opción de escapar. De esa forma, su miedo aumentará cuando vea que está atrapada.

Silvia, aprovechando que sus captores estaban despistados, se levantó cogiendo fuerzas de donde no las tenía. Corrió todo lo que pudo hasta el fondo de la sala, donde se topó con una apertura en la pared. Unas escaleras subían a la superficie, y ascendió por ellas; aunque cayó de bruces. Se levantó todo lo rápido que pudo, pero una puerta opaca de hierro impidió que siguiera. La empujó.

Al abrirla, vio que se encontraba en el antiguo cementerio de Jafra, situado detrás de Santlaú. A pesar de que su visión era borrosa, intuyó el camino de tierra que conducía al bosque. Comenzó a caminar por él, las piedras se le clavaban en sus pies descalzos. Pensó en el tiempo que había permanecido inconsciente a merced de sus captores y se estremeció. Corrió sin mirar atrás, solo escuchaba su propia respiración agitada. No podía oír si la seguían, pero estaba segura de que la buscaban. No la dejarían irse, y menos después de lo que había visto. «Pero ¿qué he visto realmente?», se preguntó. «Esa gente, esa siniestra sala… ¿qué significa?». A su alrededor solo había árboles y maleza, y a cada paso que daba, dejaba un camino sanguinolento que brotaba de sus pies. Sus manos no dejaban de temblar, y su corazón amenazaba con salirse de su caja torácica.

Era noche cerrada y las nubes tapaban la Luna. No le daba tiempo

de pedir ayuda, los escuchaba detrás de ella. Estaban muy cerca. Las lágrimas le impidieron ver la roca que tenía delante, tropezó y cayó dándose un fuerte golpe en la cabeza.

Una de las personas encapuchadas se acercó a Silvia y le tomó el pulso.

—Está viva —comunicó al resto.

—No por mucho tiempo —dijo uno de sus compañeros, quien extrajo una daga de su túnica—. Esta vez, nadie encontrará su cuerpo.

La persona que había extraído la daga, se aproximó a Silvia —que yacía inconsciente en el suelo—, le abrió la boca, sacó su lengua y se la cortó con un solo movimiento. La sangre comenzó a manar cayendo por su barbilla.

Silvia recuperó la consciencia durante unos segundos. Antes de que la lanzaran al foso, lo vio. Se trataba del mismo hombre que estaba en la habitación de Lorena. La miraba con aquella mirada siniestra, pero esa vez, había algo más en ella: tristeza.

En esos últimos momentos, pensó que la muerte venía a por ella.

◆◆◆

David y Pedro habían salido al bosque a cazar. En esa zona estaba prohibido, pero pensaron que nadie se enteraría; solo querían cazar uno de los muchos jabalís que habitaban en esos bosques. Después, se marcharían. Estaban en completo silencio cuando un ruido los alertó, y se acercaron sigilosamente mientras se camuflaban con la oscuridad del bosque. Se escondieron entre unos arbustos, y contemplaron algo que no esperaban.

Un grupo de cuatro personas, con túnicas y capuchas, estaban alrededor de algo o de alguien. No lograron verlo bien. Cuando se retiraron, vieron que una persona se encontraba tumbada en el frío suelo. Estaba cubierta de hojas. De repente, las nubes se dispersaron y la Luna hizo su aparición. En aquel preciso momento, los cazadores vieron el cuerpo inerte de una chica de cabellos cobrizos. Pedro hizo amago de salir a comprobar si seguía viva, pero David le pidió en silencio que no se moviera. Dos de esos encapuchados regresaron con una pala para cada uno. Cavaron un agujero en la tierra y metieron el cuerpo de esa pobre chica y lo taparon. Cuando terminaron, se fueron perdiéndose en la oscuridad del bosque.

Los cazadores, asustados, huyeron a toda prisa. Esa noche no pegaron ojo, el recuerdo de aquella siniestra escena no los abandonaría en mucho tiempo.

12

Austria, 1945

Un agradable olor a lavanda envolvía toda la casa. Varios años atrás, Sophia acudió a una curandera. Elías se opuso en todo momento; siendo médico, no creía en esos *métodos.* Sin embargo, su mujer insistía, ya que la medicina no había ayudado a sus hijos. Así que, una mañana en la que su esposo salió a trabajar, Sophia visitó a la curandera más famosa de Austria, quien le aconsejó que siempre tuviera la casa repleta de lavanda. Su olor relajaría la mente y, si lo tomaba una vez al día en infusión, relajaría su cuerpo. Además, le dijo que era una planta muy poderosa contra las energías negativas.

Lo primero que hizo Sophia, al salir de la visita, fue encargar a su jardinero que comprara todas las plantas de lavanda que encontrara para que las plantara por los jardines de la casa. Cada mañana, la doncella salía al jardín y cortaba sus preciosas flores liliáceas de largos tallos y los distribuía en jarrones por toda la casa.

Desde entonces, el humor de Sophia había mejorado; la depresión que sufrió, durante los dos primeros años de tener a sus hijos, ahora solo era un mal recuerdo en su memoria. No obstante, la relación con su marido se había resentido, ya ni siquiera dormían en la misma habitación. Sophia se trasladó a la habitación de sus hijos ante el continuo desprecio de su marido. El carácter de Elías cambió, ahora se había convertido en un ser huraño al que solo le importaba su trabajo. Pero Sophia ya no podía más, tenía que hablar con su marido; llevaban demasiados años alejados y lo echaba de menos.

Esa noche, acostó a los niños y se sentó en uno de los sillones de la biblioteca. Retomó la lectura que empezó días atrás y esperó la llegada de su marido.

Elías llegó a casa, cansado y abatido. Cada día que pasaba, la vida le pesaba más. En el trabajo no le podía ir mejor; sin embargo, cuando llegaba a casa, se le caía encima todo el peso del mundo. Por más que lo intentaba, no podía mirar a sus propios hijos. Mirarlos le recordaba su fracaso como médico. Por mucho que ninguno de sus colegas supiera de la existencia de la enfermedad de los niños, él sentía que algo sospechaban cada vez que lo miraban.

Se dirigió hacia su habitación sin cruzarse con ningún miembro del personal de servicio. A esas altas horas de la noche, ya descansaban en la casa auxiliar donde vivían. Sin embargo, le extrañó ver luz en la biblioteca, así que se dirigió hacia allí. La puerta estaba abierta y miró

en su interior. En uno de los sillones, se encontraba Sophia; se había quedado dormida con un libro en su regazo. Se dio la vuelta sigilosamente para no despertarla, pero a sus espaldas, sintió que Sophia se movía en el sillón.

—Elías, por favor, no te vayas —suplicó—. Siéntate a mi lado, quiero hablar contigo.

Elías hizo un amago de seguir su camino e ignorarla, pero rectificó y se aproximó a su mujer, sentándose en el sillón que había justo a su lado.

—Sophia, estoy cansado —dijo sin mirarla a la cara.

—Querido, siempre estás cansado. Llevamos años mal, ya no somos un matrimonio, ya no hablamos, ni siquiera miras a tus hijos a la cara; tampoco a mí. —Miró a su marido, se sentía abatida—. No eres el mismo, y esta situación me supera. ¿Por qué no nos vamos de aquí? De Austria, a un lugar donde nadie nos conozca, podríamos empezar de nuevo. —Intentó coger la mano de su marido, pero este la apartó —. Aunque llevemos tiempo sin hablar, sé que tú también estás mal. Te conozco.

Elías frotó sus sienes, negó con la cabeza mientras bajaba la mirada y la perdía en la alfombra que cubría el suelo de la biblioteca.

—Sophia, no es tan fácil. Aquí tengo una reputación, no puedo salir corriendo y perder todo lo que he conseguido.

—Pero —lo interrumpió—, eres un buen médico. ¡El mejor! Estoy segura que, vayamos donde vayamos, te ganarás la misma reputación que aquí. —Hizo una pausa—. Por favor, piénsalo.

Elías se levantó del sillón. Antes de salir de la biblioteca, se giró hacia su mujer.

—Lo pensaré, pero no te prometo nada.

Esa noche, Elías soñó de nuevo con el hombre que conoció aquel día lluvioso en la taberna. Se encontraba en la taberna, la puerta se abrió y el frío de la noche heló sus huesos. Una espesa niebla hizo su aparición junto a aquel hombre vestido de negro. Sus pies apenas rozaban el suelo, parecían levitar. Su rostro era un borrón oscuro, sin facciones. Se le acercó tanto que pudo ver esa oscuridad. En su rostro apareció una boca descomunal, la cual ocupaba toda su cara. Su voz era igual al siseo de una víbora, que le susurraba una y otra vez: «Trae a tu familia a Jafra, allí hallarás lo que tanto anhelas».

Elías despertó de golpe. El corazón le latía tan fuerte que pensó que se le saldría del pecho. Hacía años que no recordaba la noche de la tormenta y a aquel extraño hombre; sin embargo, llevaba meses sin deshacerse de aquella pesadilla recurrente.

Sabía que estaba a punto de cometer una locura. «¿Qué tengo que perder? Nada», pensó. Su vida y su familia se consumían por momentos, y eso también le dolía. Se aproximó al teléfono —que

había sobre una pequeña mesita— y llamó a su abogado. Ni siquiera le dio tiempo a contestar, Elías estaba ansioso por hablar con él.

—Sr. Müller, soy Elías Huber. Necesito que me compre una propiedad. Se trata de una masía que se encuentra en Barcelona, España, en el pueblo de Jafra. La necesito ¡ya!

Una hora más tarde, su abogado le comunicaba que había realizado los trámites para comprar la propiedad. Se dirigió con paso veloz al jardín, donde su mujer jugaba con sus hijos. Se aproximó a ella.

—Sophia, prepara tus cosas y la de los niños. Nos vamos —le comunicó ansioso.

Sophia miró incrédula a su marido.

—¿Dónde vamos? —preguntó con entusiasmo.

—Nos vamos a España, a un pueblo llamado Jafra. Vamos a empezar una nueva vida. —Abrazó a su mujer ilusionado.

El viaje resultó más cansado de lo que esperaban. Ambos estaban ansiosos por ver su nueva casa, una masía alejada del pueblo de Jafra. Le costó menos de lo que valía; al estar abandonada, muy descuidada y tan alejada del mundo civilizado, nadie se había interesado por ella. El abogado de Elías se había ocupado de que la vivienda estuviera habitable para cuando la familia Huber llegara.

La primera impresión no fue muy buena, sobre todo para Sophia. La masía era demasiado siniestra, solo la entrada hizo que se santiguara; raro en ella, ya que no era demasiado religiosa. Las dos gárgolas, situadas a cada lado de la valla —con forma de demonios alados— la miraban tan fijamente con sus diabólicos ojos que experimentó la peor sensación que había sentido nunca.

La masía era de piedra vista. Tenía dos plantas, aunque estaba cubierta por la hiedra que subía por sus paredes, como si quisieran envolverla. Miró a su alrededor en busca de algún pequeño jardín, pero no lo encontró. Le pediría a su marido que construyera uno para que sus hijos pudieran jugar en él.

Elías bajó del vehículo. Antes de cerrar la puerta, se dirigió a su mujer.

—No salgáis hasta que os diga. —Cerró la puerta y caminó hacia la entrada de su nuevo hogar.

De pie, junto a las escaleras que subían a la entrada de la masía, lo esperaban su abogado y cuatro personas más. Se trataba de su personal de confianza: el ama de llaves, la doncella, la cocinera y el jardinero; los únicos que conocían la enfermedad de sus hijos. Sin embargo, su abogado desconocía dicha enfermedad. Habían viajado, junto al Sr. Müller, días antes para limpiar y amueblar la masía al gusto de Sophia.

—Elías, ¡amigo! —Se acercó el Sr. Müller, ofreciéndole un fuerte

abrazo—. Por fin habéis llegado, ¿cómo ha ido el viaje?

—Thomas, venimos agotados. Como bien sabes, es un viaje largo; estamos deseando instalarnos y descansar.

El Sr. Müller miraba sin parar hacia el vehículo de Elías.

—¿Sophia y los niños no salen del coche? —preguntó extrañado—. Me gustaría saludarlos.

—Se están tomando un minuto, están cansados. —Elías no sabía cómo hacer que el Sr. Müller se marchara—. Thomas, amigo, si no te importa, necesitamos descansar. Te ofrecería quedarte con nosotros, pero ahora mismo no somos una buena compañía.

Thomas Müller era un hombre demasiado intuitivo; debido a eso, en su campo, era muy bueno. Su gran sexto sentido lo había ayudado en más de una ocasión; a su vez, era una persona muy discreta. Sabía que Elías quería que se marchara. El motivo lo desconocía, ya que no se había creído la excusa del cansancio. No le cabía ninguna duda que los Huber estarían agotados, pero había algo más. Si su amigo no se lo quería contar, estaba en su derecho. Se despidió de él y puso rumbo hacia Sitges, el pueblo más cercano a Jafra, donde había alquilado una habitación en una pensión. Al día siguiente, partiría de nuevo a Austria.

Cuando el Sr. Müller abandonó la propiedad de los Huber, Sophia —junto a sus hijos— se reunieron con Elías. La familia entró en el que sería su nuevo hogar. Nada más cruzar la puerta, Sophia sintió como un escalofrío recorría todo su cuerpo.

13

En la actualidad

Sara y Erik se encontraban delante de la puerta del piso de Salgado. Sara alargó su mano para tocar el timbre, pero antes de hacerlo, miró a Erik por el rabillo del ojo; se le veía más nervioso de lo normal. Sonrió para sus adentro. «¿Mi *hombre de hielo* está nervioso por cenar con mi padre?», se preguntó. Lo miró divertida, se aproximó a él y le dio un leve empujón.

—¿Nervioso, *hombre de hielo*? —preguntó con una sonrisa.

—¿Yo, nervioso? —contestó aparentando normalidad, luego comenzó a reír—. Bueno, sí, un poco. Vamos a cenar con Salgado, es lo más parecido que tienes a un padre.

Sara cogió la mano de Erik y tocó el timbre.

—Tranquilo, le caes bien. Además, solo te va a someter al polígrafo. —Soltó una carcajada al ver la cara tan seria de Erik.

La puerta se abrió. Salgado apareció muy risueño, llevaba puesto un delantal negro con dibujos de huevos fritos sonrientes. Les hizo un gesto para invitarles a entrar. Al ver que los tortolitos entraban de la mano, le guiñó un ojo a Sara.

—Sentaos —dijo, señalándoles el sofá—. ¿Os apetece tomar algo? ¿Cerveza?, ¿vino?, ¿un refresco? —Se quedó un rato pensativo—. Mejor os traeré una copa de cava, así Erik lo prueba.

—Tú estás nervioso, pero parece que él también. —Sara señaló a un Salgado que daba vueltas por la cocina.

Erik observó el mueble que tenía enfrente, algo le había llamado la atención. Se levantó y se aproximó a él. En la repisa, que tenía justo a la altura de sus ojos, se encontraba un marco antiguo de hierro dorado. Había una foto, estaba hecha en una especie de lago con barcas. En una de esas barcas, se encontraba posando una Sara adolescente. Sus labios sonreían, pero en su mirada escondía un profundo vacío.

—El día que Salgado me hizo esta foto, acababa de cumplir quince años —explicó Sara con ternura—. Recuerdo que no quería celebrar mi cumpleaños. —Se quedó pensando durante unos segundos—. Bueno, en realidad, no quería celebrar mi cumpleaños; ni aquel año ni ninguno. Desde que mis padres murieron, ese día se convirtió en uno de los más tristes para mí. Aquel día, Salgado me dijo que me tenía preparada una sorpresa. Yo no quería ir, pero insistió tanto que me fue imposible decirle que no. —Sara sonrió tras recordar la insistencia de

Salgado y lo pesado que se puso—. Me llevó al Parc de la Ciutadella, uno de mis lugares favoritos, y me montó en esa barca. Aquel día consiguió que fuera el primer cumpleaños en el que sonreía.

Erik abrazó a Sara. Fue un abrazo de los que decían muchas cosas sin necesidad de hablar. En realidad, en esos momentos, consolaba y abrazaba a la niña de ojos tristes de la foto.

El sonido de platos en la cocina los hizo volver a la realidad.

—Será mejor que vayamos a ayudar, creo que nos necesita. —Sara miró para ver qué estaba haciendo Salgado, pero desde donde se encontraban, no logró ver nada.

Erik dejó el cuadro en la repisa. Cuando lo apoyó, observó que, detrás, Salgado tenía una buena colección de libros clásicos. «Nunca imaginé que le interesara la literatura clásica», pensó. Le llamo la atención una preciosa y antigua edición de *Drácula* de Bram Stoker, su libro favorito. Al ir a cogerlo, Sara tiró de su mano con suavidad, y sintió esa corriente eléctrica que recorría su cuerpo cada vez que ella lo tocaba. Ambos se dirigieron hacia la cocina, donde Salgado parecía que había iniciado una batalla campal entre platos y cubiertos.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Erik, observando la buena pinta que tenía una especie de guiso que se cocinaba a fuego lento en una cazuela de barro.

—Chicos, lo tengo controlado. Sentaos en la mesa. —Les hizo gestos para indicarles que fueran al comedor—. Voy a sacar los entrantes, pero antes tomad.

Les ofreció una copa de cava a ambos. Acto seguido, se quitó el delantal y terminó de preparar los entrantes.

Sara y Erik se aproximaron a la mesa que había en una esquina del comedor, junto a un gran ventanal, desde donde se podía observar una gran arboleda. Salgado vivía a las afueras de Barcelona, en un pueblo llamado Torrelles de Llobregat. Era un lugar tranquilo de pocos habitantes y en plena naturaleza, al contrario que Sara; él no soportaba vivir en la ciudad. Ambos tomaron asiento uno frente al otro, habían dejado la silla de al lado de Sara para Salgado, brindaron y bebieron de sus copas. El cava le pareció exquisito a Erik, nunca había tomado nada igual.

Salgado fue dejando los manjares preparados sobre la mesa, junto a una botella de cava y otra de vino.

—Espero que tengáis hambre. He preparado unos platos típicos de Cataluña en honor a nuestro invitado islandés. —Rio—. De primero, vais a degustar una escalivada con bonito —presentaba los platos como si de un metre se tratara—. Lo acompañaremos con un Lambrusco, el vino favorito de Sara. Que conste que lo compro por ti, hija, tú no tienes paladar para el vino —dijo entre risas—. De segundo, tenéis un rico Fricandó. Erik, es un guiso de carne de ternera

—explicó—. Y no es porque lo haya cocinado yo, pero está para chuparse los dedos. Y, por último, no podía faltar una crema catalana de postre.

Sara cogió su copa —ya vacía— y se sirvió un poco de su vino favorito. No era una entendida en vinos, pero ese le encantaba.

—No será el mejor vino del mundo, pero yo disfruto bebiéndolo —aclaró—. Erik, ¿quieres un poco?

—Continuaré con el cava, me ha encantado. —Le acercó la copa para que se la rellenara, y brindaron los tres.

—Por muchas más cenas como estas —exclamó Salgado.

Los tres degustaron los platos que Salgado había cocinado con tanto cariño. A pesar de que estaban llenos, no se resistieron a probar la exquisita crema catalana que había preparado de postre. Al terminar la maravillosa cena, se sentaron en el gran sofá.

—Espero hayáis disfrutado. —Sara y Erik asintieron a la vez—. Erik, me dijo Sara que tu padre tenía un barco.

—Así es. De hecho, aún lo tenemos; mi hermana y yo nos encargamos de él. Mi padre fue pescador —explicó—, al igual que mi abuelo, pero al nacer mi hermana, lo dejó. Pasaba demasiado tiempo en el mar, y no era porque no le gustara, el mar es su vida —aclaró—, pero estar lejos de su familia lo deprimía demasiado. Así que, un buen amigo suyo, le ofreció un trabajo como guía turístico. Con sus ahorros, compró el JÓKULL, y desde ese momento hasta el día en que decidió jubilarse, se ocupó de llevar a millones de turistas para avistar ballenas y frailecillos.

Sara se quedó pensativa. Había tantas cosas que no sabían el uno del otro. Necesitaban pasar más tiempo juntos, conocerse más.

—No sabía que procedías de una familia de pescadores —dijo.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí —contestó con picardía—. Tendremos que ponerle remedio. —Erik, al darse cuenta que Salgado lo miraba muy fijamente, su tez pálida comenzó a ponerse un rojo carmesí.

—Tranquilo, muchacho, por mí no te cortes. —Salgado no podía dejar de reír al ver al pobre Erik rojo de la vergüenza.

—Sara, tienes un padre magnífico —dijo Erik con total sinceridad. Se notaba que Salgado la había criado como el mejor de los padres, y estaba seguro que no fue fácil.

Sara se acercó a Salgado y le dio un tierno beso en la mejilla.

—No sé qué hubiera sido de mí si no me hubiera adoptado. —Abrazó a su padre con ternura—. Nunca se me olvidará el día en que salí del colegio, esperando encontrar a mi madre, pero en su lugar, estaba Salgado. Me llevó a su casa. En aquella época, vivía con su mujer. Me pidió que me sentara en el sofá. —Se estremeció al recordarlo, se sentía como si estuviera allí—. Me dijo que, a partir de

ese momento, tenía que ser una chica valiente. Me explicó qué les había pasado a mis padres: un conductor ebrio chocó contra ellos en la autopista, y ambos murieron en el acto. Me dijo que no tuviera miedo, que él se ocuparía de mí y que siempre estaría conmigo, pasara lo que pasara. Y así fue, y desde entonces, lo tengo que querer a la fuerza —bromeó girándose hacia Salgado y abrazándolo.

—¿A qué se dedicaban tus padres? —preguntó Erik con curiosidad.

—Mi madre era contable en una pequeña empresa familiar. Mi padre, en cambio, era diseñador de alarmas, estaba especializado en el sector privado.

Salgado interrumpió a Sara.

—Era el hombre más inteligente que he conocido nunca. —Una pequeña lágrima recorrió su mejilla—. Nuestros padres eran vecinos, así que nos criamos juntos. Era como un hermano para mí, fue una gran pérdida para ambos.

Sara miró con dulzura a su padre, sus ojos se pusieron rojos y millones de lágrimas cayeron a borbotones.

—¡Se acabó de hablar de cosas tristes! —exclamó Sara mientras se levantaba para coger una servilleta en la que enjuagar sus lágrimas, tendiéndole otra a Salgado.

Esta miró su reloj de pulsera, se estaba haciendo tarde, y al día siguiente, tenían una reunión con sus compañeros de equipo.

—Papá, tenemos que marcharnos. Estamos muy a gusto, pero es tarde y mañana tenemos que madrugar.

—Pero ¿cómo os vais a ir tan tarde? Quedaos a dormir, estáis cansados y ya sabes que tu habitación está tal y como la dejaste. —Los miró con ojos de súplica. Sara miró a Erik y este asintió, no le apetecía volver a casa—. ¡Que no se hable más!, ahora mismo os preparo ropa de cama —dijo mientras se alejaba por el pasillo para prepararles la habitación a sus invitados.

Erik miró a Sara, le sonrió y se acercó a ella. Cogió un mechón de su pelo, lo acarició y se lo colocó detrás de la oreja. Sara se estremeció ante aquel contacto.

—Siento interrumpir —dijo Salgado, sobresaltando a Sara y Erik—. Ya lo tenéis todo listo. Yo me voy a la cama. Que descanséis, chicos.

Sara y Erik se levantaron caminando hacia Salgado.

—Gracias por esta estupenda velada. —Erik le dio un apretón de manos—. Que descanses.

—Papá, que descanses. —Sara lo abrazó y le besó en la mejilla.

Salgado desapareció por el pasillo, camino a su habitación. Sara cogió la mano de Erik y lo invitó a seguirla.

Abrió la puerta de la habitación que había al fondo del pasillo. Al entrar, Erik contuvo una carcajada. La habitación era la de una adolescente. Las paredes estaban pintadas de un lila oscuro, repletas

de pósteres de cantantes latinos de los noventa. La cama estaba justo en el medio, apoyada en un cabecero de hierro en verde oscuro, decorado con hojas del mismo material. A ambos lados, había dos mesitas de noche. En una de ellas, había un marco con un hombre junto a una mujer; ambos sonreían cogidos de la mano. La mujer era idéntica a Sara. «Los padres de Sara», pensó. En el otro lado, había una foto de Sara y Salgado en la graduación de la academia de policía.

—¿No te gustan mis pósteres? —preguntó entre risas—. Creo que he estado en todos los conciertos que han dado en España.

—Nunca me hubiera imaginado que fueras fan de la música latina, ya me llevarás a algún concierto. Por cierto, ¿dónde voy a dormir? —preguntó expectante.

Sara miró a Erik. Una sonrisa apareció en su rostro, y bajó la mirada con timidez.

—¿Qué pasa? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Contigo me siento diferente. —Acercó su mano al rostro de Erik y lo acarició con dulzura—. Cuando te miro a los ojos, me pierdo en ellos. Es como si mirara a un mar en calma, me hacen sentir que estoy en casa. Suena cursi, ¿verdad? —dijo mirándolo de reojo, a la espera de su respuesta.

Erik se acercó un poco más a ella, hasta quedar a milímetros de su cuerpo.

—Para nada, tú también me das paz. —Le sonrió—. Todo el tiempo que hemos estado separados, ha sido como si me faltara una parte de mí, como si no tuviera alma. Aquel día, en el aeropuerto, te la llevaste contigo.

Sara cogió el rostro de Erik entre sus manos, lo acercó a ella y lo besó con dulzura en los labios.

—He querido venir a por ti miles de veces —confesó Erik—. Cuando llegaste a Islandia, emocionalmente eras como un pajarillo; temía acercarme demasiado por si echabas a volar. Por esa razón, aunque tenía muchísimas ganas de coger el primer avión y venir a buscarte, decidí darte tiempo y respetar tu espacio. —Erik cogió la mano de Sara, acariciándola una y otra vez—. No ha habido un momento en el que no pensara en ti, incluso soy adicto a la tarta Skyr —dijo entre risas—. La comía sin parar, solo porque me recordaba a ti.

Sara escuchaba emocionada las palabras de Erik. Ese hombre la miraba como nadie lo había hecho antes; no solo la veía por fuera, sino que también lo hacía por dentro. Quería que el tiempo se parara en ese instante, para sentirse a salvo para siempre, perdida en la calma del mar de sus ojos.

—He sido tan tonta… —Sara hizo pucheros para contener las lágrimas cargadas de sentimientos—. Eres la única persona que ha

conseguido romper mi coraza, y me daba miedo admitir lo que sentía, pero nunca más lo volveré hacer. Lo que siento por ti es real, ahora y siempre. —Una pequeña lágrima surcó su mejilla—. Te quiero, *hombre de hielo*.

Erik sonrió con satisfacción, se acercó a su oído y le susurró.

—Te amo, *chica de fuego*, déjame arder entre tus llamas —dijo con una mirada cargada de amor y deseo.

Se fundieron en un apasionado beso y se dejaron llevar por lo que sentían. Esa noche, un nuevo vínculo se forjó entre ellos tras unir sus cuerpos y formar una sola alma.

El amanecer llegó entre besos, caricias y pasión; poco quedó de esa Sara que no creía en el amor. Erik observaba la silueta de Sara mientras dormía, su cabello alborotado y su perfecto rostro. Uno de sus ojos se abrió y su boca dibujó una preciosa sonrisa.

—¿Qué es lo que miras con tanto interés? —preguntó divertida.

—Lo preciosa que estás cuando duermes —se quedó pensativo durante un momento—, a excepción de cuando se te cae la baba, claro —bromeó y se echó a reír como hacía tiempo que no lo hacía. Estaba eufórico por estar junto a la mujer que amaba.

—A mí no se me cae la baba, tonto. —Se incorporó, se acercó a él y lo besó con pasión—. ¡Qué vergüenza! Espero que Salgado no se enterara de nada, me siento como una adolescente. Mira que hemos tenido oportunidades y pasa justo aquí. —Estaba roja de la vergüenza.

—El amor no se planifica, sino que llega cuando llega; igual que todo lo que conlleva. —Se acercó a ella y volvió a besarla, nunca se cansaría del sabor de sus labios.

—Cuando terminemos este caso, quiero volver a Islandia contigo —dijo Sara mientras se levantaba perezosa de la cama.

—Eso está hecho, tengo ganas de que conozcas al terremoto de mi sobrina.

—Lo estoy deseando. —Sonrío—. Aunque me encantaría pasar todo el día aquí contigo, tenemos trabajo. —Bufó resignada—. Salgamos antes de que Salgado decida entrar por nosotros.

Minutos después, ambos salían de la habitación con las caras iluminadas por la felicidad. Salgado ya les había preparado el desayuno: tostadas de tortilla con aguacate, café y zumo. Este, inmediatamente, se dio cuenta de que entre su hija y ese islandés había pasado algo. La conocía demasiado bien, y se alegraba mucho por ellos. Erik le caía bien y sabía que protegería a su hija con su vida, como lo haría él. No imaginaba un hombre mejor para ella.

14

Jafra, 1945

Sophia mandó construir un jardín con un laberinto de setos y arbustos medianos para que sus hijos jugaran. En el centro del laberinto, construyeron un pozo; sus hijos lo llamaron el *pozo de los deseos*. Desde que llegó a la masía, sentía como si algo malo fuera a pasar, como si el lugar estuviera rodeado de una gran energía negativa. Volvía a sentirse inquieta y nerviosa. Solo llevaba unos meses en su nuevo hogar, pero sentía que no pertenecía a ese lugar. En cambio, sus hijos estaban más felices que nunca, y se pasaban el día jugando en el laberinto. Desde el interior de la casa, podía oírlos correr y reír. Allí se sentían felices, ya no tenían que esconderse de nadie; ese laberinto era su refugio. Cada día lo recorrían hasta llegar al *pozo de los deseos*, donde se asomaban y le pedían a la inmensa oscuridad de sus entrañas que los curara.

Una mañana, Sophia le dijo a su jardinero que consiguiera todas las plantas de lavanda que pudiera. En Austria, esa planta la había ayudado con su angustia y estaba segura de que ahora también lo haría. Además, era perfecta contra las energías negativas y esa casa las desprendía por cada uno de sus cimientos. Esa misma tarde, toda la masía quedó repleta de flores de lavanda, incluidos el jardín y el laberinto. El suave aroma que las plantas desprendían consiguió calmar su mente.

Era tarde y Elías aún no había regresado a casa. Cada día se marchaba más temprano y regresaba más tarde. Ella le preguntaba dónde iba, pero él nunca le respondía. Elías volvía a casa desanimado, llevaba meses en busca de María, la curandera de la que Jonás le habló. Era la única que le daría respuestas sobre la magia que escondía ese pueblo y su propiedad. La carretera —que conducía a la masía— era un camino forestal en bastante mal estado y con muy poca iluminación, el cielo estaba tapado por unas nubes grises que amenazaban tormenta. A lo lejos, un fogonazo iluminó la oscura noche, y a los pocos minutos, varios truenos resonaron haciendo eco en el bosque.

Cuando llegó a la entrada de la finca, ya había comenzado a llover. Bajó del coche para abrir la puerta de hierro, y al acercarse, notó un leve movimiento. Llovía tanto que era imposible ver si se trataba de un animal. Sin embargo, una sombra se fue acercando hasta quedar a cierta distancia, donde distinguió a una mujer vestida de negro. La

mujer caminaba a su encuentro. La tormenta comenzó a empeorar; los rayos y truenos no cesaban, y la lluvia se transformó en una espesa cortina de agua. Cuando la mujer quedó a su altura, lo miró de arriba abajo.

—Así que tú eres el forastero que me está buscando. —La mujer sonrío dejando ver una dentadura amarillenta y asimétrica.

Elías la miró sin perder detalle.

—Si eres la curandera del pueblo, sí, te he estado buscando. Necesito respuestas —exigió—. ¿Es cierto que este pueblo es especial?

La curandera sonrió con satisfacción.

—Veo que eres impaciente. Tranquilo, forastero. Dime: ¿hasta dónde estarías dispuesto a llegar? ¿Dónde están tus límites? —La curandera lo miró enigmática durante un segundo—. ¿Tienes una mente abierta?

—Estoy dispuesto a todo, he recorrido un largo camino para ello, y sí, tengo una mente abierta. —Se quedó pensativo durante unos segundos—. No me has preguntado por qué te estoy buscando.

—Todo a su tiempo, querido. Mañana, a esta misma hora, estaré aquí. Hablaremos largo y tendido y, entonces, verás con tus propios ojos qué te puedo ofrecer.

La curandera se dio la vuelta y caminó hacia la arboleda por la que había aparecido, fundiéndose con la lluvia en la oscuridad de la noche.

Elías subió a su coche y atravesó la verja hasta la entrada principal de la masía. Al entrar, Sophia lo estaba esperando.

—Cariño, ¡estás empapado! —Se preguntaba de dónde vendría su marido, daba la sensación que acababa de salir de una piscina.

Elías se aproximó a su mujer, la abrazó y la besó. Hacía demasiado tiempo que no la besaba con tanta pasión.

—Fuera llueve a mares —se excusó—. Un baño caliente me vendría muy bien.

A Sophia le sorprendió la reacción y el buen humor de su marido, pero se sentía feliz por ver un resquicio de lo que fue su matrimonio.

—No sé qué te ha pasado hoy, pero sea lo que sea, me alegro. Hacía mucho tiempo que no te veía así. Voy a prepararé ese baño.

—Sophia, creo que nuestra suerte va a cambiar. ¡Lo presiento!

A la mañana siguiente, cuando Sophia se levantó, encontró todas las flores de lavanda marchitas. Su cuerpo se estremeció; era imposible que, en un día, esas flores se hubieran muerto y más con el frío que hacía. Se acordó de las que había plantado en el laberinto y en el jardín, y salió para comprobar el estado de estas. Habían sufrido el mismo destino. Corrió desesperada hacia el laberinto. Cuando llegó, contempló lo que ya se temía: todas estaban marchitas. «No puede ser», pensó. El miedo se apoderó de ella. En ese lugar había algo

maldito, estaba segura, lo presintió desde el primer momento en que llegaron. Ahora lo confirmaba: el mal habitaba en su hogar.

15

En la actualidad

Marta llegó a la puerta de comisaría en el mismo instante que sus compañeros de equipo. Sara y Erik venían por la calle de enfrente. Erik llevaba en sus brazos una caja de cartón bastante grande. Rubén acababa de aparecer en su campo de visión, salía de una cafetería —donde desayunaba el personal de la comisaría— con cuatro vasos de cartón y una bolsa de papel.

—Buenos días, chicos —dijo Sara mirando los vasos y la bolsa que llevaba Rubén—. Esto es sincronización, pasemos dentro. —Sostuvo la puerta para que sus compañeros fueran pasando.

El ambiente en la comisaría era tranquilo. Varios agentes salían a patrullar, mientras Claudia atendía el teléfono detrás del mostrador de la recepción. El equipo se dirigió hacia la sala de reuniones. Al entrar, Erik dejó la enorme caja a un lado de la mesa. Rubén, en cambio, depositó los vasos y la bolsa en el centro de la mesa.

—Os he traído el desayuno, como ya habéis intuido. Servíos —dijo.

No había terminado la frase cuando sus tres compañeros se lanzaron a por sus cafés con leche y los cruasanes de chocolate. Desayunaron tranquilos durante unos minutos. Al terminar, tomaron asiento. Sara y Erik se situaron frente a Marta y Rubén.

—Rubén, ¿qué has podido averiguar sobre la autopsia de Lorena? —preguntó Sara mirando la pantalla táctil que aparecía delante de ella.

Rubén sacó un *pen drive* del bolsillo de su pantalón y lo introdujo en el ordenador.

—Os aparecerá la carpeta con el informe que he realizado sobre la autopsia. —Observó a sus compañeros, quienes, segundos después, abrían dicha carpeta.

Sara le hizo un gesto para que prosiguiera.

—El forense encargado de la autopsia fue el Dr. Sierra, es un gran profesional. Tuve la suerte de que me diera clases en la universidad, fue mi tutor. —Sonrió con orgullo—. El doctor Sierra fue rápido y realizó pruebas toxicológicas de todo tipo. Aunque la causa de la muerte fue por *shock* hipovolémico, aquí la cosa se pone interesante. —Tocó la pantalla para abrir una de las carpetas del informe—. Por una parte, encontró grandes dosis de un bloqueador neuromuscular; con esto, la idea de que la víctima se suicidara queda descartada. Le inyectaron esa sustancia para inmovilizarla. Por otro lado, y esto es

muy interesante, Lorena tenía restos de beleño negro en su organismo. Las heridas infringidas fueron realizadas por una persona diestra, pero tal y como os informó Zabala, Lorena era zurda.

Todos sus compañeros se quedaron en silencio durante un minuto. Sus sospechas se confirmaban, y el caso acababa de dar un giro radical. El presunto suicidio de Lorena acababa de transformarse en asesinato.

—¿Qué es el beleño negro? —preguntó Erik—. Nunca he oído hablar de él, parece el nombre de una planta.

—Vas muy bien encaminado. —Rubén se dirigió al armario que se encontraba a su espalda, del cual sacó cuatro botellas de agua y que repartió entre sus compañeros—. El beleño negro es una planta altamente alucinógena, por lo que Lorena tuvo que sufrir fuertes alucinaciones y delirios. En cuanto a los daños producidos en su cuerpo, le cortaron la lengua. Es posible que el arma fuera un cuchillo o algo similar, la misma con la que hicieron los cortes de forma circular con una especie de aro que tenía debajo de su pecho.

Marta levantó la mano pidiendo permiso para hablar.

—Si me permitís, el beleño negro entra dentro de mi campo. Me gustaría hablaros un poco de su historia. —Miró a su equipo a la espera de su aprobación.

—Por supuesto, toda información es bienvenida —dijo Sara para animarla a continuar.

Marta cogió su botella de agua, le dio un gran sorbo y se dispuso a explicar lo que sabía sobre esa planta.

—El beleño negro es conocido como *la hierba de las brujas*, ya que esta planta contiene atropina. —Rubén, al escuchar lo que su compañera explicaba, asintió. En la autopsia habían aparecido altos niveles—. Durante la Edad Media, las brujas utilizaban esta planta en ritos mágicos, y adoraciones a Satán por sus efectos alucinógenos. La inhalación de su humo, al quemar sus semillas o su exposición cutánea, producían la sensación de volar; de ahí que se representara a las brujas volando en sus escobas. —La parte de folclore era la que más disfrutaba. Sonrió con satisfacción y prosiguió con su explicación —: Los Betsekers, guerreros vikingos, la tomaban antes de ir a la batalla. Aparte de ser un gran alucinógeno, también contiene propiedades analgésicas. Les reducía la sensación de dolor, a la vez que les aumentaba la agresividad. Estos guerreros sufrían delirios, alucinaciones y disociación, por ello estaban dispuestos a dar su vida en la batalla por sus dioses.

—¿Es fácil de conseguir? —preguntó Erik.

—Sus semillas se pueden comprar por Internet, hasta Amazon las tiene, es una planta bastante común —explicó Rubén mientras sacaba su móvil y les mostraba una página donde se podían adquirir las

semillas de beleño negro—. También está la posibilidad de guardar las semillas de la misma planta para plantarlas.

«Si es tan fácil de conseguir, cualquiera la podría plantar en su jardín», pensó Sara.

—¿Habéis averiguado algo sobre el símbolo que le hicieron en el pecho? —Sara miró la imagen que apareció en la pantalla.

Marta y Rubén se miraron, y ambos negaron con la cabeza.

—De momento, nada, inspectora. Seguiremos investigando —contestó Rubén.

Tras las explicaciones de Rubén y Marta, se hizo un gran silencio en la sala. El equipo trataba de procesar toda la información que acababan de recibir.

«Plantas alucinógenas de brujas, ¿en qué se había metido esa chica?», se preguntó Erik.

—Hemos traído la caja con las pertenencias de Lorena —dijo Erik —. Cuando estuvimos en Santlaú, Silvia nos explicó que Lorena le había escrito una carta. Tenemos que encontrarla.

Sara y Erik se levantaron, cogieron la caja y la situaron en el centro de la mesa.

—Hay que revisarlo todo minuciosamente. Nosotros solo hemos echado un vistazo por encima: hay ropa, libros, neceseres y objetos personales. No obstante, no dudéis en cortar ropa, desmontar objetos personales; lo que haga falta para dar con esa carta. Esperemos que se encuentre aquí.

Sara se levantó y se dirigió al teléfono que había sobre el mueble de la sala. Marcó un número interno y esperó a que su interlocutor cogiera la llamada.

—Claudia —se dirigió a la agente de recepción—, necesito que me traigas lo siguiente a la sala de reuniones: tijeras, cúter o algo similar. Gracias.

Alguien tocó la puerta y pidió permiso para pasar. Claudia traía una caja llena de tijeras y cúteres. La inspectora le dio las gracias y la dejó en la mesa.

—Ya podemos comenzar. —Sara cogió un objeto y comenzó a revisarlo, al igual que sus compañeros.

Llevaban una hora mirando todo el contenido de la caja, sin encontrar la dichosa carta. Solo les quedaban por comprobar los libros; había un ejemplar de *Drácula* y varios clásicos de la literatura gótica. Erik cogió el ejemplar de *Drácula* y lo revisó de arriba abajo, pero al palpar el lomo, notó que estaba deformado.

—Creo que tengo algo —exclamó esperanzado—: El lomo de este libro ha sido manipulado.

Sara se acercó para observarlo mejor, y le tendió un cúter a su compañero. Todas las miradas estaban puestas en él, quien, con toda

la delicadeza del mundo, quitó la sobrecubierta del libro. Se notaba que el libro fue manipulado; había restos de pegamento y un corte en un lateral del lomo. Erik hizo un corte —en el mismo sitio donde se hizo con anterioridad—, y poco a poco, fue tirando hasta que quedó al descubierto una hoja de papel muy bien doblada.

Sacó la hoja y la desplegó con mucho cuidado. Si aquella era la carta que Lorena escribió antes de morir, no quería que sufriera ningún daño. Cuando la tuvo desplegada, se fijó en la firma; estaba firmada por Lorena. Sus compañeros se acercaron a Erik, quien, sin quitar ojo de la carta, la dejó encima de la mesa para que todos la leyeran.

Querida Silvia,

Siento que solo puedo confiar en ti. Eres la única persona que se ha preocupado por mi estado de salud, y aunque sé que no me quieres presionar, cada día me miras pidiéndome que te cuente qué es lo que me está pasando. Sinceramente, no sé por dónde empezar. Disculpa las lágrimas que están manchando esta carta, para mí es muy difícil confesar lo que estoy a punto de contarte. Por favor, solo te pido que cuando termines de leer estas líneas, me creas. Te prometo que todo lo que voy a narrar es real. No quiero morir, Silvia, y sé que vienen a por mí. Me queda poco tiempo.

Todo sucedió hace unos días. Me quedaba muy poco para salir de Santlaú, mi estado de salud era muy bueno. Como bien sabes, había tomado la decisión de hablar con mi familia y decirles que no me haría cargo del negocio familiar, que volvería a mis estudios de Veterinaria.

Esa noche me desperté con muchísima sed, hacía mucho frío y me apetecía algo caliente. Puse rumbo a la cocina para prepararme un vaso de leche caliente; sé que no está permitido ir por nuestra cuenta, pero no veía oportuno despertar al personal a las dos de la madrugada. Salí al pasillo, el cual estaba completamente desierto y caminé hacia la cocina. Al entrar, la sala estaba a oscuras, y sin encender la luz, me aproximé a la nevera. No quedaba leche, así que me dirigí a la despensa por las escaleras con mucho cuidado —no se veía nada—. En una de las repisas, vi lo que buscaba, pero un sonido me llamó la atención. Eran una especie de cánticos. Me quedé quieta, con la respiración contenida, para averiguar de dónde procedía aquel murmullo. Parecía que procedían del suelo, así que me agaché y retiré el enorme cartón que cubría el suelo. Dos de las enormes baldosas que cubrían la despensa estaban sueltas, las retiré como pude —pesaban bastante—, y no di crédito a lo que me encontré. Como si hubiera aparecido de la nada, delante de mí, se encontraba una puerta de madera muy antigua, como si fuera de otra época. Tiré del pomo y la

puerta cedió. Detrás de esta, unas escaleras empinadas me recibieron.

Bajé por ellas. La temperatura descendió varios grados en apenas unos segundos, y yo estaba completamente helada; solo llevaba puesto mi camisón. Bajé las escaleras sin hacer ruido, y los cánticos cada vez eran más claros. El tramo de escaleras acabó y me encontré con un pequeño descansillo, pero una espesa cortina de terciopelo negro me impedía ver qué había al otro lado. Tenía miedo, ese cántico me ponía los pelos de punta. Estuve a punto de irme, pero quería saber qué estaba pasando. Aparté la cortina, y… Perdona, Silvia, al recordarlo no puedo contener las lágrimas. Me encontré ante una siniestra habitación. Al fondo había un altar, una persona con una túnica negra y una capucha puesta recitaba algo, que cuatro personas más escuchaban atentos delante del altar y con la misma túnica. En una de las paredes, una estrella de cinco puntas con la figura de una especie de cabra ardía con fuerza. La sala estaba iluminada con velas y cirios. De repente, la persona que estaba en el altar cesó su cántico, y le hizo un gesto a uno de los encapuchados, quien se levantó y desapareció de mi campo de visión. Cuando volvió, llevaba consigo a una chica, la tumbó encima del altar, dejó su cuerpo desnudo expuesto ante ellos. La persona que se encontraba detrás del altar, salió y —con una daga— le hizo un corte a la chica en un brazo.

La chica no se movió; no sé si estaba drogada o si se prestaba a hacerlo. La sangre, que emanaba de su brazo, cayó sobre un cáliz negro. La persona encapuchada le añadió algo a la sangre, pero no pude ver qué era. Bebió del cáliz, y después de él, el resto de los encapuchados. Siguieron con sus cánticos, pero sin querer, estornudé y todos se giraron hacia mí. No les llegué a ver las caras —las capuchas los tapaban—, pero ellos sí me vieron a mí. Corrí escaleras arriba, pero dos de ellos me seguían.

No quería mirar atrás, tenía miedo de que me cogieran, solo corrí y corrí hasta que llegué a mi habitación. Estaba convencida de que entrarían en cualquier momento, pero pasaron cinco minutos y nadie entró. Me asomé al pasillo, pero estaba completamente desierto.

A partir de ese día todo ha sido un infierno. Tengo horribles pesadillas, oigo bebés llorando y veo encapuchados. Ya no sé qué es real y qué no lo es. Me cuesta saber si estoy durmiendo o si estoy despierta. Sé que me han hecho algo, y que vendrán a por mí. He hablado con mi familia y les he pedido que vengan a buscarme, pero no sé nada de ellos.

Silvia, tú eres mi única esperanza. Por favor, ven esta noche a mi habitación. Te estaré esperando para que me ayudes a escapar y tú tendrás que venir conmigo.

Por favor, no me falles.

Lorena.

16

La lectura de aquella carta los dejó perplejos. Ningún miembro del equipo se atrevía a decir una sola palabra; algunos, incluso, volvieron a releer lo que Lorena confesó en la carta. Sara miró a Marta, quien parecía perdida en sus pensamientos. Si alguien tenía idea de lo que la víctima presenció, esa era Marta.

—¿Qué opinas? —preguntó Sara.

Marta se sentó durante un minuto, intentando poner su cabeza en orden.

—Por lo que describe Lorena: altares, encapuchados, estrellas de cinco puntas, machos cabríos… En mi humilde opinión, os diría que se trata de una sesión de misa negra. —Observó a sus compañeros a la espera de sus reacciones, pero el único que se sobresaltó fue Rubén—. También podría tratarse de una especie de secta, pero que hubiera un altar, me hace decantarme por la misa negra —afirmó misteriosa.

Rubén levantó la mano con timidez.

—¿Qué es una misa negra? —preguntó con curiosidad.

Marta retomó la palabra.

—Una misa negra es una ceremonia de culto satánico que se celebra en homenaje al Diablo o a cualquier otro demonio. Las llevan a cabo un grupo reducido de personas, quienes van vestidas con túnicas negras, aunque el color de la túnica puede variar. Igual que en una misa cristiana, disponen de cirios, velas, un cáliz, pero con la diferencia de que está adaptado a la oscuridad con signos satánicos. —La cara de Rubén era un poema, esa explicación le sonaba a película de terror—. El principal objetivo es venerar al demonio, en ocasiones le ofrecen sacrificios. —Se quedó en silencio durante un segundo tras recordar las palabras de Lorena—. Por lo que ha explicado en su carta, estoy bastante segura de que presenció uno.

—Pero…. ¿hay personas que hacen estas cosas? —preguntó Rubén escéptico.

—No te imaginas las muchas cosas que el ser humano puede llegar a hacer. —Marta miró a Sara y Erik, sabía por lo que habían pasado en Islandia.

—Damos fe —dijo Erik mirando a Sara—. ¿Cualquier persona podría realizar una misa negra?

—Por regla general, son un grupo de personas que tienen un objetivo en común con nociones y recursos para hacerlas. En este caso, Santlaú llevaba abandonado muchos años, y por toda el aura de

misterio que lo rodea, es un lugar idóneo para que estas personas hayan elegido ese lugar. Quizá llevan años haciendo estas misas. Al fin y al cabo, es una construcción antigua por mucho que le hayan lavado la cara.

—Cuando dices aura de misterio, ¿te refieres a la leyenda de Jafra? —preguntó Erik, a la espera de que alguien le explicara la historia de ese pueblo abandonado.

—Exacto, me refiero a la leyenda de Jafra y a todo lo que pasa en ese pueblo. Os lo explicaré todo, pero antes, por favor, ¿pedimos algo de comer? —Los miró suplicante, hacía un buen rato que su estómago rugía como un león en medio de la selva—. Me muero de hambre y creo que vamos a estar aquí toda la tarde.

Sara miró su reloj de pulsera; eran las tres del mediodía. Era normal que su equipo se muriera de hambre, así que hicieron un descanso. La mañana estaba siendo muy intensa. Santlaú guardaba más secretos de los que parecía. Por mayoría absoluta, pidieron comida japonesa a domicilio; a ninguno les apetecía salir a comer fuera.

La comida llegó rápida. En apenas veinte minutos disfrutaban de una gran variedad de platos exóticos. Comieron sin hablar, en silencio y con calma. Al terminar, Marta y Rubén salieron a la calle para estirar las piernas y comprar café; el de la máquina de la comisaría era imbebible. Mientras tanto, Sara y Erik recogieron la mesa y aprovecharon para leer de nuevo la carta de Lorena.

—Tenemos que volver a Santlaú y dar con esa puerta. —Erik asintió con la cabeza.

La puerta de la sala se abrió. Rubén y Marta entraron con un par de vasos de cartón cada uno y los repartieron entre sus compañeros. El forense tomó asiento mientras Marta se quedó de pie con el vaso de café entre las manos.

—Si os parece bien, os contaré la leyenda de Jafra —dijo con efusividad.

Sus compañeros asintieron mientras degustaban el poco café que les quedaba. Rubén se levantó para sentarse junto a Sara y Erik y ver mejor a su compañera.

—En 1945 —comenzó a explicar—, una familia adinerada de Austria compró la masía que había en las afueras del pueblo de Jafra, lo que hoy en día conocemos como Santlaú. El cabeza de familia era un respetado médico de mucho prestigio. El matrimonio tenía dos hijos, los cuales tenían una extraña enfermedad en la piel. Los escondían de cara a la gente para que nadie los viera. —Observó que sus compañeros estaban muy atentos a su explicación—. Mandaron construir un laberinto de setos y arbustos en el jardín para que los niños jugaran. Dentro del laberinto, había un pozo. Poco tiempo

después de mudarse, la esposa del médico se quedó embarazada de una niña llamada Melinda. La niña nació sana, libre de la enfermedad que consumía a sus hermanos, pero la madre murió durante el parto. Después de esto, se dice que el médico se volvió loco por la pérdida de su esposa. Sus hijos murieron uno a uno, hasta que solo quedaron Melinda y él. Desaparecieron sin dejar rastro. Se dice que ambos cayeron al pozo y que murieron en el acto, pero nunca fue probado. —Hizo una pausa—. Puede que, a día de hoy, los restos del médico y de Melinda sigan en ese pozo. Hasta que construyeron Santlaú, la gente se obsesionó con ese lugar y acudían cada noche para hacer *ouijas* o psicofonías. Han grabado varios reportajes sobre Jafra y su leyenda. De hecho, si os metéis en YouTube, encontraréis unos cuantos. Os animo a que les echéis un vistazo, no tienen desperdicio.

El equipo se quedó muy pensativo durante un minuto.

—¿Y por qué se obsesionó tanto la gente con ese lugar? —preguntó Erik.

—Ese lugar desprende una energía… diferente. No sé si, cuando estuvisteis allí, notasteis algo raro. —Marta miró a Sara y a Erik—. Tengo que deciros que he estado varias veces, y la energía que hay es una de las peores que he notado hasta la fecha. Yo no sé qué pasó en ese sitio; una cosa son las leyendas que cuentan y otra muy distinta lo que sucedió en realidad.

Sara recordó el olor que la invadió el día que visitó Santlaú.

—Tuvimos un susto con el coche, se nos cruzó un jabalí o algo parecido de camino al psiquiátrico —explicó—. Al llegar a Santlaú, noté un olor a lavanda y os aseguro que no había ni una sola planta a la vista.

—Las veces que estuve, también lo noté —aseguró Marta—, pero era de noche y pensé que las plantas se encontrarían en el bosque.

—Ese lugar no es nada convencional: leyendas tenebrosas, *ouijas*, psicofonías y ahora misas negras —dijo Erik.

◆◆◆

David y Pedro entraron apresurados en la comisaría, se dirigieron a la agente que estaba detrás del mostrador y preguntaron por la inspectora Torres. Cuando llamaron para avisar de lo sucedido en el bosque de Jafra, les informaron que tenían que hablar con la inspectora Sara Torres. El comisario Zabala se había ocupado de mandar un *e-mail* a todas las comisarías de Barcelona, donde indicaban que, si recibían algún tipo de aviso sobre el pueblo de Jafra o sobre Santlaú, tenían que ponerse en contacto con la inspectora Sara Torres en la comisaría número 13.

—Buenas tardes —saludó Claudia—, ¿en qué puedo ayudarles?

—Queremos hablar con la inspectora Sara Torres, es sobre un tema

relacionado con Jafra. Por favor, es urgente —dijo Pedro nervioso.

—Por favor, esperen un momento, voy a avisar a la inspectora.

Claudia salió de detrás del mostrador y se dirigió a la sala de reuniones, donde se encontraba el equipo de Sara. Picó con suavidad en la puerta, a la espera de que la inspectora Torres abriera.

—Inspectora, siento interrumpir —se disculpó—. En recepción, hay dos hombres que quieren hablar contigo sobre Jafra.

Sara se giró y miró a su equipo, todos la miraban expectantes.

—Por favor, Claudia, tráelos aquí.

Sara y su equipo se preguntaban qué noticias traían sobre Jafra. En la puerta, apareció Claudia seguida de dos hombres; uno de ellos era alto y delgado, mientras que su acompañante era más bajo e igual de delgado. Ambos tenían unas profundas ojeras oscuras que indicaban que no habían descansado bien.

Sara se aproximó despacio a ellos. Les dedicó una sonrisa para que los hombres templaran sus nervios.

—Soy la inspectora Sara Torres —se presentó—. Por favor, pasen y tomen asiento. —Les señaló un par de sillas vacías—. Estos son mis compañeros: el inspector Erik Helgason, el doctor Rubén Garrido y Marta Soler. ¿En qué podemos ayudarlos?

Los cazadores se miraron el uno al otro para decidir cuál de los dos empezaría a relatar los hechos que los había llevado hasta esa comisaría. Pedro tomó la voz cantante.

—Mi nombre es Pedro López y él es mi cuñado David Pérez. Anoche estuvimos en el bosque de Jafra, cerca de Santlaú, fuimos a cazar. —Bajó la cabeza avergonzado—. La caza en ese bosque está prohibida, pero pedimos disculpas. Si tenemos que pagar alguna multa, lo haremos.

—No les vamos a multar, pero la próxima vez, no vayan a cazar a una zona donde no esté permitido. Por favor, prosiga —pidió Sara.

—Gracias, inspectora. Bueno…. —Pedro miró a David y este le animó a seguir—. Perdonen, estoy un poco nervioso. Como les decía, estábamos en el bosque más próximo a Santlaú. Escuchamos ruidos y voces de personas, creíamos que eran guardabosques, así que nos camuflamos entre unos arbustos. Vimos a cuatro personas vestidas con túnicas negras. Estaban alrededor de alguien o de algo, desde donde estábamos no se apreciaba; estaba muy oscuro. Cuando las nubes se fueron, la Luna apareció durante un minuto e iluminó el bosque. Se trataba de una chica, también vestida con una túnica, pero no se movía… La enterraron en el bosque. —Empezó a hiperventilar—. Estaba muerta, inspectora.

Erik se levantó y se dirigió al armario de la sala. Abrió una de las puertas y sacó una botella de agua, que ofreció a Pedro para que se aclarara la voz.

—¿Podría describirme a la chica? ¿O a las personas que vio? —preguntó Sara.

Pedro, mientras bebía de la botella de agua, parecía pensativo. David se dio cuenta de que su cuñado estaba demasiado nervioso e intervino por él.

—Inspectora, como ha dicho Pedro, estaba muy oscuro y no pudimos ver mucho. Cuando la Luna iluminó el claro del bosque, nos fijamos en que, la chica que yacía en el suelo, tenía el pelo cobrizo y muy largo. —Miró a su cuñado, preocupado por él. Estaba muy pálido, pero este lo miro asintiendo con la cabeza en señal de que estaba bien—. Me llamó la atención ese color de pelo, no es muy común. En cuanto a las personas, no vimos nada; las túnicas les llegaban hasta los pies y llevaban las capuchas puestas. Tampoco sabríamos decirles si eran hombres o mujeres. Desde la distancia en la que estábamos, no lo pudimos apreciar.

—¿Os vieron? —intervino Erik.

—No, estuvimos escondidos hasta que se fueron —explicó David—. Tendríamos que haber avisado anoche de lo que vimos, pero estábamos en *shock*. Lo sentimos mucho.

—No se preocupen, lo importante es que han venido a explicar lo sucedido —dijo para tranquilizarlos—. ¿Nos podrían guiar al lugar donde enterraron a la chica?

Sara y Erik se miraban preocupados, hablando con la mirada. Ellos habían visto, hacía pocos días, a una chica con el pelo largo y cobrizo en Santlaú.

—Por supuesto que sí —intervino Pedro, ya más calmado—. Cuando quieran, los podemos llevar.

Sara se puso en pie, miró a su equipo y a los cazadores. Quería salir cuanto antes; algo, en su interior, le decía que aquello formaba parte de lo que estaba pasando en Santlaú.

—No perdamos más tiempo, nos vamos al bosque de Santlaú —ordenó.

17

Jafra, 1945

Elías esperaba junto a la verja, tal y como le indicó la curandera, y miró —por tercera vez— su reloj de muñeca. Pasaban treinta minutos de la hora en la que se vieron la primera vez. Se le pasó por la cabeza que esa mujer lo hubiera engañado, y por un momento, se sintió estúpido. La nada reinaba en el ambiente; no se escuchaba el suave sonido del viento, ni siquiera el ulular de los búhos que habitaban esos bosques. Era como si todo se hubiera parado, como si alguien le hubiera dado al interruptor del tiempo; pero eso no era posible. A pesar de que ese lugar angustiaba a cualquiera, desde que llegó a su nuevo hogar, era feliz. El sonido de unos pasos le hizo mirar hacia el espeso bosque.

María hizo su aparición. En esa ocasión, no iba sola, sino que la acompañaban dos personas más. Vestían con unas túnicas negras que les llegaban a los pies y tenían puestas las capuchas —formaban parte de las túnicas—. Elías miró a esas personas. Era noche cerrada y apenas conseguía distinguir sus facciones. La curandera le hizo un gesto para que la siguiera mientras se daba la vuelta, y junto a esas personas desconocidas, comenzaron a caminar.

Se adentraron en el bosque y rodearon la valla que pertenecía a la propiedad de Elías. Solo se oía el crujir de las ramas y hojas bajo los pies de sus guías, hasta que llegaron a la parte trasera de la propiedad, donde se encontraba el pequeño cementerio del pueblo. No le había contado a Sophia que el camposanto se encontraba pegado a su propiedad; de hecho, él lo descubrió un día por casualidad. Si su mujer se enteraba, no querría quedarse allí. Era demasiado impresionable.

La curandera se adentró en el camposanto, y caminó hacia la pared de roca que había al fondo. Entre enredaderas, se encontraba escondida lo que parecía la entrada a una cueva.

—Entramos por una puerta que hay en el otro extremo del camposanto —explicó María—, pero hoy quería mostrarte los secretos que esconde tu nuevo hogar.

La curandera, seguida de las personas que la acompañaban, se introdujeron en el interior de la cueva. Elías los siguió. Se encontraban dentro de un enorme pasillo de roca y tierra. Caminaban por la propiedad de los Huber, pero desde sus entrañas.

Elías miraba atónito a su alrededor.

El aire era espeso, se respiraba un desagradable olor a humedad y a musgo. De vez en cuando, una gota procedente del techo caía sobre Elías, y en más de una ocasión, se habían cruzado con algunas ratas pequeñas, raquíticas y jorobadas.

Dos tramos de escaleras aparecieron ante ellos, y siguieron las que descendían. Al final de estas, se encontraron en una habitación, pero no era una habitación cualquiera. En ella, se encontraban dos personas más con túnicas, pero no tenían las capuchas puestas. Eran dos hombres, uno de ellos era mayor —casi un anciano— y el otro tendría su edad; sus rasgos eran muy parecidos, por lo que Elías intuyó que eran padre e hijo. Enseguida reconoció al más joven, era el mismo hombre con el que se encontró en aquella taberna, el mismo que le habló de aquel lugar. Jonás.

En la pared del fondo, había un altar con varios objetos que llamaron la atención de Elías; sobre todo, un cáliz negro con varias inscripciones. Detrás del altar, una cruz de cinco puntas presidía la pared; en cada una de las puntas de la cruz, había un pequeño soporte para colocar una vela, y en el centro, había grabada la imagen de una cabra. Delante del altar, se encontraban dos filas de bancos, igual que en una iglesia. La estancia estaba cubierta de velas y de enormes cirios. Al fondo de la sala, distinguió una abertura en la pared, que era idéntica a la que había en el cementerio.

La curandera y sus acompañantes se situaron al lado de ambos hombres. Los encapuchados se retiraron la prenda de ropa y descubrieron sus rostros; eran dos mujeres de mediana edad. Elías observaba todo a su alrededor sin comprender nada. Lo único que sabía era que esa sala se encontraba debajo de su nuevo hogar; nunca antes la había visto y no sabía si podían acceder desde la casa. «¿Esas personas han entrado en mi hogar sin que ni mi familia ni yo lo supiéramos?», se preguntó, «¿desde cuándo?».

—¿Dónde nos encontramos? ¿Os estáis colando en mi propiedad? Y tú —se dirigió a Jonás—, ¿qué haces aquí?

—Ven, siéntate y tranquilízate. —La curandera lo llevó hacia los bancos de madera—. Te lo explicaremos todo, aunque veo que has reconocido a Jonás. Nuestro señor nos habló de ti, y te hemos estado esperando durante demasiado tiempo. Pensábamos que ya no vendrías.

Elías no entendía nada. ¿Lo esperaban? ¿Para qué?

—Amigo —dijo Jonás—, aquella noche en la taberna, mientras hablábamos, supe que eras diferente. Tienes una energía igual que la nuestra. *Él* no se equivocó, sabíamos que acabarías viniendo.

—¿Cómo podíais saberlo? —exclamó Elías furioso—. ¡Contestad!

—Porque, al igual que *él* te escogió, también lo hicimos nosotros. Dime, ¿cuántas noches tus sueños te dirigieron hasta este lugar? —

Elías los miró perplejo, ¿cómo sabían lo que había soñado?—. Cuéntanos, ¿no te sientes mejor desde que llegaste a Jafra? ¿No te gustaría concebir un hijo sano? —preguntó la curandera—. Nosotros podemos hacer que eso pase.

Elías miraba atónito a esa mujer que sabía tanto sobre él sin ni siquiera conocerse. Era cierto que estaba mejor desde que llegó; se sentía vivo, una sensación que hacía demasiado tiempo no experimentaba.

—¿Cómo podéis lograr que tenga un hijo sano? —preguntó con demasiada curiosidad.

Las cinco personas rieron al unísono.

—Con la ayuda de *él*, al que adoramos. —María rio y dejó ver sus amarillentos dientes—. Llevamos mucho tiempo reuniéndonos aquí. Antes, tu hogar era el nuestro y el de nuestro señor. ¿Quieres saber qué hacemos aquí? Y, ¿cómo podemos ayudarte? ¿Quieres tener un hijo sano? ¿Uno tan poderoso que todo el mundo tema?

Elías asentía una y otra vez.

—Por favor, continua, ¡explícamelo! —Estaba expectante.

—Hace mucho tiempo, este lugar estaba abandonado. En el pueblo, solo quedaban ancianos a quienes les daba miedo salir a la civilización. Un día llegué aquí, no fue por voluntad propia, pero no me quedó otra opción. Al poco tiempo, comencé a notar la mayor energía que jamás pensé que sentiría, percibí cosas que no todo el mundo notaba. Entonces, ellos me encontraron. —Sonrió a sus compañeros—. Son como yo, personas con una capacidad —la curandera buscó la palabra adecuada para lo que quería explicar— *única* para percibir energías. Buscamos de dónde procedía toda la energía que captábamos y nos trajo aquí, a tu casa y a tu bosque. Es aquí donde *él* tiene más poder. —Sonrió orgullosa de su hallazgo—. Lo que hacemos aquí, Elías, son misas negras. Llevamos mucho tiempo intentando traerlo a la tierra, pero no lo hemos conseguido. Todos los niños que han nacido para *él*, lo hicieron muertos. Entre los muros de este lugar, guardamos sus pequeños huesos; se los dejamos como ofrenda para que sepa que no nos rendiremos hasta conseguirlo. Elías, tú has sido llamado. Tu mujer y tú concebiréis un hijo que será su recipiente y quien, por fin, reinará en la Tierra.

Elías no daba crédito a lo que la curandera le contaba. Aunque la historia era de lo más increíble, él había notado *cosas*. Sabía que en ese lugar pasaba algo, incluso Sophia lo había notado. Se levantó del banco, se colocó delante de sus nuevos amigos, los miró y dijo:

—Hagámoslo.

18

En la actualidad

Los colores del atardecer se reflejaban en el cielo, como si de un cuadro se tratara. Los naranjas y rojos cálidos predominaban, pero varias nubes oscuras se adueñaron del cielo y taparon ese precioso espectáculo. El aire traía olores a pino, tierra mojada, musgo y romero. El bosque estaba en silencio, pero no en calma, ya que algo impedía que lo estuviera; una sensación, una inquietud que se percibía, pero no ver.

Dos coches de policía estaban aparcados a un lado del claro del bosque. El equipo de Sara, con las indicaciones de Pedro y David, llegaron hasta aquel claro.

Marta se separó de ellos y cerró los ojos para captar la energía que desprendía el bosque. Un escalofrío heló su sangre, una fuerza oscura tiraba de ella —no era fuerte—, pero tenía mucho poder. Viniera de donde viniera, se encontraba cerca. Sara se acercó a ella, sigilosa, pero hizo el ruido preciso para que no se asustara. Marta abrió los ojos y la miró.

—¿Has sentido algo? —quiso saber.

—Percibo una energía oscura, pero muy débil. Procede de algún lugar cercano. Hay algo; no sé qué es, pero sea lo que sea, tiene mucho poder. —Estaba asustada, pero no quería transmitírselo a su compañera.

Erik se acercó a ellas para ver qué estaba pasando.

—¿Estáis bien? —preguntó preocupado.

—Sí, todo bien —contestó Marta.

—Si os parece bien, comenzaremos a buscar a la chica. —Erik le hizo un gesto a Rubén y a los cazadores para que se acercaran—. ¿Nos podéis indicar dónde la enterraron? —pidió a Pedro y David, a quienes se les veía muy afectados.

Los cazadores se miraron el uno al otro. Hicieron un mapa mental para ubicar el lugar donde se encontraban la noche anterior, y de esa forma, encontrarían el lugar exacto. Caminaron por el claro hasta que se pararon al lado de un enorme pino. La tierra que tenía bajo su enorme tronco había sido removida, y el musgo que crecía a su alrededor estaba arrancado. «Este es el lugar», pensó Pedro.

—Inspectores —llamó a Sara y a Erik—, es aquí.

Los inspectores se aproximaron a uno de los vehículos para extraer dos palas del maletero, y también un par de focos —empezaba a

anochecer—. Avanzaron hacia donde se encontraba Pedro, seguidos de Marta y Rubén. Este último hubiera preferido quedarse en el coche —era un poco miedoso—, pero si hallaban el cadáver, sus conocimientos serían de gran ayuda.

—¿Estás seguro de que es aquí? —preguntó Erik mientras Pedro asentía—. Pues, entonces, cavemos. —Le tendió una pala a Rubén para que lo ayudara.

Sara y Marta sostenían ambos focos, mientras Erik y Rubén cavaban a buen ritmo. La noche había caído y la Luna hizo su aparición. Apenas se veía nada más allá de los focos, y el bosque estaba en completo en silencio. Lo único que se escuchaban eran las respiraciones agitadas de Erik y Rubén y el sonido de la tierra al cavar.

Un amasijo de cabello apareció ante los potentes focos. A pesar de la tierra que lo cubría, se apreciaba su tono cobrizo. Rubén y Erik soltaron las palas y quitaron tierra con sus manos. Sara se unió a ellos para ir más deprisa. Sacaron el cadáver poco a poco, con las instrucciones del forense. Al darle la vuelta para observar la cara de la chica, rectaba una lombriz. Su cuerpo estaba repleto de pequeñas hormigas.

El cadáver quedó expuesto al lado de lo que había sido su tumba hasta ese momento. Los inspectores observaron a aquella chica, que no hacía tanto que conocieron con vida. Vestía una túnica negra. Su rostro reflejaba pánico, tenía los ojos tan abiertos que daba la sensación de que se le saldrían de las cuencas. Sara acercó el foco a Rubén, quien examinaba el cadáver.

—Conocíamos a esta chica —informó Sara—. Es Silvia, la chica con la que hablamos sobre Lorena. —Sintió lástima por ella.

Rubén miraba el cuerpo sin vida, pero sin llegar a tocarlo. Se aproximó hacia uno de los vehículos, de donde extrajo un pequeño maletín.

—Voy a hacer un primer reconocimiento —informó—, pero lo más indicado será que la examine en el laboratorio forense.

—En cuanto termines, llamaré a la científica y al juez para el levantamiento del cadáver —dijo Sara.

Rubén abrió su maletín, sacó unos guantes de látex y se los colocó. Primero, cerró los ojos de Silvia. En el lado derecho de su frente, tenía una herida bastante profunda. Una enorme mancha de sangre seca bajaba por la comisura de su boca. Al abrirla, todos apreciaron que su lengua había sido amputada.

—Marta, por favor, ¿puedes alumbrarme con el foco? —preguntó Erik mientras se introducía en la fosa—. La lengua podría seguir aquí dentro.

Marta acercó el foco a la fosa, donde Erik ya se había introducido.

Palpó durante unos minutos, retiró tierra y piedras hasta que la encontró. Miró ese trozo de carne muerta cubierta de tierra y hormigas.

—La he encontrado —exclamó.

—No toques nada, ahora te acercaré una bolsa de pruebas y unos guantes. —Rubén rebuscó dentro de su maletín hasta dar con lo que necesitaba.

Pedro y David tenían el rostro completamente pálido, era la primera vez que veían un cadáver tan cerca. Mientras Rubén le ofrecía los guantes y la bolsa de pruebas a Erik, Sara se acercó a ellos.

—Id al coche y descansad, está siendo una noche dura. —Sara le dio a Pedro la llave de uno de los vehículos—. Estaréis más cómodos.

Los cazadores no dijeron nada, solo cogieron las llaves que les ofreció y caminaron hacia el vehículo. Lo único que querían era salir de aquel bosque, llegar a casa y abrazar a sus familias. Ver a esa chica tan joven muerta les recordó lo corta que la vida podía ser y lo mucho que debían disfrutar de las personas que amaban.

Erik había metido la lengua de Silvia en el interior de la bolsa de pruebas. Salió del foso y se la tendió a Rubén, quien la introdujo en su maletín. Continuó con el examen en silencio, pero pasados unos minutos, miró a sus compañeros que esperaban sus primeras impresiones.

—Tiene una herida muy fea en la frente. Es bastante profunda, aunque no creo que fuera la causa de la muerte. *A priori* deduzco que murió desangrada por la extracción de su lengua, pero tengo que examinarla en mayor profundidad por si hubiera algo más.

—¿Puedes levantarle la túnica? —Sara se acercó a Rubén mientras este levantaba la túnica de Silvia.

Como Sara imaginó, el cuerpo estaba profanado. En su pecho, se observaba el mismo círculo que le hicieron a Lorena.

Rubén observó aquel símbolo.

—La herida no es muy profunda —informó—. Realizada con un objeto punzante; un cuchillo, posiblemente. Hasta que no haga la autopsia, no os podré dar datos más concretos.

Sara sacó su móvil del bolsillo trasero de su pantalón y marcó el número de Zabala. Era hora de informar al jefe, quien contestó al primer tono.

—Comisario, hemos encontrado el cadáver de una paciente de Santlaú, en el bosque que hay cerca del hospital psiquiátrico —comunicó—. Esta tarde, unos cazadores vinieron a comisaría; la noche anterior, por casualidad, fueron testigos del asesinato. —Se alejó unos metros para hablar con el comisario—. El cadáver encontrado es el de Silvia, la amiga de Lorena.

—Esto no puede ser una casualidad, inspectora. —La voz del

comisario sonaba alterada.

—Señor —interrumpió—, hay algo más. Hemos encontrado la carta que Lorena escribió a Silvia. —Se quedó durante unos minutos pensativa, buscando cómo describir lo que había leído—. El contenido es bastante escabroso. Por lo que se menciona en ella y los datos ofrecidos por Rubén sobre la autopsia, podemos confirmar tal y como sospechábamos: Lorena fue asesinada.

Zabala guardó silencio durante unos segundos.

—Estaba seguro de que no se había suicidado. Inspectora, envíeme un informe completo con todo lo que hayan averiguado hasta ahora; también una copia de esa carta. ¿Han avisado al equipo de criminalística? ¿Necesitan algo? —Zabala solo pensaba en el buen trabajo que su equipo estaba haciendo y lo bien que quedaría ante sus superiores cuando cerrara el caso. La familia Beltrán era muy importante y le abriría puertas a su carrera, pero sobre todo, lo que más ansiaba, era detener al asesino de Lorena.

—No, señor, lo tenemos todo controlado. Ahora llamaré a criminalística y le pediré a Rubén que se ocupe de llamar al juez de guardia para el levantamiento del cadáver. Una vez que el cuerpo se encuentre en el laboratorio forense, él mismo realizará la autopsia.

—Inspectora, están haciendo un buen trabajo. Por favor, no se olvide de enviarme los informes —insistió Zabala.

Erik se acercó a Sara, quien acababa de guardar el teléfono en el bolsillo trasero de su pantalón.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí, solo informaba a Zabala. Prefiero que se entere de lo sucedido por mí. —Sara bufó—. No me gusta hablar con ese hombre, pero es el jefe. Voy a llamar a la científica. Por favor, dile a Rubén que llame al juez y se encargue del cadáver.

Mientras Erik hablaba con Rubén, Sara hizo la llamada. El equipo de la científica estaría allí en una hora. Marta fue a ver cómo se encontraban Pedro y David para informar a sus compañeros.

—Deberíamos llevarlos a casa, necesitan descansar.

—Yo me quedaré esperando al juez y a la científica —se ofreció Rubén—. Me iré directo al laboratorio forense, quiero empezar la autopsia cuanto antes.

—Está bien, pero no te quedarás solo…

Marta interrumpió a la inspectora Torres.

—Sara, yo me quedaré con… —Marta dejó la frase a medias. A pocos metros de ellos, junto a un árbol, una silueta la miraba. Una sensación de mareo la invadió, no la veía con claridad, pero estaba segura de que se trataba de un hombre. Le llamó la atención la ropa que llevaba; antiguas, como de otra época—. Erik, por favor, acércame ese foco —dijo.

Marta enfocó justo hacia el árbol, pero allí no había nadie.

—¿Qué pasa? —preguntó Erik tras ver su cara de preocupación.

—Me ha parecido ver a un hombre junto a ese árbol. —Se lo señaló a sus compañeros—. Puede que haya sido una sombra o el cansancio, no lo sé, pero me ha puesto la piel de gallina. Marchaos, Pedro y David están deseando llegar a sus casas —dijo para cambiar de tema, la presencia de aquel hombre la había desconcertado—. Yo me quedaré con Rubén.

—¿Estás segura? Estás pálida —preguntó Sara preocupada por su compañera.

—Segurísima, no os preocupéis. Estaré bien, Rubén me protegerá —dijo entre risas.

—Querrás decir que tú me protegerás a mí —corrigió Rubén con una discreta carcajada.

—Cualquier cosa que necesitéis, me llamáis. No creo que la científica, ni el juez, tarden mucho más. Les he pedido que vengan con discreción, no quiero que nadie del personal de Santlaú se entere de que estamos aquí —explicó Sara—. Mañana les haremos una visita. Marta, por favor, me gustaría que nos acompañaras. —Marta asintió —. Te recogeremos en tu casa a las ocho de la mañana. Rubén, en cuanto tengas el informe de la autopsia, me llamas.

Sara y Erik se despidieron de sus compañeros y se dirigieron hacia el coche, donde los esperaban los cazadores, quienes sintieron verdadero alivio al ver que regresaban a casa.

19

Jafra, 1945

El sol brillaba con fuerza y el aire era cálido, a pesar de estar en febrero. Hacía rato que Sophia no escuchaba jugar a sus hijos. Miró por el enorme ventanal del salón, pero no los vio. Se dirigió a paso veloz hacia su habitación, cogió —de encima de la cama— su bata negra de seda, y mientras se la colocaba, se miró en el espejo del tocador que había junto a la ventana. Desde que había llegado a Jafra, sus ojeras habían ido en aumento y su precioso pelo rubio cada día lucía con más canas. Le dio la espalda a su propio reflejo, ya no se sentía identificada con la mujer que se reflejaba en él. Salió de la habitación con rapidez, abrió la puerta de la calle y miró angustiada a su alrededor. No había rastro de sus hijos. Se dirigió hacia el laberinto, seguro que estarían allí, se pasaban las horas muertas jugando en él. Al llegar, sintió una pequeña punzada en la boca del estómago. Algo no iba bien. Avanzó lentamente. El aire empezó a espesarse, los arbustos y plantas se secaban a su paso hasta quedar reducidos a cenizas, como si un intenso fuego los hubiera arrasado.

—León, Luca, ¿estáis aquí? —Sophia llamaba a sus hijos angustiada. Su intuición le gritaba que volviera a casa, pero no se iría sin comprobar que sus pequeños se encontraban bien. Por un momento, la imagen del pozo le vino a la mente. «¿Y si se han caído?»—. ¡Niños, por favor, contestad! —gritó desesperada.

Aceleró su paso hacia el pozo, pero sin ninguna explicación, el cielo se tornó de un negro profundo. Sophia miró hacia el sol, y la imagen le heló la sangre. Un aro de fuego rodeaba al astro que antes brillaba con fuerza, pero ahora era completamente negro. Intentó correr, pero no podía. Sus pies estaban anclados a la tierra.

Un fuerte dolor invadió su abdomen. Ante la escéptica mirada de Sophia, su vientre empezó a crecer. Se tocó una y otra vez su abultado vientre. «¿Cómo puede ser?», se preguntó incrédula. Estaba embarazada. Notaba las patadas de su bebé. Sin embargo, un minuto después, rompió aguas. Las contracciones la invadieron. Se doblaba de dolor, pero empujó con todas sus fuerzas. El bebé cayó al suelo, inerte.

Después de unos eternos segundos, sus llantos hicieron eco en el laberinto. Sophia trató de coger al niño, pero no podía moverse. Una voz que no reconoció la llamó. «Sophia». Su timbre era áspero. Esta levantó la vista, y ante ella, un hombre —envuelto en sombras— la miraba con una sonrisa. Sus ojos eran dos esferas brillantes. Sophia

tuvo que apartar la mirada, ya que la luz de sus ojos era cegadora. El hombre se agachó para coger al bebé entre sus brazos. Se lo mostró a Sophia; el niño tenía los mismos ojos que él.

Elías trataba de despertar a su mujer, quien no dejaba de gritar.

—¡Sophia! ¿Qué te pasa? Despierta, por favor. —Zarandeaba a su mujer, la cual estaba fuera de sí.

Sophia abrió los ojos. Tenía la cara descompuesta, escuchaba que su marido la llamaba y la zarandeaba. Quiso comunicarse con él, pero su cuerpo no respondía. Una fuerza invisible la inmovilizaba, dejándola sin respiración.

Elías se levantó con rapidez y se dirigió hacia el armario, donde guardaba su maletín de trabajo. Extrajo una pastilla, y se acercó a Sophia para incorporarla. La abrazó y comenzó a masajearle la espalda con una mano y ejerció pequeños círculos.

—Cariño, respira —dijo sin dejar de masajearla—. Escúchame, estás teniendo un ataque de pánico. Has tenido una pesadilla. Respira despacio, cariño. No ha sido real, solo un mal sueño. —Sus palabras empezaron a calmarla—. Tomate esto. —Le tendió la pastilla y le acercó un vaso de agua que se encontraba en la mesita de noche.

Sophia hizo caso a su marido y tomó el medicamento que le ofrecía. Poco a poco se sintió mejor, su ritmo cardíaco comenzó a estabilizarse.

—Ha sido tan real. —Rompió a llorar—. Por favor, vámonos de esta casa. Desde que hemos llegado, no me encuentro bien. Por favor, te lo suplico. —Agarró el brazo de su marido y lo miró con terror.

—Solo has tenido una pesadilla, no te preocupes. Cuéntame, ¿qué has soñado? ¿Qué te ha angustiado tanto? —Acarició la cara de su mujer con dulzura.

—No encontraba a nuestros hijos, así que salí a buscarlos al laberinto, pero todo estaba muerto: los arbustos, las plantas. El sol brillaba con fuerza, pero de repente, todo se oscureció y solo quedó un círculo de fuego alrededor del sol, y luego… —Paró un momento y bebió agua, respiró profundamente y prosiguió—: De repente, estaba embarazada. Tuve a mi bebé en el laberinto, pero él me lo quitó… Un hombre de ojos brillantes lo cogió. —Lloraba desconsolada—. El bebé no estaba bien, le pasaba algo, sus ojos eran iguales a los de aquel horrible hombre.

Elías comprendió lo que acababa de suceder, tenía que hablar con María de inmediato para contárselo. Sonrió para sus adentros.

—Sophia, olvídalo, solo ha sido un mal sueño. —La cara de Elías reflejaba tal alegría que su mujer se estremeció.

—¡No! —gritó fuera de sí—. No es solo la pesadilla. Desde que hemos llegado aquí, todo va mal. Mis plantas se mueren, y siempre noto algo. No sabría decirte qué es, pero lo noto. ¿Tú no lo notas?

—Por supuesto que lo noto, y por eso mismo no nos vamos a ir de aquí. —Elías retiró la mano de su mujer de su brazo—. Descansa, querida. Verás como, en unas horas, te encuentras mejor.

—Pero…

Sophia se quedó con la palabra en la boca, ya que su marido se había levantado de la cama y salió de la habitación cerrando la puerta con un fuerte golpe.

20

En la actualidad

Estaba amaneciendo cuando Sara y Erik llegaron al bloque de pisos donde vivía Marta. Era una zona muy transitada, con mucho bullicio de gente y exceso de tráfico; a escasos metros, se encontraba el centro comercial L'illa Diagonal. Eran casi las ocho de la mañana y ya circulaban demasiados coches en la carretera, una multitud de gente andaba a paso acelerado camino a sus trabajos. El ritmo de la ciudad era agónico. A esa hora tan temprana, se respiraba el estrés en el ambiente.

Sara miraba distraída por su ventanilla a todas esas personas. Cada día estaba más convencida de que algún día cambiaría la ciudad por un lugar más tranquilo, lejos de los olores de la contaminación, el incansable ruido y tanta violencia. Quizás debería volver con Erik a Islandia, podrían vivir allí. Aquel país la enamoró nada más poner un pie, a pesar del frío. Cuando cerraran el caso, hablaría con él y se lo propondría.

Una puerta del vehículo se abrió y Sara volvió a la realidad. Marta acababa de llegar, y llevaba una pequeña bolsa en sus manos.

—Buenos días, chicos —saludó efusiva—. Os he traído un poco de café con leche. —Señaló la bolsa que traía consigo, la abrió y sacó un termo con dos tazas.

—Buenos días, Marta —contestaron los inspectores al unísono, regalándose una mirada de complicidad.

—Ya hemos desayunado —continuó Sara—, pero con este frío y esta humedad que cala hasta los huesos, yo me tomaría uno. Erik, ¿te apetece? —preguntó. Este asintió, y se giró para coger el termo que le ofrecía.

Sara abrió el termo, y salió un vaho con un agradable olor a café que impregnó todo el vehículo. Sirvió el contenido en las dos tazas y tomaron el café en silencio mientras saboreaban cada sorbo. El líquido caliente les proporcionó una agradable sensación de calidez. Al terminar, metió el termo y las tazas en la bolsa para devolvérsela a su compañera.

—Cuando lleguemos a Santlaú, quiero que nos digas si percibes algo. —Sara se giró hacia el asiento trasero para mirar a Marta—. Si en algún momento te sientes incomoda, nos lo dices.

Marta llevaba demasiados años percibiendo energías, era difícil que algo la asustara. No obstante, la noche anterior en ese bosque,

sintió un escalofrío que nunca antes había sentido, ni siquiera las anteriores veces que estuvo en aquel lugar.

Erik puso rumbo hacia el hospital psiquiátrico, todavía no habían informado al Dr. Mateo sobre el hallazgo del cadáver de Silvia. Aprovecharían la visita para hablar con la doctora que nombraron los Beltrán —la Dra. Martín—, la última en comprobar el estado de salud de Lorena.

Durante el trayecto hasta Garraf, los inspectores y la antropóloga repasaron todo lo que habían averiguado hasta la fecha. Al terminar, cada uno de ellos ordenó toda la información en sus cabezas. Erik encendió la radio para amenizar el viaje; sonaban los primeros acordes de una canción de *rock* alternativo con toques góticos. Con esos acordes como banda sonora, apareció ante ellos el camino forestal que conducía a Santlaú.

Sara no le quitaba ojo a Marta, la miraba por el espejo retrovisor. Faltaba poco para entrar en la zona en la que casi tuvieron el accidente. Le hizo un gesto a Erik para que quitara la música, no quería que eso distrajera a Marta.

Marta observaba todo a su alrededor, bajó su ventanilla y puso sus cinco sentidos a funcionar. No se oía nada, ni un solo pájaro cantando. Percibía una energía oscura, pero muy débil. La que percibió la noche anterior en el bosque era mucho más intensa. Miró a los inspectores.

—Admito que este lugar da repelús, es muy inquietante. —Miró por la ventanilla—. La energía de este sitio no me gusta nada, pero no es muy intensa. La de anoche en el bosque era mucho mayor.

—Entiendo que, cuanto más cerca estamos de Santlaú, lo que percibes es mayor, ¿verdad? —preguntó Erik mientras tomaba la curva lo más lento que podía, no quería volver a encontrarse sorpresas.

—Eso parece. —Marta se movía nerviosa en su asiento. Por una parte, sentía curiosidad por saber qué le esperaba, pero por otro, tenía un mal presentimiento.

Ante ellos, apareció la puerta de hierro con el nombre de Santlaú. Se acercaron hacia el interfono para comunicar su llegada, pero nadie contestó; solo se escuchó el chirriar de la puerta mientras se abría. Erik conducía despacio, quería que Marta observara todo el recinto, incluido lo poco que quedaba del laberinto.

—Erik, ¡para un momento! —exclamó Marta, y bajó del coche en cuanto paró.

No podía ser, acababa de escuchar las risas de unos niños.

Buscó con la mirada su lugar de procedencia. Corrió hacia el laberinto; las risas cada vez sonaban más cerca. Se asomó al interior, y entonces, los vio. Dos niños corrían uno al lado del otro sin parar de reír. No podía verles las caras, estaban de espaldas. Por sus alturas,

dedujo que tendrían entre cinco y siete años; uno parecía mayor que el otro. Vestían con pantalones grises muy elegantes y unas chaquetas tipo americanas. Marta corrió detrás de ellos, pero los niños se percataron de su presencia. Uno de ellos se colocó un dedo en los labios para indicarle al otro que se callara. Las risas cesaron, a la vez que se desvanecían. La antropóloga giró sobre sus pasos al encuentro de sus compañeros.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Erik preocupado por su compañera —. ¿Has visto algo?

Marta recuperó el aliento. No estaba sofocada por el pequeño esfuerzo físico de su carrera, sino por lo que acababa de presenciar. Siempre había sentido energías, pero nunca había visto presencias. Ahora dudaba de, si el hombre que creyó ver la noche anterior en el bosque, era otro espíritu. «¿Qué está pasando en este lugar?», se preguntó.

—He visto a dos niños en el laberinto —explicaba agitada—. Por cierto, todo el laberinto huele a lavanda y os aseguro que no hay una sola planta viva.

—Se me acaba de erizar todo el vello. —Sara miró a su alrededor nerviosa, a la espera de no ver a esos niños por ningún sitio—. ¿Crees que son los hijos del médico austriaco?

—No lo sé.

Llegaron a la entrada del psiquiátrico, y subieron por la escalera camino a la recepción. Sara miró hacia una de las ventanas, una pequeña sombra los observaba. Al cruzar las miradas, se retiró de la ventana.

—La hermana Elisa nos estaba observando —informó.

Entraron al hospital, donde Raquel hablaba con Iker en la recepción.

—Inspectores, ¡han vuelto! ¿Tenían cita con el Dr. Mateo? —Miró la pantalla de su ordenador—. No veo que tenga cita con ustedes.

—Hemos venido sin avisar —dijo Erik muy serio.

—Entiendo. Por favor, ya conocen el camino. Vayan a su despacho, yo me encargo de avisarlo. —Descolgó el teléfono y marcó una extensión. Mientras caminaban hacia el despacho, escucharon como Raquel avisaba de su llegada.

Les llamó la atención no cruzarse con nadie de camino al despacho; ni una enfermera, ni un celador, ni un paciente. La puerta estaba abierta, pero dentro no había nadie. Entraron y se quedaron de pie sin dejar de observar; no había ni una sola foto, ni un diploma. Se trataba de un despacho completamente impersonal. La primera vez que estuvieron allí no prestaron atención a aquel detalle. Solo había una fría mesa, varias sillas, una estantería llena de libros sobre Medicina y un archivador.

—Perdonen que les haya hecho esperar, estaba en otra sala. Tenía una conferencia por videollamada —se disculpó, subiéndose sus diminutas gafas y dirigiéndose hacia su silla—. Por favor, tomen asiento. —Los inspectores y la antropóloga tomaron asiento delante del doctor—. Bueno, ¿a qué debo esta inesperada visita? —El Dr. Mateo los observaba sin perder atención.

—Nos gustaría hablar con Silvia Ruíz, queríamos corroborar con ella unos datos sobre Lorena. —Erik lo miró muy fijamente.

—Lo siento mucho, inspector, pero no va a ser posible. Silvia recibió ayer el alta, ya no se encuentra en el centro. La próxima vez, por favor, llamen antes de venir, así evitarán venir para nada. —Sonrió.

—En ese caso, necesitamos que nos facilite la ficha de Silvia —exigió Sara. Notó una vibración en su bolsillo, sacó su móvil e ignoró la llamada de Rubén.

El doctor se revolvió en su silla.

—Lo siento mucho, inspectora, pero los datos de los pacientes son confidenciales. Sin embargo, le anotaré su número de teléfono. —El doctor Mateo cogió su agenda.

—Doctor, creo que no ha entendido bien a mi compañera, necesitamos esas fichas. —Erik se levantó acercándose al doctor—. Si lo prefiere, haré una llamada al juez —sacó su teléfono del bolsillo— y le pediremos una orden. De esa forma, aparte de la ficha de Silvia, registraremos todo lo que nos apetezca.

Erik se estaba marcando un farol, solo esperaba que el doctor cayera en su juego. Y, al parecer, estaba surtiendo efecto. El doctor Mateo palideció, unas gotas de sudor le caían por sus sienes.

—Inspectores, no es necesario que lleguemos a eso. Les dejaré esas fichas, pero con la condición de que no salgan del centro. —Se levantó al archivador, el cual era de metal en color blanco y tenía tres cajones. Sacó una pequeña llave del cajón de su escritorio, abrió el cajón del medio, y pasó los expedientes hasta dar con el que buscaba.

Erik sonrió triunfal, su estrategia había funcionado. Sara lo miraba de reojo para indicarle que observara el archivador, pero este no lograba averiguar lo que trataba de decirle.

El doctor cogió rápidamente, sin quitarles ojo a los inspectores, un par de hojas que había dentro de una carpeta. Volvió a cerrar con llave y se sentó otra vez en su silla.

—Aquí tiene, inspectora. —Le tendió las dos hojas a Sara.

Sara las revisó, aunque apenas había información: nombre, apellidos, dirección y teléfono. Y en el informe médico, los resultados de alguna analítica y algún texto en el que explicaba el estado en el que se encontraba anímicamente.

—¿Esto es todo? —Miraba desconcertada al doctor—. Aquí falta

información.

Volvió a sentir una vibración procedente de su teléfono, lo sacó de su bolsillo y leyó el mensaje de Rubén: «Inspectora, ya tengo el informe de la autopsia». Tras leerlo, volvió a introducir su teléfono en el bolsillo.

—Inspectora, estamos cortos de personal administrativo y yo soy un poco desastre para los papeles. Lo guardo todo aquí —dijo señalándose la cabeza—. Si son tan amables y me los devuelven. —Estiró el brazo para que se los devolviera, Sara lo hizo a regañadientes —. Y ahora, si me disculpan, tengo otra conferencia. No hace falta que los acompañe a la salida, ¿verdad?

—No tan rápido, doctor, nos gustaría comprobar algo. Es parte de la investigación, imagino que no tendrá ningún problema en colaborar —le retó Sara—. También nos gustaría hablar con la doctora Martín.

—Por supuesto que no, inspectora, les he ayudado en todo lo que han pedido. —El doctor parecía tener prisa, hablaba acelerado—. Por cierto, no sé a qué doctora Martín se refieren, aquí no trabaja ninguna doctora con ese apellido.

Sara hizo memoria durante un minuto. Los padres de Lorena les dijeron que la doctora Martín trataba a su hija. De hecho, ella fue la que los llamó para decirles que seguiría ingresada una semana más.

—Eso es imposible —dijo sorprendida—, los padres de Lorena nos dijeron que la doctora Martín trataba a su hija, incluso hablaron por teléfono.

—Debe de haber sido un error. Como les he dicho, aquí no trabaja ninguna doctora Martín. Quizá la llamada fue realizada por alguna enfermera y los Beltrán estarán confundidos. —Se levantó de su silla, comenzó a caminar hacia la puerta mientras hablaba—. ¿Qué necesitaban comprobar? De verdad, tengo mucha prisa. Como ya les he informado, estaba en mitad de una conferencia.

—No le vamos a robar mucho tiempo más, doctor. ¿Sería tan amable de llevarnos a la cocina? —preguntó Erik, mientras se levantaban de aquellas incómodas sillas y seguían al doctor hacia la salida del despacho.

21

La sala, donde se encontraba el comedor, era bastante grande comparada con el resto de estancias. Disponía de mesas alargadas, situadas a derecha e izquierda. No había sillas, sino unos bancos del mismo color que las mesas. Las paredes estaban desnudas. No había ventanas, ni cuadros, ni siquiera televisor. Era un lugar bastante deprimente.

El doctor presidía la comitiva. Detrás de él, caminaba Erik. Sara y Marta iban detrás de su compañero, observando cada milímetro. Caminaron hasta el fondo de la sala, donde se encontraba una puerta vaivén con dos ojos de buey. Esa puerta separaba el comedor de la cocina. Tres personas se encargaban de preparar la comida, cortaban verduras y patatas. Una de ellas era Rosa, la auxiliar de cocina. En el fuego, había una olla industrial tapada, de la cual salía una nube de vapor. Cuando el doctor entró, junto a los inspectores y la antropóloga, una de ellas se les acercó.

—Doctor Mateo, qué honor tenerlo en mi cocina. —Sonrió amable Cristina—. ¿Nos trae visita? —preguntó señalando al equipo con la mirada.

—Buenas tardes, Cristina —saludó el doctor—. Los inspectores quieren comprobar algo de la cocina. —Se encogió de hombros—. ¿Sois tan amables, Rosa y tú, de ayudarlos?

—Por supuesto, estaremos encantadas —respondió.

—¿Dónde tienen la despensa? —intervino Erik.

El doctor miró a Cristina, no sabía dónde querían ir, pero ya estaban agotando su paciencia.

—Si son tan amables de seguirme, por favor. —Cristina caminó por la cocina, haciéndoles un gesto para que la siguieran.

La despensa estaba situada detrás de una puerta, al final de la cocina. Era una sala pequeña de unos diez metros cuadrados, repleta de estanterías, en las cuales había un buen repertorio de latas de conservas. En la parte de abajo, se apreciaban envases de leche y de agua. El suelo era de cemento, y junto a una de las estanterías, había una especie de cartón que cubría el suelo.

«Este es el lugar que Lorena describe en su carta», pensó Sara.

—¿Podrían levantar el cartón que hay en el suelo? —pidió la inspectora Torres balanceando su cuerpo de una pierna a otra.

—Inspectora, ¿qué pretende encontrar debajo de un cartón? —El doctor Mateo reía mientras se subía las gafas que se caían a medida

que su risa aumentaba. Ante la mirada de enfado de la inspectora, se aproximó al cartón.

El cartón que reposaba en el suelo era bastante grande, cubría casi toda la zona donde se encontraban las estanterías. El doctor lo cogió por un extremo y, Cristina, por el otro. Durante un segundo, se paró el tiempo. Los inspectores y Marta ni siquiera respiraban, atentos a lo que habría debajo de ese cartón desgastado. Al retirarlo, lo único que había era cemento; el mismo que cubría el resto de la estancia. A Erik le llamó la atención que estuviera tan bien conservado, daba la sensación de que lo habían puesto hacía muy poco.

—¿Ya ha saciado su curiosidad, inspectora? —la retó el doctor, con una sonrisa de lo más desagradable.

—Este suelo se ha puesto hace poco —afirmó Erik.

—Lo cambiamos hace una semana, ya que el antiguo estaba muy deteriorado. Una de nuestras cocineras sufrió una caída. Si quieren, pueden hablar con ella.

—No será necesario —contestó Sara irritada—. Si nos lleva a la habitación de Silvia, ya no lo molestaremos más.

Sara sabía que allí estaban perdiendo el tiempo, no obtendrían nada de ese hombre. El camino hacia la habitación se hizo en silencio. Erik recordó la historia que Silvia contó sobre el descubrimiento de unos huesos.

—Doctor, Silvia nos explicó que el centro tuvo un derrumbe durante la reforma y se encontraron restos humanos de bebés.

—Me temo que solo es una leyenda que algún paciente divulgó como historia de terror. Ya sabe, inspector. Un psiquiátrico abandonado en medio de un bosque, sin civilización alrededor, siempre esconde una historia escabrosa. —Emitió una fuerte carcajada —. La gente ve demasiadas películas de terror. Bueno, ya hemos llegado —dijo señalando la puerta que tenía enfrente.

En aquella habitación, aparte del mobiliario, no había nada más. Podría haber sido la habitación de Silvia o de cualquier otra persona. La cama estaba en el medio, completamente desnuda. Las puertas del armario estaban abiertas y dejaban ver su vacío interior. Los inspectores registraron la estancia en busca de alguna pista, pero no encontraron nada. El leve olor a lejía les indicaba que habían limpiado a conciencia.

—Gracias por su colaboración, doctor Mateo. —Sara le tendió la mano para despedirse—. Seguiremos en contacto.

El doctor les tendió la mano y desapareció por el pasillo sin acompañarlos. De camino a la salida del centro, se cruzaron con Iker y con un celador, quienes iban absortos en su conversación.

—Disculpa. —Sara llamó la atención de Iker.

Este se paró y se despidió de su compañero.

—Buenos días, inspectora. ¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó amable.

—¿Eras el enfermero de Silvia?

—Soy el enfermero de todos los pacientes en el turno de mañana, aunque a veces cambio el turno con algunos compañeros. Me han informado de que a Silvia le han dado el alta.

—¿La viste el día que se marchó? —preguntó.

—No. Cuando llegué al hospital, ya no estaba. ¿Ha pasado algo?

—No, simplemente queríamos hablar con ella sobre Lorena —mintió—. Gracias por tu tiempo.

—Que pasen un buen día, inspectores.

—Gracias, igualmente.

Al pasar por el mostrador de la entrada, Raquel estaba al teléfono, pero les sonrió en señal de despedida y el equipo hizo lo mismo.

Pusieron rumbo hacia la civilización, aquel lugar los incomodaba en exceso. Cruzaron la puerta de hierro que permanecía abierta. A pesar de ser mediodía, el sol se había escondido detrás de unas nubes negras. «¿Por qué este lugar siempre tiene un aspecto tan siniestro?», se preguntó Erik.

Sara esperó a estar tan alejada del hospital como para no ser vistos, tenía una idea en mente.

—Erik, para el coche. Vamos a hacer una pequeña excursión —dijo misteriosa.

22

Una espesa niebla apareció de la nada, el suelo estaba empapado debido a la humedad y a una fina lluvia que había comenzado a caer. El viento mecía los árboles sin cesar emitiendo un débil sonido y perturbador, como si el bosque se estuviera comunicando entre sí. Sara y Erik caminaban por el lateral de Santlaú por la parte exterior de la valla. Marta había decidido esperarlos en el vehículo, no se encontraba bien. Santlaú la había debilitado en exceso. Solo había visto a los espíritus de aquellos niños; sin embargo, durante toda la visita del hospital, la acompañó una sensación de inquietud.

El camino, por el que los inspectores avanzaban, estaba cubierto de maleza, musgo y piedras. Nadie se había tomado la molestia de arreglarlo. Caminaban despacio, ya que la niebla y la fina lluvia les impedían ver lo que tenían delante. Erik miraba extrañado a su compañera.

—¿Qué buscas? —preguntó muy intrigado.

—Busco cómo colarme en Santlaú. —Le hizo una señal para que hablara más bajo—. No quiero que nos pillen.

—¿Estás loca? —susurró—. ¿Cómo nos vamos a colar en el psiquiátrico? ¿Has visto las cámaras que hay en la entrada? Seguro que tienen por todas partes.

—Dentro del centro no hay. —Se retiró un mechón mojado de la cara—. Me he fijado hoy. Además, me ha parecido ver algo muy raro cuando el doctor Mateo abría el archivador. Tiene los archivadores en su propio despacho y bajo llave; solo alguien que esconde algo cierra sus propios cajones con llave. El personal de Santlaú, o no sabe nada de Lorena y Silvia, o saben demasiado.

Erik iba a preguntar qué le había llamado la atención, pero se paró de repente por un extraño ruido. Miró a su alrededor, pero esa maldita niebla no lo dejaba ver más allá de lo que tenía delante.

—Sara, ¿has oído eso? —preguntó poniéndose el gorro de su chaquetón. La lluvia había comenzado a apretar, Sara lo imitó con el suyo.

—No he oído nada. Sería algún animal, aunque espero que no encontremos a ningún jabalí.

Siguieron la marcha más deprisa, sin parar de mirar a su alrededor. La propiedad era más grande de lo que esperaban. La valla que la rodeaba era de obra, pintada de blanco. Apenas se podía apreciar, ya que las enredaderas se habían apropiado de ella. En la parte superior,

tenía barrotes de hierro forjado. Entrar por ahí quedaba descartado, estaba demasiado alto.

Unos metros más adelante, la valla desapareció; no porque la propiedad hubiera terminado, sino porque no estaba terminada. Se miraron sin entender nada. La niebla había comenzado a disiparse y dejó a la vista un pequeño llano, donde avanzaron hasta llegar a un pequeño cementerio. El exceso de maleza, la niebla y la lluvia le daban un aspecto lúgubre. Había varias lápidas. Los inspectores se acercaron para leer los nombres de las personas que descansaban allí, pero estaban tan deterioradas por el tiempo que no alcanzaron a leer nada. Esas lápidas llevaban demasiado tiempo abandonadas. Junto a la pared del fondo, una valla —mucho más antigua— separaba el centro psiquiátrico del camposanto.

Sara tocó la valla y sintió en sus dedos una construcción envejecida y deteriorada por los años. Una pequeña puerta se ocultaba entre la maleza. Probó a abrirla, pero estaba cerrada.

—Seguramente esta valla era la original antes de Santlaú —dijo Erik.

—Mira esto. —Sara señaló un mausoleo, situado al otro extremo del camposanto. Parecía incrustado en la pared.

Ambos avanzaron hacia él. Se conservaba en perfecto estado, nada que ver con el resto de lápidas que lo acompañaban en ese tétrico lugar. Se acercaron con sigilo, sin hacer el menor ruido. Tallado en la piedra, se leía una inscripción: «En memoria de la familia Huber».

Una mano agarró a Sara del brazo, quien emitió un grito que retumbó por todo el cementerio. El vello de su nuca se había erizado, como si de un gato se tratara. Al girarse, una figura oscura se encontraba junto a ella. Respiró un par de veces para que sus pulsaciones volvieran a la normalidad. Fijó la vista en la persona que la tenía agarrada del brazo.

—Por Dios, hermana, casi me mata del susto —dijo alterada.

Erik había sacado su arma reglamentaria y apuntaba directo a la cabeza de la hermana Elisa. Esa mujer era como un ninja, no la habían oído acercarse.

—Hermana, no sea tan sigilosa, podría haberla matado —le reprendió bajando su arma y volviendo a introducirla en su funda sobaquera.

La hermana Elisa miró a los inspectores y se llevó un dedo a sus labios.

—¡Shhh! —chistó la monja—. Nadie debe saber que estoy aquí. Los he visto dirigirse hacia el bosque y los he seguido, quería hablar con ustedes. Tengo algo importante que contarles. Si me dejan una tarjeta, los llamaré. —Estaba muy nerviosa, las manos le temblaban—. No puedo estar aquí mucho tiempo, no quiero que noten mi ausencia.

—¿No nos puede adelantar nada? —preguntó intrigada, mientras sacaba una de sus tarjetas del bolsillo y se la ofrecía.

—Lo siento, inspectora. Es mejor que lo haga cuando me encuentre en un lugar seguro. —Cogió la tarjeta que le ofrecía y la guardó en su hábito, todavía con las manos temblorosas.

—¿Está en peligro? —preguntó Erik, observaba cómo la diminuta monja se estremecía.

—No se preocupe, mientras no sepan que estoy con ustedes, estaré bien. —Elisa miraba constantemente a su alrededor.

—¿Quiénes son los que no pueden saber que está aquí? —insistió Sara.

—Inspectora, por favor, no insista. Ahora no es el momento ni el lugar. Por cierto, ¿qué hacen en el cementerio?

Sara pensó durante un minuto si confesarle sus intenciones, quizás ella les pudiera ayudar en su aventura extraoficial.

—Buscamos una entrada alternativa al centro, queríamos hacer una visita no oficial. ¿Conoce alguna entrada?

La hermana Elisa asintió.

—Hay un pasadizo dentro de este mausoleo. Cuando entren, sigan el pasillo recto, pero no bajen las escaleras; se perderían. Hay una red de túneles subterráneos debajo de Santlaú. Si suben por el tramo de escaleras, aparecerán en el hospital. No se preocupen por la vigilancia, no la hay. El guardia de seguridad fue despedido hace unos días, y aunque vean cámaras, no funciona ninguna —explicaba casi sin respirar—. Una cosa, si van a colarse, háganlo a partir de las doce de la noche; el lugar estará tranquilo. Los llamaré sobre las diez de esta noche.

—Hermana Elisa….

Erik se quedó con la palabra en la boca, aquella enigmática monja se había dado la vuelta y ya estaba en la salida del camposanto.

—Increíble, pero ¿cómo puede caminar tan deprisa? —Miró a Sara y esta se encogió de hombros—. Será mejor que nos vayamos antes de que alguien nos vea.

◆◆◆

Marta estaba intranquila y nerviosa. A pesar del frío y la humedad del lugar, un intenso calor recorría todo su cuerpo. Bajó la ventanilla para respirar aire fresco. Cogió todo el aire que pudo por la nariz, llenó sus pulmones y lo expulsó por la boca muy despacio. Repitió el ejercicio un par de veces más, tal y como le había enseñado su profesor de yoga. Una desconocida voz la sacó de sus ejercicios de respiración.

—¡Marta!

Una voz apagada y susurrante la estaba llamando.

—Erik, Sara, ¿sois vosotros?

Al no obtener respuesta, se dirigió al bosque en busca de esa misteriosa voz. Caminó poco a poco a paso lento, introduciéndose en el espeso bosque y con la niebla cubriéndole la parte baja del cuerpo. Apoyado en un árbol, se encontraba un hombre. Iba vestido con ropas muy elegantes. Tenía la mirada perdida, y su rostro reflejaba preocupación. Marta se paró a escasos metros de él, su cara le sonaba. Trató de hacer memoria, ¿dónde había visto a ese hombre?

—Disculpe, ¿se encuentra bien? —preguntó algo intranquila.

El hombre la miró fijamente. Entonces, lo recordó; era la misma persona que vio la noche anterior en el bosque. Quiso correr, pero sus piernas no le respondían. El hombre se acercó a ella, alargó el brazo en su dirección. Los pies de Marta estaban anclados a la tierra, y cada vez lo tenía más cerca. Estaba a punto de tocarla.

—¡Marta! ¡Marta! —Sara la llamaba sin parar—. Erik, ¿qué hacemos? ¡No responde!

Ambos inspectores se situaron delante de su compañera, la zarandeaban para que respondiera, pero no lo hacía. Se encontraba en una especie de trance.

Marta sintió que alguien la zarandeaba, abrió los ojos y vio a sus compañeros delante de ella con caras de preocupación. Ella, sin embargo, lo primero que hizo fue mirar a su alrededor en busca de aquel hombre. No lo halló por ningún lado, se había evaporado.

—Chicos, estoy bien. —Intentó tranquilizar a sus compañeros.

—¿Qué te ha pasado? Estabas aquí en medio, sin moverte. Te llamábamos, pero no reaccionabas —explicaba Sara—. Llevamos un rato intentando que volvieras a ti.

Marta se enjuagó las lágrimas que caían por sus mejillas. Lloraba de impotencia, ya que no entendía cómo no consiguió controlar su propio cuerpo.

—Una voz me llamó, pensé que erais vosotros —explicaba mordiéndose el labio—. Entonces, lo vi. Era el mismo hombre que vi anoche en el bosque, y él… intentó tocarme. —Un frío recorrió todo su cuerpo—. Nunca había sentido nada igual. No podía moverme, era como si me hubiera arrebatado toda mi energía.

Sara y Erik se miraron preocupados.

—¿Tienes alguna idea de quién era ese hombre? —preguntó Erik, le ofreció su plumón a su compañera que no paraba de temblar.

—Lo único que sé es que no pertenece al mundo de los vivos. Chicos, por favor, vámonos de aquí, necesito descansar.

—Marta, cuando te encuentres mejor, necesito que averigües lo que puedas sobre la familia Huber. Hay un cementerio en la parte trasera de Santlaú, y en él, un enorme mausoleo que pertenece a esa familia. Está en bastante buen estado, en comparación con el resto. —

Sara recordó que le llamó la atención el estado en el que se encontraba—. Es muy raro que solo se preocupen por él.

—Eso está hecho, jefa. Me pondré a ello después de descansar, me irá bien para tener la mente distraída.

23

La única iluminación de la sala era la de las velas y los cirios, un olor a incienso invadía cada rincón de aquella estancia. Se dirigió a la estrella de cinco puntas y la encendió; unas sombras oscuras brillaban por las frías paredes al son de las velas. Después, cogió el cáliz negro del altar y bebió; un pequeño hilo rojizo cayó por la comisura de su boca.

Unos pasos interrumpieron en la sala. Un miembro de su pequeño séquito se acercaba, era la persona más atroz y sanguinaria de todos ellos.

—Señor —bajó la cabeza en señal de sumisión—, tengo algo importante que contarte. —*Él* le hizo una señal con la cabeza para que continuara—. La hermana Elisa está empezando a ser un problema. No aprueba nada de lo que hacemos, me temo que quiere abandonar nuestra causa. —Hizo una pausa tras ver la reacción de *él*—. Los inspectores han curioseado por el camposanto y he visto que hablaba con ellos. Ha sido una conversación breve, no sé qué les habrá contado. No he conseguido escuchar nada, pero no me fío de ella.

Eso no se lo esperaba. La furia creció en su interior, ¿cómo osaba esa monja a traicionarlo?

—Tenla vigilada. Si hace algo indebido —sonrió de satisfacción—, ya sabes lo que tienes que hacer. Cuando todo esto haya terminado, te tendré en cuenta para mis planes.

Había esperado demasiados años para su resurgir, y estaba a punto de conseguirlo. No permitiría que nadie lo estropeara, y menos esa estúpida monja con problemas de conciencia.

◆◆◆

La hermana Elisa comprobó que el séquito al completo había acudido a la misa negra que celebraban todas las noches. Puso la excusa de no encontrarse bien, por eso ella no asistiría. Sabía que no la creerían, así que tomó salvia de la hiedra que cubría las proximidades del hospital; la cual provocaba vómitos y diarreas. Tenía que hacer creíble su coartada, por lo que sufrió con las consecuencias.

Se dirigió hacia el despacho del doctor Mateo, cogió el pomo con sus huesudas manos y lo giró muy lentamente. No encendió la luz para evitar ser descubierta y se dirigió al teléfono con la tarjeta de la inspectora Torres en la mano. Marcó el número, y quedó a la espera. Al tercer tono, escuchó su voz.

—Hermana, estábamos esperando su llamada.

No tenía tiempo para formalidades, quería terminar esa llamada y huir a su habitación.

—Inspectora, no tenemos mucho tiempo. Santlaú no es lo que parece, hay algo oscuro y siniestro aquí. Han despedido a casi todo el personal y han dado de alta a los pacientes que quedaban. Al parecer, la orden viene de altos cargos del Hospital Psiquiátrico de Sant Boi, pero….

La inspectora Torres interrumpió el discurso de Elisa.

—¿A los pacientes de la segunda planta también?

—Inspectora, en la segunda planta no hay pacientes; de hecho, nunca los ha habido. —Escuchó un ruido procedente del pasillo—. Inspectora, todo empezará con el Anillo de Fuego. Por favor, tienen que pararlo.

—¿Qué es el Anillo de Fuego? —preguntó, sin comprender que trataba de decirle—. Hermana Elisa, ¿sigue ahí?

—Sí, inspectora, sigo aquí. —Escuchó otro ruido procedente del pasillo—. Por favor, tiene que investigar a la familia Huber y el Anillo de Fuego. Lo siento, pero tengo que colgar.

La hermana Elisa colgó el teléfono, y al darse la vuelta, vio por el rabillo del ojo una sombra detrás de ella. No tuvo tiempo para girarse y averiguar quién era. No le tenía miedo a la muerte, había vivido una vida plena y feliz. Lo único que lamentaba era estar aquella noche en Santlaú. Se equivocó al tomar la decisión de formar parte de aquel maldito séquito.

La persona encapuchada se dirigió a Elisa, esta ni siquiera se dio la vuelta. «La muy cobarde», pensó. Abrió la caja que llevaba entre sus manos y esparció su contenido sobre la monja. Elisa gritó horrorizada tras ver miles de arañas lobo recorriendo todo su cuerpo. Esa era su mayor fobia: la aracnofobia; esos bichos de pequeñas patas peludas la aterrorizaban.

Cayó hacia delante y se partió la nariz contra el suelo; la sangre que manaba por su garganta le impedía hablar. Las arañas recorrían su cuerpo picándole sin cesar, sentía que sus largas patas peludas tocaban su piel mientras se recreaban en cada una de sus extremidades. Su ritmo cardíaco aumentó junto a su respiración. Su agresor le dio la vuelta para dejarla boca arriba, quería que sus miradas se encontraran. Abrió su boca y agarró su lengua, menos resbaladiza de lo que esperaba; el pánico se la había secado. Los ojos de la monja suplicaban clemencia, pero no la tendría. Elisa temblaba. Sabía que su tiempo estaba a punto de terminar; se sentía tan débil que no pudo defenderse, ni siquiera pudo cerrar su boca mientras una de las arañas se introducía dentro. Lo único que pensó fue «que termine rápido». Lo siguiente que sintió fue como una fría hoja de

metal se introducía en su boca. Antes de que llegara la eterna oscuridad, lo último que vio fue su lengua en la mano de esa persona encapuchada. Y lo último que escuchó, fue una horrible carcajada seguida de una frase.

—Ahora ya no podrás hablar, saluda a tu Dios de mi parte.

El cadáver de Elisa yacía inerte en el suelo del despacho del Dr. Mateo. La persona que acababa de terminar con su vida, la agarró de una pierna y la sacó del despacho. Esa vez la escondería bien, esos inspectores jamás encontrarían el cadáver. En el pasillo, dos miembros del séquito ayudaron a transportar a una Elisa sin vida hacia el peor de los destinos: el olvido. No tendría una tumba donde llorarla o llevarle flores, sería como si nunca hubiera existido.

24

Jafra, 1945

Elías comprobó que su esposa dormía. Después de aquella terrible pesadilla, había pasado unos días muy agitada. En varias ocasiones, le volvió a proponer que se fueran de allí y volver a Austria, pero él se había negado una y otra vez. Para calmar sus nervios, antes de dormir, le preparaba una infusión en la que introducía unas gotas de un suave sedante para que descansara durante toda la noche. Se levantó de la cama y se dirigió a la sala secreta, donde se reunía con sus nuevos amigos. Por fin le explicarían quién era aquel que querían traer a la Tierra, el que le concedería un hijo sano y sería su recipiente. Y quién sabía, quizás ese ser curaría a sus otros hijos; esa posibilidad aún estaba en el aire.

La curandera le explicó cómo acceder a los túneles desde el interior de su propiedad; solo tenía que bajar al pequeño sótano que nunca había utilizado —estaba en bastantes malas condiciones—, y en el suelo, estaba escondida la puerta que accedía a las entrañas de su hogar. Había más entradas, pero aún no había conseguido que se las enseñaran. Quería tapiarlas e impedir que sus nuevos amigos camparan a sus anchas sin permiso por su casa.

Antes de abrir la puerta, cogió una linterna que unos días atrás dejó allí para cuando la necesitara. Abrió la puerta y bajó las escaleras hasta que sus pies llegaron al frío pasillo que conducía a los pasadizos. La oscuridad de aquel lugar era demasiado tétrica. Encendió la linterna y caminó hacia la sala donde lo esperaban.

En la sala de ceremonias, nombre con el que Elías bautizó ese lugar, se encontraban todos los miembros. Estaban sentados en completo silencio, pero su llegada los alegró y se levantaron a recibirlo.

—Compañeros, ¡tengo algo que contaros! —anunció Elías entusiasmado.

Jonás se acercó a él con algo entre sus manos.

—Amigo Elías, te veo pletórico, seguro que tus noticias serán buenas. —Jonás le obsequió con una túnica negra—. Pero, primero, ponte esto. Ya eres uno de nosotros, y, por tanto, tendrás que vestir con ella cuando bajes aquí.

Elías asintió, sentía orgullo de llevar esa túnica. Para él, significaba mucho. Se la colocó encima de las ropas que llevaba.

—Gracias, este obsequio significa mucho para mí —mostró su

agradecimiento—. Como os decía, tengo buenas noticias. Hace un par de días, mi mujer tuvo un sueño.

Elías les explicó entusiasmado el sueño de Sophia, sin dejar de gesticular y sonreír. Una vez que terminó de explicarlo, observó la reacción del resto de los miembros. En sus caras, había asombro e ilusión.

—¿Y bien? —preguntó, al ver que nadie reaccionaba—. Es algo bueno, ¿verdad?

—Bueno no, ¡buenísimo! —rompió el silencio María—. No nos equivocamos contigo. Tienes algo especial, amigo, tú y tu familia; por eso Agramon os ha elegido.

—¿Quién es ese Agramon? —preguntó Elías intrigado.

Elías sentía una emoción que hacía mucho tiempo que no sentía: esperanza. Ese Agramon pondría fin a su sufrimiento de una vez.

La curandera se levantó y se dirigió hacia el altar, sacó unas cerillas de su túnica para encender las velas y los cirios situados sobre él.

—Primero, lo honraremos con la fuerza de las llamas de estas velas. —Se colocó la capucha de su túnica, miro a Elías con una sonrisa amarillenta y comenzó su relato—: Agramon es un demonio, pero no uno cualquiera; es el demonio del miedo. Lleva siglos intentando encontrar un recipiente para emerger de los infiernos y gobernar la tierra. —Se sentía orgullosa de que la hubiera elegido para su cruzada—. *Él* te eligió a ti y a tu esposa; sin embargo, ella ya ha tenido el honor de conocerlo en su sueño.

El rostro de Elías había perdido todo su color.

—¿Un demonio? —exclamó asustado—. Son seres muy peligrosos, ¿nos podemos fiar de él?

—Amigo Elías, *él* os ha elegido, no tienes nada que temer. —La curandera bajó del altar, y se acercó cogiéndole las manos—. Ahora te diré lo qué vas a hacer con Sophia: tienes que traerla a la próxima sesión y que nuestro señor prepare su cuerpo para el hijo que engendrará. Te aconsejo que le des esto. —De su túnica, sacó una bolsita llena de hierbas—. Es beleño negro. Al tomarlo, Sophia tendrá alucinaciones y su mente se abrirá; por lo tanto, no sabrá si lo que ocurre es real o un sueño. ¿Entendido? —Miró a Elías, quien asintió.

—¿Sophia sufrirá algún daño? —Un sudor frío recorrió su espina dorsal.

—Por supuesto que no. Debes ajustar la dosis del beleño negro, solo queremos confundirla. Una cosa muy importante: tenemos que ser muy certeros. El nacimiento de tu hijo tendrá que coincidir con el próximo Anillo de Fuego; de esa forma, la invocación a Agramon será completada. —Contó mentalmente el tiempo que quedaba—. Quedan diez meses para que ocurra, no tenemos mucho tiempo.

—Así lo haré. —Elías parecía más calmado. Si ese demonio lo había elegido a él y a su familia, nada podía salir mal. ¿O sí? Por un momento, una leve duda acudió a su mente.

—Hoy le ofreceremos a Agramon un pequeño obsequio, pero primero, bebamos todos de este cáliz.

María cogió el cáliz del altar y se lo ofreció a todos los miembros, incluido Elías. Notó como ese líquido rojizo se deslizaba a través de su garganta. Un sabor metálico lo alteró, le habían dado sangre, la cual le produjo una arcada que controló. Su mente empezaba a nublarse, veía a sus compañeros y los oía, pero era como si se encontrara fuera de su cuerpo y fuera un simple espectador. Estaba seguro de que ese cáliz contenía algo más que sangre.

Dos de sus compañeros salieron de la habitación, y aparecieron —a los pocos minutos— con una chica. La sujetaban por los brazos. Estaba totalmente desnuda. La cabeza le caía hacia abajo, tenía el aspecto de una muñeca vieja y rota. Arrastraba sus pies, y de una de sus muñecas, corría un reguero de sangre. Le quedaba poca vida.

En ese momento, Elías tuvo la certeza de que la sangre que acababa de beber era de esa chica. Observó cómo la subían al altar y la tumbaban. Elías la miró a los ojos; ya no quedaba nada en ellos, solo un vacío. Estaba a punto de morir.

La curandera presidía el altar. Colocaba con esmero varios objetos alrededor de la chica, quien se convertiría en el sacrificio para Agramon. Colocó un cáliz negro, en el que estaba grabado un pentagrama, una cruz satánica y varias calaveras. María se giró para buscar una caja de madera y la colocó sobre el altar. La abrió lentamente, y de ella, extrajo huesos humanos. Eran los huesos de los bebés que murieron por no haber soportado el poder de Agramon. Los colocó a la izquierda de la chica. Por último, la rodeó de velas y grandes cirios.

Elías miraba sin pestañear lo que ocurría a su alrededor. La imagen que su retina recibía lo horrorizaba, pero no tenía otra opción. Deseaba deshacerse de la horrible maldición que pesaba sobre su familia.

Sus compañeros se pusieron de rodillas y él los imitó. La curandera comenzó a recitar algo en latín —la invocación al demonio—, todos se levantaron y se colocaron alrededor de la chica. Con una daga, le hicieron un corte profundo en la muñeca sana. La sangre corría sin mesura por el altar y cayó dentro del cáliz que Jonás sujetaba. Durante el proceso, los rezos y los cánticos inundaban el habitáculo.

La vida de aquella chica se escapó delante de aquellas personas, para quienes no significó nada. No sintieron remordimientos, sino que se alegraron. Su señor recibiría esa alma para atormentarla hasta que descendiera de los infiernos y gobernara la Tierra. Jonás se dirigió al

centro de la sala y vertió el contenido del cáliz sobre una pequeña grieta que descendía hasta el mismísimo infierno.

Las mismas personas que trajeron a la chica, la volvieron a coger y se la llevaron a rastras hacia la habitación contigua, donde la dejarían hasta que su cuerpo se consumiera.

María se dirigió hacia Elías.

—¿Estás preparado para darle un recipiente a nuestro señor? —preguntó, cogiéndole la mano.

—Por supuesto que sí —dijo titubeando, lo que acababa de presenciar lo había horrorizado. Por un segundo, se preguntó si estaba obrando bien.

—Cuando tu esposa esté en cinta, una vez a la semana, la bajarás aquí. Prepárale cada día una infusión con esta mezcla. —Le tendió una bolsa con plantas secas—. Son para mejorar su fertilidad. Una vez esté embarazada, el día que la traigas, recuerda darle la dosis de beleño negro. —María vio que a Elías no le convencía la idea—. Créeme, es por su bien. Si se entera de lo que vamos a hacer, ¿qué crees que hará?

Elías sabía que la curandera tenía razón. Sophia jamás se prestaría a ser la madre de un demonio. Es más, pensaría que había perdido la cordura; él también lo creía.

—Lo entiendo, y tienes razón. No te preocupes, se lo daré.

Cogió la bolsita, se la guardó y se dirigió a la salida para ir junto a su mujer. Cuando estaba a punto de salir, la voz de la curandera hizo que se parara.

—Elías, necesitamos que Sophia quede en cinta. Falta muy poco para el Anillo de Fuego.

25

En la actualidad

La lluvia había cesado y el cielo despejado dejó que la Luna hiciera su aparición. El bosque permanecía en calma, como siempre en aquel lugar. Sara y Erik habían estacionado el vehículo a varios kilómetros de Santlaú. No querían que nadie los descubriera, y mucho menos antes de colarse en el hospital. Después de la rápida llamada por parte de la hermana Elisa, Sara llamó a Marta para pedirle que —aparte de investigar a la familia Huber— buscara información sobre el Anillo de Fuego. Necesitaban volver a hablar con la monja, estaba segura de que sabía más de lo que contaba. Le sorprendió que le dijera que despidieron a la mayoría del personal y que ya no quedaban pacientes en el hospital. ¿Por qué? Ese hospital era una mina de oro. Además, tenía un mal presentimiento; la llamada se cortó de repente.

Caminaban en silencio. Sara estaba sumida en sus pensamientos, mientras Erik la observaba.

—¿Estás pensando en la hermana Elisa? —preguntó con un susurro.

—No dejo de darle vueltas a lo que nos ha contado: el despido de la mayoría del personal, el que le hayan dado el alta a todos los pacientes… —Se paró en seco y miró a Erik—. Además, ¿por qué ha dicho que no hay pacientes en la segunda planta? Cuando entremos, vamos a tener que registrar ese sitio a conciencia.

—No te preocupes, no nos iremos sin respuestas. —Erik la atrajo hacia él para besarla—. Por cierto, esta nueva faceta tuya de delincuente, me encanta.

—A veces, hay que tomar medidas poco ortodoxas —dijo Sara dando un pequeño codazo cariñoso a su compañero—. Es evidente que en este hospital está pasando algo. Si pedimos una orden de registro, tendrán tiempo para esconder lo que no quieren que encontremos. De esta manera, los pillaremos por sorpresa. —Sacó una pequeña linterna del bolsillo, unas nubes acababan de tapar la Luna e impedían la visibilidad—. Sé que Zabala no lo aprobaría, pero si se entera, nos cubrirá. Le conviene.

Ante ellos, apareció la verja del psiquiátrico, y caminaron hasta introducirse en el espeso bosque que conducía al camposanto. Los únicos sonidos que los acompañaban eran el crujir de las hojas a su paso y el ulular de un búho. Un par de murciélagos volaron demasiado bajo, haciendo que Erik se agachara para evitar chocar contra ellos. El

pequeño camposanto hizo su aparición, Sara alumbraba con su linterna hacia el suelo para ver por donde pisaban. Parecía que las nubes habían retenido a la Luna negándose a dejarla libre.

El mausoleo de los Huber tenía un aspecto más tétrico que aquella mañana. Lo que, a plena luz del día, parecía cuidado y estéticamente bonito, ahora era siniestro, frío y deprimente. Era una pequeña construcción de piedra con un tejado en A, el cual tenía una pequeña ventana redonda con una cruz grabada; debajo, había un grabado —tallado en la piedra— en el que se leía «Familia Huber». La puerta era de hierro forjado hasta la mitad; el resto combinaba pequeños cristales de colores con hierro. Erik empujó la puerta, que al abrirse, emitió un pequeño chirrido. Miró a Sara y esta le hizo un gesto para que entrara. En la pared de la derecha, había una pequeña placa cubierta de telarañas. Se acercó a ella para retirarlas con la mano.

—Mira. —Le hizo un gesto para que se acercara—. «En memoria de Elías Huber, Sophia Huber, León Huber, Luca Huber y Melinda Huber» —leyó en voz alta—. Esta debe ser la famosa familia austriaca de la leyenda de Jafra.

Erik sacó su teléfono móvil del bolsillo e hizo una foto de la inscripción.

—Son para Marta —aclaró—, seguro que serán de utilidad para cuando investigue sobre los Huber.

—Buena idea.

Prosiguieron su camino hacia el fondo del mausoleo, donde una pequeña apertura los condujo hasta un pasadizo. Las paredes eran de piedra y el suelo de gravilla. Caminaban envueltos en una espesa oscuridad, solo la escasa luz de la linterna los guiaba. Al llegar al final de la gruta, se encontraron con dos tramos de escaleras de piedra; unas subían y las otras bajaban. Recordaron que la hermana Elisa les dijo que no bajaran las escaleras; de lo contrario, se perderían. Sara se asomó al tramo de escaleras que bajaban, pero solo vio más escalones de piedra.

Erik se aproximó a ella para cogerla de la mano y la guio hacia el tramo que subía. Comenzaron su ascenso. Las escaleras estaban bastante empinadas y no parecían tener fin. Después de diez minutos, apareció una puerta de madera, la cual se abrió sin ningún esfuerzo. Se encontraban en una enfermería en la que había una camilla, un frigorífico repleto de medicamentos, y un escritorio de madera con una silla de cuero.

Sara trató de recordar la distribución del centro, tratando de averiguar dónde se encontraban.

—Si no recuerdo mal, la enfermería está cerca del despacho del doctor Mateo. —Guardó la linterna en el bolsillo de su plumón.

—Yo también lo recuerdo. No sé a qué altura, pero estamos cerca.

—Abrió la puerta y se asomó, el pasillo estaba desierto—. Todo despejado, démonos prisa antes de que nos pillen.

Tal y como recordaban, el despacho del doctor Mateo se encontraba en ese mismo pasillo. Se colaron en su interior sin ningún problema. Sara volvió a sacar su linterna mientras se aproximaba al archivador. Tiró del asa una y otra vez, pero no consiguió abrirlo.

—Está cerrado con llave —informó—. Mira en el cajón más pequeño del escritorio, el doctor Mateo guarda una llave ahí.

Erik se aproximó hacia el escritorio, pero el cajón también estaba cerrado. En la parte superior, tenía una pequeña cerradura que no habían visto.

—También está cerrado con llave.

—Vaya, esto no me lo esperaba —dijo disgustada, haciendo un gesto de fastidio—. ¿Qué hacemos ahora?

Erik se acercó al archivador y observó la cerradura.

—Es una cerradura antigua, puedo abrirla. —Observó el cabello de su compañera—. Necesito que me prestes un par de tus horquillas y que me alumbres.

—Luego quiero que me expliques tu faceta de ladronzuelo.

Sara sacó de su cola de caballo un par de horquillas que sujetaban alguno de sus cabellos rebeldes y se las dio a Erik, el cual fabricó una ganzúa con ellas. En pocos minutos, el archivador cedió. Sara abrió el cajón del medio, donde había varios cuadros pequeños. Los sacó uno a uno; no se trataban de fotos, sino de títulos del doctor Mateo.

—Son los títulos del doctor Mateo. —Los observaba con curiosidad —. ¿Por qué esconderlos y no tenerlos en la pared como todos los médicos? Este hombre es una eminencia, no tiene sentido que tenga esto escondido.

—Desde luego, es bastante raro. —Erik abrió el archivador de arriba—. Mira. —Sacó varias carpetas—. Se supone que son los historiales de los pacientes de la segunda planta, pero están vacíos.

—Abre el cajón de abajo —susurró.

Erik abrió el último de los cajones de aquel mueble metálico. En su interior, había varias carpetas.

—Estas sí que tienen historiales dentro —comenzó a leerlos—, pero son cosas básicas: nombres, direcciones y alguna analítica. Quizás el resto de información la tengan informatizada, pero me extraña. Espera un momento. —Abrió una carpeta con el nombre «Fobias» en el exterior—. Sara, tienes que ver esto.

Erik le acercó la carpeta para que leyera la información que tanto le había llamado la atención.

—Esto es muy raro, están apuntados las fobias y los peores temores de todos los pacientes. —Sacó su teléfono móvil e hizo fotos del contenido—. Subamos a la segunda planta, quiero comprobar si hay

pacientes.

Colocaron todo tal y como lo habían encontrado. Erik volvió a cerrar el cajón igual que lo había abierto. Salieron al pasillo y subieron por las escaleras que llevaban al segundo piso. No se escuchaba nada, y no había rastro de nadie por ningún lugar. Parecía como si el hospital estuviera abandonado.

La distribución de la segunda planta era muy similar a la de la primera, a excepción de que allí no había ventanales, sino una pared blanca desnuda.

Los inspectores entraron en una de las habitaciones, y ambos se quedaron perplejos. No había nada, solo una sala vacía sin vida. Procedieron a abrir el resto de las habitaciones, todas estaban vacías.

—¿No se suponía que estaban los pacientes que trasladaron desde el psiquiátrico de Sant Boi? —Erik miraba la habitación sin comprender nada.

—Eso es lo que nos dijeron, tendremos que ir a Sant Boi y preguntar —dijo resignada—. Deberíamos irnos antes de que nos pillen, ya hemos visto suficiente.

—Si no fuera porque hemos estado aquí en varias ocasiones, pensaría que este lugar está abandonado. —Sacó su móvil del bolsillo para mirarlo, Marta le había enviado un mensaje dándole las gracias por las fotos.

Se encaminaron por el desolado pasillo hacia la enfermería. Una vez allí, se introdujeron en el pasillo por el que habían entrado. Bajaron las escaleras de piedra hasta llegar a la bifurcación en la que el tramo bajaba.

—Echemos un vistazo rápido aquí abajo —dijo Sara y señaló las escaleras que bajaban.

El tramo era mucho más profundo de lo que habían imaginado. Se dirigían a las entrañas de Santlaú, el aire era espeso y el ambiente frío y húmedo. Algo, delante de ellos, se empezó a mover.

—Sara, espera —la cogió del brazo—, alumbra allí. —Le señaló el lugar donde algo se movía.

Un grupo de ratas corrieron hacia ellos al recibir la luz de la linterna. Pasaron asustadas por encima de sus pies.

—Qué asco, ¡odio las ratas! —Sara sujetaba la mano de Erik con fuerza.

A Erik se le escapó una pequeña risa.

—¿Te has enfrentado a psicópatas sin escrúpulos y te dan miedo unas ratas?

—Creo que me dan más miedo las ratas que los asesinos —dijo—. Por lo visto, hemos llegado al final.

Las escaleras terminaban en otro pasadizo, el cual tenía otra bifurcación.

—Esto es un laberinto —dijo Sara mirando a su alrededor.

—Eso parece, ¿echamos un vistazo al camino de la derecha? —preguntó Erik.

—Sí, solo espero que no haya más ratas. —A Sara se le puso el vello de punta solo con pensar en aquellos enormes roedores. Erik, en cambio, se echó a reír.

Caminaron durante unos minutos por el pasadizo hasta que encontraron dos puertas ancladas a la pared de piedra. Sara se acercó a la primera de ellas; no tenía pomo, solo una cerradura. Empujó, pero la puerta no se abrió. Erik también lo intentó, pero estaba cerrada con llave. Probaron con la segunda puerta. Al empujar, esta cedió y entraron con mucho sigilo. La pequeña habitación era del tamaño de un trastero. Al fondo de la pared, unas escaleras subían, y siguieron el camino de escalones que los condujo a una rejilla de ventilación. Al retirarla, aparecieron en una de las habitaciones del primer piso.

Ambos se miraron sorprendidos.

—¡Vaya! —exclamó Sara.

—Debemos preguntar a la hermana Elisa, conoce mejor estos túneles. Cualquiera podría pasear por todo el centro sin ser visto. —Sara vio como Erik se quedaba muy serio—. ¿Qué pasa?

—¿Recuerdas que Silvia nos dijo que Lorena dormía con la puerta cerrada porque notaba una presencia en su habitación? —Sara lo miró y comprendió lo que su compañero estaba pensando—. Es posible que tuviera razón, y alguien se estaba colando en su habitación.

—Si Lorena presenció una especie de misa negra, querrían silenciarla. Esas personas conocían estos túneles. —Se masajeó la sien —. ¿Te das cuenta de que aquí abajo tienen lugar esas misas? Esa pobre chica tuvo que pasar un calvario… —Miró a la rejilla de ventilación—. Tenemos que encontrarlo.

—Estos pasadizos son como un laberinto, y lo único que conseguiremos será perdernos. Tenemos que encontrar un plano del hospital, a ser posible el primero de todos. Sabemos que Lorena encontró aquella sala tras abrir una puerta en el suelo de la despensa. Si conseguimos ese plano, sabremos dónde buscar.

—Mañana llamaré al Hospital Psiquiátrico de Sant Boi para concertar una cita, seguro que tendrán algún plano o nos dirán dónde conseguirlo.

No quería irse sin encontrar aquella sala, pero Erik tenía razón. Sin ese plano, estarían dando vueltas y no encontrarían lo que buscaban.

—Nos vamos, pero volveremos.

Erik sabía que Sara se habría quedado toda la noche en busca de la habitación donde celebraban las misas negras. Veía desilusión y frustración en su mirada.

—Encontraremos esa sala y daremos con quién asesinó a Lorena y

a Silvia —dijo para consolarla—. Jugamos con ventaja, nadie sabe que hemos encontrado los túneles.

Salieron todo lo rápido que pudieron. Cuando estuvieron en el exterior, tomaron una gran bocanada de aire fresco. Lo necesitaban.

—Voy a enviarles un mensaje a Rubén y Marta —informó Sara—, tenemos que explicarles lo que hemos encontrado. Aprovecharé para preguntarle a Marta si ha comenzado con la investigación de los Huber y el Anillo de Fuego.

26

Sara abrió los ojos con lentitud. Los primeros rayos de sol se filtraban perezosos a través de la ventana de su dormitorio. Se giró en busca del contacto de Erik, pero su lado de la cama estaba frío y vacío. Se incorporó, se puso las zapatillas y salió de la habitación para ir al salón. Erik se encontraba de pie, junto a la ventana, mientras hablaba por teléfono. Una amplia sonrisa se dibujaba en su rostro, y Sara se paró en la entrada del salón para observarlo. Un leve cosquilleo recorrió su estómago, y sus ojos buscaron el contacto de los de él. Erik le hizo una señal para que se acercara mientras dejaba su teléfono móvil sobre la mesita auxiliar.

—Buenos días, preciosa —saludó Erik acercándose a ella y besándola con dulzura en los labios.

—Buenos días, *rubiales*. ¿Te han dado una buena noticia? —Señaló hacia el teléfono móvil—. Se te veía muy feliz.

—Era mi hermana, me ha dado una gran noticia. —Una sonrisa de orgullo apareció en su rostro—. ¡Voy a volver a ser tío!

—¡Enhorabuena, tito Erik! —Sara rio divertida.

—Y he aprovechado para decirle que tiene una preciosa cuñada española.

Sara se quedó parada durante unos minutos sin saber qué decir. Le asustaba un poco, pero le alegraba que Erik hablara de ella a su familia.

—No quiero que te pongas nerviosa, pero mi hermana me ha dicho que, en cuanto terminemos este caso, nos espera en Reikiavik para la celebración de su embarazo. Mis padres también irán, así que también será la celebración de otro nuevo miembro en la familia. —Erik abrazó a Sara, y le susurró en el oído—: Se van a enamorar de ti en cuanto te vean, igual que yo.

Sara se ruborizó ante las palabras de su *hombre de hielo*.

—Estoy deseando conocer a tu familia. —Miró su reloj de pulsera —. Deberíamos desayunar y salir a comisaría, Marta y Rubén nos esperan.

—Sus deseos son órdenes. Por cierto, he preparado el desayuno. —Erik la cogió de la mano y la dirigió hacia la cocina.

—Si es que te tengo que querer a la fuerza, me obligas. —Una gran carcajada salió de los labios de Sara—. Veamos qué me has preparado para desayunar.

◆◆◆

Marta y Rubén se encontraban en la sala de reuniones a la espera de la llegada de Sara y Erik. Habían introducido los datos para la reunión en el ordenador central. La puerta de la pequeña sala se abrió y los inspectores Torres y Helgason hicieron su aparición; traían consigo cafés y cruasanes para todos.

—Así me gusta, que no perdamos las buenas costumbres —dijo Rubén acercándose a ellos para ayudarlos.

—Nosotros ya hemos desayunado, pero no sabíamos si vosotros lo habíais hecho —explicó Sara.

—Yo siempre salgo desayunado de casa, pero dos desayunos son mejores que uno —comentó Rubén con un cruasán en una mano y el café en la otra.

Marta lo miraba sin parar de reír. Su nuevo compañero pasaba de ser un brillante forense a un niño pequeño en cuestión de segundos. Tomaron asiento, a excepción de Sara, quien se mantuvo de pie frente a ellos. Sería la encargada de presidir la reunión.

—Soy consciente de que esta reunión ha sido un poco precipitada. —Se aclaró la garganta—. Anoche era bastante tarde cuando os avisamos y os agradezco vuestra cooperación. Con un equipo así, da gusto venir a trabajar. —Admiraba a sus compañeros, se sentía muy orgullosa de ellos—. Todos tenemos información que compartir. —El resto del equipo asintió—. Si no os importa, empezaremos nosotros.

Erik se levantó y se situó al lado de Sara, esta le hizo un gesto para que comenzara a hablar.

—Esto no puede salir de aquí, pero anoche nos colamos en Santlaú. Sara tenía una intuición y no falló. —Erik la miró de reojo, orgulloso de su *chica de fuego*—. En el despacho del doctor Mateo, encontramos cosas muy sospechosas: no había ningún tipo de información sobre los pacientes trasladados desde el psiquiátrico de Sant Boi. —Se quedó pensativo—. Algo que nos llamó mucho la atención fue que, todos los marcos con los títulos del doctor, estaban escondidos en su archivador. Por norma general, suelen tenerlos expuestos en sus despachos.

Erik miró a Sara para invitarla a continuar con la explicación.

—Los archivos de los pacientes de la primera planta —Sara retomó la explicación de Erik— estaban incompletos, faltaba demasiada información. El mayor hallazgo fue una carpeta que contiene todas las fobias de las personas ingresadas. —Sacó su teléfono móvil y se lo ofreció a Marta—. Hice estas fotos. Las quería tener impresas para hoy, pero no me ha dado tiempo —se disculpó—. Podéis observar el contenido con tranquilidad. —Rubén se acercó a Marta para ver la información. Al leer el primer nombre y su temor, ambos se sorprendieron—. Exacto, a nosotros nos pasó lo mismo. El primer

nombre es el de Lorena, y su fobia era la pedofobia: el miedo irracional y enfermizo a los niños o bebés.

—Curiosa fobia, nunca la había escuchado —dijo Rubén.

—¿Qué pone en el de Silvia? —preguntó Marta.

Rubén levantó la mano tímidamente.

—Tafofobia, miedo a ser enterrada viva —respondió el forense.

Sara y Erik miraron con asombro a Rubén. ¿Cómo era posible que lo supiera?

—Al hacerle la autopsia, observé que había tierra en sus pulmones —explicó afligido.

El silencio se hizo en la sala, la noticia había impactado al equipo.

—Os comento una última cosa —dijo Sara, mientras se acercaba al armario para coger unas botellas de agua para todos—. Y, después, Rubén, nos informarás sobre los resultados de la autopsia. —Abrió la botella de agua y le dio un gran sorbo, tratando de no pensar en Silvia —. Encontramos unos pasadizos que recorren todo el hospital. Mañana, Erik y yo iremos al Hospital Psiquiátrico de Sant Boi para conseguir los planos y averiguar dónde está la habitación que Lorena describió en su carta. También aprovecharemos la visita para hacer unas cuantas preguntas sobre el doctor Mateo.

Marta y Rubén no daban crédito a todo lo que sus compañeros habían descubierto sobre Santlaú.

—Cuando Lorena explicaba que sentía una presencia en su habitación, ¿es posible que alguien se colara en su habitación por esos túneles? —preguntó Marta.

—Es muy probable —contestó Erik—. Nosotros seguimos uno que nos llevó a una de las habitaciones. Quien conozca esos pasadizos, puede moverse a su antojo por todo el psiquiátrico.

—En ese sitio está pasando algo gordo —intervino Marta—. Yo también he averiguado cosas, luego os las explicaré.

—Rubén, por favor. Cuando quieras, explícanos qué has encontrado en la autopsia de Silvia —pidió Sara.

Este se aclaró la garganta, abrió una carpeta en su pantalla táctil, miró a sus compañeros e indicó a Sara y Erik que tomaran asiento y encendieran sus pantallas.

—He creado una carpeta con el nombre «Autopsia Silvia». —Se revolvió el pelo nervioso. Hablar en público no era lo suyo, prefería su laboratorio. Tocó sobre la carpeta y esta se abrió—. De esta forma, podéis consultarla cuando queráis. —Carraspeó—. El test toxicológico ha dado positivo en beleño negro, igual que Lorena, la drogaron con la misma planta. Sus pies estaban en carne viva, caminó sin calzado por el bosque, y por las heridas, diría que durante bastante rato. Tiene una herida en la cabeza, se la hicieron con una piedra; he encontrado restos de sílice en la herida. Igual que a Lorena, también le amputaron

la lengua. Las heridas del pecho —le dio un trago a su botella de agua, tenía la garganta seca debido a los nervios— fueron realizadas con un cuchillo o algún objeto punzante similar. Tenía varias marcas en los brazos de sujeción. Tengo que admitir que pensé que la habían enterrado viva por error, pero al ver lo que habéis averiguado, dudo que no fuera intencionado.

Todos pensaron lo mismo. ¿Qué clase de monstruo entierra bajo tierra a una persona con vida? Esa pobre chica tuvo que vivir una auténtica agonía antes de morir.

Sara, al ver la cara de sus compañeros, les transmitió ánimos.

—Vamos a coger a los responsables de las muertes de Lorena y de Silvia —afirmó—. Estamos muy cerca, lo presiento. Marta, por favor —le hizo un gesto a su compañera para que se acercara a ella—, es tu turno.

Mientras Marta ocupaba el lugar de Sara para exponer sus hallazgos, miró a su equipo. Ella no había preparado carpetas físicas ni informatizadas. La información recopilada le había llevado toda la noche, apenas durmió un par de horas.

Cogió un bolígrafo que había sobre la mesa, enrolló su melena castaña y lo usó como coletero. Por último, bebió un largo trago de agua de su botella. Ya estaba preparada para comenzar.

—Anoche, cuando Erik me envió las fotos de los nichos de los Huber —lo miró para darle las gracias—, me puse en contacto con un antiguo amigo. —Se puso muy seria—. Como ya sabéis, hace un tiempo estuve en Jafra con un grupo de personas que practicaban *ouijas*. Este colega es uno de mis excompañeros, lo llame a él porque es la persona que más informado está sobre el pueblo de Jafra y su leyenda. Os aseguro que lo suyo raya la obsesión. Sabía que estaría despierto a esas horas de la noche, tiene un blog sobre temas paranormales y lo actualiza por las noches. Manu, mi amigo, me dijo que Huber es el apellido de la familia austriaca de la leyenda de Jafra.

Los miembros del equipo la miraban sin pestañear, tenían todos sus sentidos puestos en su relato.

—Manu me dio una información que nos será de gran ayuda —prosiguió—. Este mes, en Sitges, por primera vez, hay una exposición sobre Jafra. Al parecer, una chica llamada Valeria Luna recibió hace unos meses la herencia de su abuela, y entre sus pertenencias, había una caja con fotos e información sobre Jafra. En honor a la difunta, quiere organizar esta exposición. Manu va a conseguirme un encuentro con Valeria para mañana.

—Muy buen trabajo, Marta —dijo Erik orgulloso. Sara, a su lado, también asintió—. Es una buena noticia, a ver qué averiguas sobre los Huber.

—Que Rubén te acompañe a tu cita con Valeria —ordenó Sara—.

¿Has podido averiguar algo sobre el Anillo de Fuego?

Marta asintió.

—También le pregunté a Manu sobre ello. Me dijo que es un eclipse solar anular poco frecuente, se produce cuando la Luna está lo más alejada posible de la Tierra. Al estar tan alejada, no logra tapar por completo el Sol, y alrededor del astro rey, se observa un anillo dorado que vibra como si de un fuego se tratara. Es de los eclipses que pueden durar más tiempo; alguno ha durado hasta diez minutos. Sucede cada uno, dos o tres años; y no siempre es visible en todos los países. —Se paseaba de un lado a otro de la sala, caminar le ayudaba a que sus ideas fluyeran cuando hablaba en público—. Esa es la parte científica, pero ahora viene la parte paranormal. Este eclipse representa la unión entre la luz y la oscuridad. Se dice que, durante su duración, se abren puertas a otras dimensiones; incluso al mismísimo infierno. El fenómeno es el idóneo para atraer energías negativas. Le expliqué a Manu lo de la misa negra, creo que jamás he visto a nadie tan entusiasmado con un tema tan macabro.

Erik la interrumpió, tenía una pregunta que necesitaba exponer.

—¿Te comentó Manu cuál era su opinión sobre lo qué podría estar pasando?

—Por supuesto —Marta río—, si no, no sería él. Me dijo que, las personas que están detrás de las misas negras, están invocando algo; posiblemente un demonio o un ente diabólico. Algo que vivió en Jafra hace tiempo y que hará su aparición con el Anillo de Fuego.

Marta cogió su móvil y miró el calendario.

—El próximo Anillo de Fuego que se podrá ver en España será dentro de dos días.

—¿Un demonio? ¿Eso es posible? —preguntó Rubén angustiado—. ¿Y dentro de dos días lo invocarán?

—Solo es una teoría de Manu —lo tranquilizó—. Veremos qué encontramos entre los documentos que tiene Valeria.

—Está claro que, demonio o no, las personas que están detrás de los asesinatos de Lorena y Silvia, creen en ello —explicó Sara—. Hay que averiguar si esas personas forman parte del personal de Santlaú o si son simples fanáticos que se cuelan a través de los túneles para celebrar sus ritos psicópatas.

—Yo doy fe de que hay mucha gente obsesionada con ese pueblo. Si alguien conoce esos túneles, pueden estar colándose —intervino Marta.

La antropóloga tomó asiento junto al resto de sus compañeros. Repasaron durante horas toda la información recapitulada. El cansancio empezó a hacer mella entre los miembros del equipo.

—Vamos a dejarlo aquí por hoy —dijo Sara bostezando—. Cuando sepas la hora a la que quedarás con Valeria, infórmanos —se dirigió a

Marta—. Mañana, Erik y yo iremos a Sant Boi para pedir los planos de Santlaú y para hacer unas preguntas. Estáis haciendo un trabajo excepcional, chicos.

27

Jafra, 1945

Sophia odiaba con todas sus fuerzas a Elías. El hombre más maravilloso del mundo, el que la hacía sentir especial y al que eligió como esposo para pasar junto a él toda su vida, se había convertido en un ser despreciable, cruel y perverso.

Su comportamiento cambió —si era posible— a peor tras la noticia de su embarazo. Sophia estaba preocupada, tenía miedo que su nuevo bebé naciera con la misma enfermedad que sus hermanos. No contaba con volver a quedarse en cinta; sin embargo, pasó. En cambio, Elías estaba eufórico y no sentía temor alguno; cosa que a Sophia le extrañó.

Lo primero que Elías hizo fue lo más cruel que Sophia se podía imaginar: construyó una habitación en los pasadizos de la masía. Allí instaló a sus dos hijos. Su mujer se opuso con todas sus fuerzas, no podía permitir que encerrara a sus pequeños como si fueran monstruos a los que hay que esconder. Elías le decía que era por el bien de los niños, que los mantendría cerca de una posible cura.

Ella lloraba día tras día. Sus pequeños estaban deprimidos, no entendían el porqué de aquel castigo; ellos solo querían jugar en el laberinto del jardín. Sophia se pasaba las horas jugando con ellos. Mandó construir juguetes de madera, un caballito y coches tallados en madera, incluso alguna muñeca, pero ningún juguete los animaba. Cada día estaban más débiles y Elías no daba su brazo a torcer, ni siquiera permitía que salieran media hora al jardín.

Las noches eran lo peor, se negaba a dormir, pero lo hacía de agotamiento. Las pesadillas que sufría eran insoportables, incluso parecían reales. Soñaba que Elías la sacaba de la cama y la llevaba a una especie de habitación siniestra, donde había personas con túnicas negras. Sus cabezas estaban cubiertas por unas capuchas. La desnudaban y la subían a un altar, le colocaban cirios y velas alrededor, la obligaban a beber sangre de un cáliz negro con unos símbolos extraños. El inconfundible sabor a hierro bajaba por su garganta horrorizándola. Después, todas esas personas se ponían a su alrededor y posaban sus manos en su vientre mientras recitaban una oración dirigida a alguien que llamaban Agramon.

Por la mañana, despertaba en su cama y todo quedaba en un siniestro recuerdo. Sin embargo, a veces tenía la sensación de que aquello había pasado de verdad. Solo era una sensación, pero su

instinto le decía que era real. ¿Cómo era posible? Esa pesadilla recurrente la tenía dos o tres veces por semana. ¿Se estaría volviendo loca? Elías le decía que todo era por el embarazo y por sus hormonas, pero ella sabía lo que era un embarazo y no era hormonal. Era esa casa, estaba segura. Ese lugar había cambiado a su marido y ahora la estaba cambiando a ella.

Una mañana se levantó más animada de lo habitual. Había conseguido dormir toda la noche seguida y sin pesadillas. Se dirigió a la cocina, donde se encontraba Elías.

—Cariño, buenos días. Tienes muy buen aspecto. —Se acercó a ella para besarla, pero Sophia giró su rostro—. ¿Te ocurre algo? —preguntó molesto.

—Por favor, deja que los niños salgan a jugar al jardín. Estoy muy preocupada por ellos, tienen muy mal aspecto, están enfermos —suplicó.

—Ya hemos hablado de esto, y te digo lo mismo que las veces anteriores: están ahí por su bien, para una posible cura —dijo enfurecido, y Sophia rompió a llorar—. ¡Y ya basta de tanto llanto! Tendrías que estar contenta por nuestro próximo hijo. Él será muy especial, ya lo veras. Siéntate aquí —señaló la silla que tenía a su lado — y desayuna conmigo.

Un olor nauseabundo inundó las fosas nasales de Sophia, se tapó la boca y la nariz para ahogar una arcada.

—¿No hueles eso? —preguntó a su marido.

—Yo no huelo nada, ¿a qué te refieres?

—Ese olor —insistió—. Huele a huevos podridos, es insoportable. Hace días que lo huelo, pero hoy es más intenso.

Elías sonrió, todo marchaba viento en popa.

—Lo siento, cariño, pero yo no huelo nada. Le diré a la cocinera que revise la cocina, no vaya a haber algún alimento en mal estado. Voy a salir fuera a tomar el aire. —Se acercó a Sophia y la besó en la frente.

La cocina quedó en silencio y calma. Hubo un día en el que, la presencia de Elías, era un remanso de paz y buena energía. Sin embargo, ahora lo quería lejos; ya no soportaba su presencia, lo despreciaba con toda su alma. Se sentó en la mesa, dispuesta a comer algo rápido y bajar a ver a sus hijos. Observó el jarrón que había sobre la encimera, junto a la ventana. Las flores de lavanda estaban marchitas. Cada día, se repetía la misma situación: a media mañana, las flores de lavanda de todos los jarrones se cambiaban, y al día siguiente, estaban marchitas. Por mucho que las cuidara, se marchitaban una y otra vez, sin ningún motivo aparente.

Los pensamientos de Sophia se interrumpieron por una voz, alguien la llamaba desde la segunda planta. No obstante, en esa planta

no había nadie. A esa hora de la mañana, el personal de servicio se encargaba de limpiar la planta principal y el jardín.

Se levantó decidida para averiguar quién la estaba llamando.

—Sophia, ven —dijo la voz con un gruñido, era una mezcla entre animal y persona—. Sophia, ven a mí.

Aquella voz, lejos de asustarla, la hechizó. Subió las escaleras y siguió aquel monstruoso gruñido, como las ratas seguían al flautista de Hamelin. Llegó a su habitación, la cual estaba completamente a oscuras. «Qué raro», pensó, «hace un día soleado, ¿me habré olvidado de abrir las cortinas?». Aquello era imposible, recordó hacerlo nada más levantarse.

Una sombra oscura, como una enorme mancha, corría por la pared. Sophia la seguía con la mirada. En medio de la sombra, unos ojos brillantes la miraban expectante. En aquel instante, toda su valentía se esfumó, dejando aflorar un miedo irracional. Respiró profundamente y cerró los ojos. Nada de eso era real.

Al abrirlos, la sombra había desaparecido, pero en su lugar, un zumbido ensordecedor llenó la habitación. El sonido procedía de la ventana. Se acercó poco a poco y estiró la mano para retirar la cortina, pero lo que tocó fueron miles de moscas, las cuales salieron volando y dejaron ver la claridad del día. Envolvieron a Sophia con su repugnante zumbido, esta gritó con todas sus fuerzas y salió corriendo para quitarse de encima a aquellos insectos.

Elías escuchó los gritos de su mujer desde el jardín, y corrió hacia el interior de la masía. Sophia corría escaleras abajo, cubierta de moscas. Abrió la puerta y las ventanas de par en par para ayudar a su mujer a despojarse de todos aquellos insectos, pero parecía que no querían separarse de ella.

Finalmente, los insectos salieron al exterior por la puerta y las ventanas. El corazón de Sophia latía con fuerza y un sudor frío le recorría todo el cuerpo, acompañado de fuertes temblores. Elías cogió en brazos a su mujer y la llevó hacia su habitación, pero esta comenzó a gritar y patalear. Por nada del mundo quería volver a entrar en esa habitación. Elías, al comprender lo que le pasaba a su mujer, la llevó a una de las habitaciones de invitados. La tumbó en la cama y le aplicó un calmante suave. En su avanzado estado de gestación, ese episodio podía ser perjudicial para el bebé.

Cuando su mujer se calmó, se tumbó a su lado y le acarició la cara. Por primera vez, después de un año, tomó conciencia de lo que estaba pasando a su alrededor. ¿Estaba dispuesto a sacrificar a su familia de ese modo? Deseaba con todas sus fuerzas curar a sus hijos y tener un hijo sano, pero ¿a qué precio? Se había convertido en un monstruo, el carcelero de su propia familia.

Lo que estaba pasando a su alrededor, le aterraba. Estaban

despertando algo demasiado poderoso y malvado.

La energía negativa que habitaba en la casa, creció después de lo sucedido. La oscuridad había ganado la batalla. Las tinieblas gobernaban el hogar de los Huber.

Elías bajó a la sala de ceremonias. Al entrar, encontró a sus compañeros sentados en el banco frente al altar, recitando sus maléficas oraciones.

—Amigo, te estábamos esperando. —María se acercó a él, cogiéndole la mano y besándosela—. Ha sucedido algo, ¿verdad? Hay una poderosa energía en el ambiente.

—*Él* se ha manifestado —explicó más serio de lo normal—. Ha estado con Sophia.

—Falta muy poco para el Anillo de Fuego y para que *él* esté con nosotros. Su poder ha crecido desde que se alimenta del miedo de tus hijos y de tu mujer. Estás haciendo un buen trabajo. —María apretó la mano de Elías con cariño.

—¿Qué sabéis, en realidad, del ser que estamos despertando? —Elías comenzó a temblar sin darse cuenta—. Lo que hoy he sentido en mi casa era muy oscuro, el aire era tan espeso que no se podía respirar.

Todos los miembros lo miraron y se acercaron poco a poco a él. Sus miradas daban miedo, en sus ojos no había ni un ápice de humanidad. ¿Cómo había estado tan ciego y no verlo antes? Sus compañeros no eran personas, sino monstruos.

—Elías, ¿tienes dudas? Estamos muy cerca de conseguirlo. —Sentía como el fuego de sus miradas le quemaban, sabía que la opción de dejarlos estaba descartada. Tendría que buscar un plan para salvar a su familia, si no era demasiado tarde.

—No tengo dudas. Solo me he asustado, eso es todo. *Él* es muy poderoso.

—Y esto es solo el principio.

Todos sus compañeros rieron al unísono, pero a Elías se le heló la sangre.

28

En la actualidad

El Hospital Psiquiátrico de Sant Boi de Llobregat ocupaba gran parte del pueblo. Era uno de los centros de salud mental más importantes de España, y el más conocido en Cataluña. A día de hoy estaba dirigido por médicos, pero en antaño, estuvo dirigido —una parte— por curas y —otra parte— por monjas, ya que separaban a los pacientes por sexos. La impresionante iglesia neogótica no dejaba indiferente a nadie. Por mucho que las personas que vivían en el municipio la viesen siempre, nunca se cansaban de admirarla.

Eso fue lo que les pasó a Sara y Erik, justo cuando estaban delante de la entrada del centro. Se acercaron al guardia de seguridad —era tan alto que apenas cabía en la garita—, quien les dio el alto.

—Buenos días, ¿vienen a visitar a algún paciente? —se dirigió a ellos y miró a los inspectores de arriba abajo.

Sara y Erik sacaron sus acreditaciones para enseñárselas al guardia.

—Somos los inspectores Torres y Helgason, tenemos una cita con el gerente, el señor Josep Sunyer —explicó Sara.

El guardia pasó sus ojos de las acreditaciones a los inspectores, luego descolgó el teléfono —que tenía situado al lado de un ordenador de mesa— y marcó un número interno. Un minuto después, asomó la cabeza por la ventanilla.

—Pueden pasar, inspectores. —Apretó un botón que emitió una señal sonora.

Erik estiró la mano y presionó levemente la puerta, que se abrió casi sin esfuerzo. Ante él, apareció un arco de seguridad.

—Si llevan armas, tienen que dejarlas aquí. —Señaló una pequeña cubeta que acababa de coger de su garita—. Está prohibido introducir armas en el centro, aunque provengan de agentes de la ley —explicó —. Después, pasen por el arco de seguridad y diríjanse al primer edificio de su derecha. Una persona los estará esperando.

Los inspectores sacaron sus armas reglamentarias de sus sobaqueras y las colocaron en la cubeta. Se dirigieron hacia el edificio que el guardia les había indicado. En la entrada, una chica con unos cascos inalámbricos los esperaba en la puerta de la recepción.

—Inspectores, por favor, síganme.

La recepcionista los llevó a una pequeña sala de espera, pintada en color blanco, con varias sillas ancladas a la pared. En el centro, una mesa baja con varias macetas de plantas artificiales aportaba la única

nota de color a la sala.

—Por favor, esperen aquí, la secretaria del doctor Sunyer los atenderá. —La recepcionista se giró y salió hacia su puesto de trabajo, donde el sonido de un teléfono la esperaba.

Erik se levantó y caminó hacia la ventana situada al fondo de la sala. A través de ella, se veía un precioso jardín, donde el césped y los palmitos eran los protagonistas. Se encontraban situados a ambos lados de un pequeño camino de baldosas rojizas. A la sombra de un gran árbol, unos bancos de color verde invitaban a sentarse a leer una buena novela o a comer relajadamente.

Erik se giró hacia Sara, quien permanecía sentada en la incómoda silla de plástico.

—Es un lugar muy agradable, nada que ver con Santlaú. —Se estremeció solo de recordar aquel lugar.

Una mujer, vestida con un elegante traje, y unas gafas de pasta negra, entró en la sala.

—Buenas tardes, inspectores. Mi nombre es Aina Serra, y soy la secretaria del Dr. Sunyer —dijo mientras les tendía la mano—. Si son tan amables de seguirme, los acompañaré a su despacho.

Ambos inspectores siguieron a la secretaria. Pasaron por la recepción de camino al despacho, la puerta permanecía cerrada. Aina dio un par de golpecitos, apenas perceptible, abrió y cerró tras de sí. A los pocos segundos, la puerta volvió a abrirse.

—Por favor, ya pueden pasar.

El despacho era el más grande y elegante que ambos habían visto nunca. El suelo era de parqué, los muebles de madera maciza, y un gran ventanal ofrecía una excelente iluminación. Las paredes estaban repletas de títulos y fotografías.

Se acercaron a la mesa, justo al lado del ventanal, donde un hombre vestido con un elegante traje oscuro y una corbata —bastante aburrida— los esperaba de pie. A medida que se acercaban, el gerente salió de detrás de su mesa para recibir a los inspectores.

—Buenos días, inspectores. Como ya saben, mi nombre es Josep Sunyer; soy el gerente del centro.

—Yo soy la inspectora Sara Torres y él es mi compañero, el inspector Erik Helgason.

—Encantado, inspectores. —El gerente les ofreció la mano a ambos —. Por favor, tomen asiento —dijo señalándoles las dos sillas de cuero que estaban situadas frente a su mesa.

Los inspectores tomaron asiento, mientras el gerente caminaba hacia su cómodo sillón.

—En su llamada, inspectora Torres —comenzó a hablar para romper el hielo—, mencionó que necesitaba unos planos.

—Así es, Sr. Sunyer.

El gerente la interrumpió.

—Puede llamarme doctor Sunyer, es mi título —dijo con pavoneo.

—Doctor Sunyer —bufó disimuladamente—, si es tan amable, necesitamos los planos del Hospital Psiquiátrico de Santlaú. Se han cometido dos homicidios y los necesitamos para la investigación.

El gerente la miró muy serio.

—¿Dos homicidios? Creo que se equivoca. Solo ha habido una muerte, y fue el suicidio de una pobre chica. El Dr. Mateo me informó del terrible suceso.

—Dr. Sunyer —intervino Erik—, la chica, que ustedes creen que se suicidó, fue asesinada. Todavía no se sabe nada del otro crimen. Aún no se ha comunicado, pero le aseguro que ambas víctimas fueron asesinadas.

La cara del gerente cambió de repente, su tez morena se tornó de un amarillo pálido.

—Disculpen, pero el Dr. Mateo, con quien tengo plena confianza, me dijo que había sido un suicidio. No tengo por qué desconfiar de él, es un gran médico; al igual que un buen colega, nos conocemos desde la facultad.

—¿Cada cuánto habla con el Dr. Mateo? —preguntó Sara.

—Me envía un *e-mail* todas las semanas con un pequeño resumen de los informes de los pacientes. —Comenzó a teclear en su ordenador —. El último, de hecho, me lo envió ayer. —Giró la pantalla para que los inspectores lo comprobaran.

—¿Solo le envía *e-mails*? ¿Nunca hablan por teléfono? —preguntó Erik.

El gerente se quedó pensativo durante un momento.

—Ahora que lo menciona… Desde la inauguración de Santlaú, solo he recibido *e-mails*. He llamado un par de veces al hospital, pero nunca lo he localizado. Estará muy ocupado, dirigir un centro psiquiátrico resulta estresante y agotador. —Les había dicho eso para proteger a su amigo, él no pensaba aquello sobre su oficio. Sin embargo, tenía que localizar a su colega, podía haberle pasado algo—. ¿Para qué necesitan esos planos?

—Forma parte de la investigación. Como comprenderá, no podemos facilitarle esa información —contestó Sara.

—Entiendo. —Al Dr. Sunyer le molestó esa contestación—. Les daré esos planos. Supongo que tienen mucho trabajo, al igual que yo, y no estamos para perder el tiempo. —El Dr. Sunyer descolgó su teléfono y marcó la extensión de su secretaria, pero al no recibir contestación, miró su reloj de pulsera—. La señorita Serra no responde al teléfono, es su hora de desayuno, tardará media hora en volver. Si me esperan un momento, los traeré yo mismo.

El gerente salió de su lujoso despacho, cerrando la puerta tras de

sí. Sara se levantó, y se dirigió a una pared repleta de marcos. En la parte más alta, estaban los títulos del Dr. Sunyer. En la parte media, había varias fotografías; hubo una en especial que llamó la atención de Sara.

—Tienes que ver esto.

Erik se levantó y observó la foto que Sara señalaba. Estaba tomada en Santlaú, el Dr. Sunyer posaba muy sonriente junto a varias personas más.

—¿Reconoces a alguien de la foto? —preguntó Sara a Erik.

—No, a nadie —contestó extrañado.

El sonido de unos pasos, aproximándose al despacho, sacaron a Sara y a Erik de sus cavilaciones. Volvieron a ocupar sus respectivos asientos. El Dr. Sunyer apareció con un tubo portaplanos en sus manos, y se aproximó a Sara para entregárselos.

—Les he incluido dos planos —informó—. Los antiguos, de cuando compramos la masía. Como sabrán, el pueblo de Jafra desapareció hace muchos años, pero toda la información relevante fue trasladada al ayuntamiento de Sitges. Cuando adquirimos la propiedad, nos cedieron los planos antiguos —explicó—. También les he incluido el plano de la reforma posterior.

—Le agradecemos su colaboración, Dr. Sunyer —dijo Erik—. No quisiéramos robarle más tiempo, pero si fuera tan amable, ¿nos podría hablar sobre los pacientes que se trasladaron a Santlaú?

El Dr. Sunyer dudó durante un minuto, pero si quería que aquella visita no se alargara demasiado, lo mejor sería colaborar.

—Esos pacientes nunca llegaron a estar hospitalizados en Santlaú. —El doctor vio como los inspectores lo miraban desconcertados—. ¿Ocurre algo?

—El Dr. Mateo, en nuestra primera visita, nos informó que en la segunda planta se encontraban los pacientes trasladados desde este hospital —explicó Sara, no daba crédito a lo que les acababa de revelar el gerente.

—Inspectora, debe ser un malentendido. Cuando compramos Santlaú, decidimos trasladar a algunos pacientes de uno de nuestros pabellones. —El sol del ventanal molestaba a los inspectores, haciendo que entrecerraran los ojos—. Discúlpenme un segundo. —El Dr. Sunyer, al darse cuenta, se levantó y bajó el estor de la ventana—. ¿Mejor ahora? —Ambos asintieron—. Como les iba diciendo, uno de nuestros pabellones sufrió un incendio. Al parecer, uno de nuestros pacientes se quedó dormido con un cigarrillo y prendió fuego a su colchón. —Se revolvió incómodo en su sillón—. Estas cosas no suelen pasar, pero a veces, es complicado controlar a todas las personas que están ingresadas. A día de hoy, todavía desconocemos cómo el paciente se hizo con un mechero y un cigarro; por suerte, no hubo

heridos graves.

»El pabellón quedó muy deteriorado y no teníamos espacio suficiente para alojar a más enfermos, así que decidimos trasladarlos. Unos días antes del traslado, el Dr. Mateo me informó que la segunda planta de Santlaú no estaba en condiciones para acoger a ningún paciente hasta que no se hicieran unas cuantas reformas de mantenimiento. —El Dr. Sunyer se quedó pensativo—. Recuerdo que la contestación del Dr. Mateo me llamó un poco la atención, creía que las reformas más urgentes ya estaban hechas. Pero, como le he dicho, confío en el criterio de mi colega y pensé que esa planta no se había inspeccionado lo suficiente. Enviamos a los pacientes temporalmente a otro centro.

Sara y Erik no creían lo que estaban escuchando. ¿En qué más les había mentido el Dr. Mateo? Y la pregunta más importante: ¿Por qué lo hizo?

—Con todos mis respetos, Dr. Sunyer, su amigo tiene mucho que explicar. —Sara se encontraba cada vez más inquieta.

—Como les he dicho, debe tratarse de un malentendido. —Se pasó una mano por el pelo y bufó—. Pondría la mano en el fuego por mi colega. Les aseguro que es un gran profesional y, por supuesto, no es ningún mentiroso.

El ambiente se empezaba a enrarecer, así que los inspectores decidieron aparcar el tema; ellos mismos se ocuparían del Dr. Mateo.

—¿Nos podría explicar por qué han dado orden de despedir al personal de Santlaú y dado de alta a todos los pacientes?

El Dr. Sunyer los miraba perplejo.

—No sé de qué me están hablando, no se ha dado ninguna orden de ese tipo. ¿De dónde han sacado esa información?

—Nos informó la hermana Elisa.

—¿La hermana Elisa? Desconozco quién es esa mujer.

Con cada respuesta del Dr. Sunyer, los inspectores se quedaban más desconcertados.

—Una última cosa —Erik se levantó de su silla—, nos hemos fijado en esta fotografía. —Señaló la que tanto les había llamado la atención —. ¿Quiénes son las personas que están a su lado?

Sunyer y Sara se dirigieron hacia Erik, y los tres observaron la fotografía colgada en la pared.

Sunyer los miro a ambos incrédulo.

—Miren, no sé qué pretenden, pero no tengo tiempo para sus jueguecitos —dijo irritado—. Esta foto fue tomada el día de la inauguración de Santlaú. —La descolgó de la pared—. La persona que se encuentra a mi derecha, como ya sabrán, es el Dr. Mateo. Del resto, imagino que alguna cara les sonara; son parte del personal del hospital.

Las caras de los inspectores se descompusieron. Si la persona que aparecía en la foto, al lado del Dr. Sunyer, era el Dr. Mateo, ¿con quién habían hablado en realidad? ¿Y quiénes eran las personas que les presentó como personal del centro?

—¿Se encuentran bien? —preguntó el Dr. Sunyer—. Se han quedado pálidos.

—Estamos bien, gracias. Tenemos que marcharnos. —A Sara le temblaban las piernas. No quería explicarle nada al Dr. Sunyer para que no avisara a *su amigo*, una vez salieran de su despacho—. Gracias por todo, doctor, ha sido muy amable. —Ambos se despidieron de él.

Al salir al exterior, Sara y Erik tomaron aire.

—¿Qué está pasando en Santlaú? —preguntó Erik a Sara.

—No lo sé, pero vamos a averiguarlo ahora mismo. En cuanto estemos de camino, llamaré a Marta y a Rubén.

29

Jafra, 1945

Dos personas la cogieron de los brazos y la levantaron. Sophia quería abrir los ojos, pero los párpados le pesaban; estaba muy débil. Hacía unos días que salió de cuentas, pero su hijo se negaba a nacer. Quizá preveía lo que le esperaba en el mundo al que pertenecería. Escuchó la voz de Elías cerca de ella, sonaba muy alterado.

—¿Qué estáis haciendo? ¡Dejad a mi mujer! ¿Dónde la lleváis? —Empujó a uno de sus compañeros con todas sus fuerzas, lo tiró al suelo e hizo que el otro perdiera el equilibrio. Sophia cayó al suelo—. Cariño, ¿estás bien?

—Elías, ¿qué está pasando? No consigo abrir los ojos. —Lloraba desesperada—. Por favor, ayúdame. Tengo mucho miedo.

—Elías —una voz autoritaria sonó detrás de él—, mañana es el gran día. El Anillo de Fuego hará su aparición al mediodía, así que tenemos que preparar a Sophia. Además, *él* necesita aumentar su poder. —De los labios de María, nació una sonrisa malévola.

—¡No es necesario! —dijo retando a María—. Mis hijos están encerrados en un zulo, y mi mujer está muerta de miedo. ¡Ya es suficiente! —gritó enfadado—. Por lo menos, dejad que mi mujer descanse en casa. ¿No veis que está aterrorizada?

—Eso es justo lo que necesitamos: su miedo. Agramon se alimenta del miedo de las personas, de sus peores pesadillas y de sus fobias. Tus hijos y tu mujer deben estar cerca para que se alimente de sus miedos. ¿Sabes? Tus hijos sienten pánico a estar encerrados, siempre han sufrido una pequeña claustrofobia, pero tú ni te has dado cuenta. Lo que quieren es estar libres, correr por su laberinto; por eso están en ese zulo. Tu mujer, sin embargo, temía perder a su familia y lo está sufriendo desde mucho antes de llegar a Jafra. Mañana todo habrá terminado. Ten un poco más de paciencia y tranquilízate, estás muy nervioso.

Mientras María distraía a Elías con su discurso, uno de los hombres que había derribado, se aproximó hacia él y le inyectó un somnífero.

—Lo siento, querido, no nos arriesgaremos a que hagas una tontería por tus remordimientos; hace un tiempo que te vemos dudar. —Miró a sus compañeros—. Llevadlo abajo y encerradlo en la habitación que hay al lado de los niños. A Sophia, llevadla junto a sus hijos —ordenó María.

◆◆◆

Elías despertó temblando de frío. Se encontraba en una de las habitaciones del pasadizo. El hedor a humedad penetró a través de sus fosas nasales y le provocó una arcada. Abrió sus ojos, lentamente. Su mujer lo miraba con odio, y sus hijos se encontraban al lado de su madre. Los tres tenían la misma expresión. Elías se intentó levantar, pero no podía. Su cuerpo pesaba toneladas, así que comenzó a arrastrarse hacia su familia.

—¡No te acerques! —gritó Sophia—. Confiábamos en ti, ¡tenías que cuidar de nosotros! Aborreces a tus hijos por una enfermedad que no has sabido curar, todo esto es culpa tuya. —Se levantó y le escupió—. Te he suplicado mil veces que nos marcháramos de este lugar, pero siempre has mirado para otro lado. ¡Te desprecio! No has sabido proteger lo más importante de tu vida: tu familia, las únicas personas que nunca te fallarían, los que te queríamos con tus cosas buenas y tus cosas malas. Ahora somos nosotros quienes no queremos saber nada de ti, ¡estás podrido por dentro!

Las lágrimas inundaron el rostro de Elías. ¿Cómo había sido tan miserable de abandonar a su familia de esa manera? Se merecía todo el odio que Sophia descargaba sobre él.

Se secó las lágrimas con el dorso de su mano. Al mirar de nuevo hacia su familia, ya no había nadie; solo un espacio frío y vacío. Comprendió lo que acababa de pasar: Agramon se había metido en su cabeza.

—¡Sal de mi mente, monstruo! —gritó desesperado por toda la habitación—. No voy a caer más en tu trampa, no te vas a alimentar de mi miedo. ¿Me oyes? Acabaré contigo, aunque sea lo último que haga.

Un ruido, al otro lado de la pared, lo devolvió a la realidad. La voz que escuchaba era la de un ángel, la de la única persona que había amado y fallado a partes iguales.

Corrió hacia la pared con desesperación.

—Sophia, ¿eres tú? —preguntó en un susurro.

—Sí, soy yo, estoy con los niños. ¿Estás bien? Te he escuchado gritar. —Sophia abrazó a sus dos hijos—. ¿Qué está pasando? ¿Quiénes son esas personas? ¿Por qué nos han encerrado?

Elías hizo lo más difícil que había hecho en su vida: confesó sus pecados y le explicó toda la verdad.

—Soy una persona despreciable, merezco que nunca me perdones. Sophia, se me fue de las manos. Yo… os he hecho tanto daño, a los tres. —Las palabras se atascaban en la garganta, la culpa no las dejaba salir—. No sé cómo llegué a pensar que nuestros hijos eran unos monstruos, cuando el único monstruo soy yo.

—Escúchame, ahora no puedes derrumbarte. No comprendo cómo

pudiste ponerte de parte de esas personas, pero ahora te necesitamos. Tu familia te necesita, por favor. —Pegó una de sus manos a la pared —. Tienes que ayudarnos.

Elías tomó aire y calmó su estado de histeria.

—Os prometo que os sacaré de aquí. —Instintivamente, colocó su mano sobre la pared, a la misma altura donde Sophia tenía la suya—. Nos iremos de este lugar y empezaremos una nueva vida en otra ciudad. No me avergonzaré de vosotros, hijos míos; y Sophia, jamás volveré a tratarte mal. Os lo prometo.

El ruido de una puerta al abrirse al otro lado de la pared, puso en alerta a Elías.

La voz de María retumbó por toda la habitación.

—Siento interrumpir este momento tan bonito, pero Agramon te espera. —Cogió la muñeca de Sophia, clavándole las uñas, y tiró de ella.

30

Sitges, en la actualidad

El olor a mar inundó las fosas nasales de Rubén. La mezcla de la sal marina, la arena y el sol era uno de sus aromas preferidos. El mar se encontraba en calma, y el suave sonido de las olas le aportaron paz. Era la segunda vez que trabajaba fuera de su zona de confort; su sala de autopsias era el lugar donde más a gusto se encontraba. El trabajo de campo le suponía un gran esfuerzo, pero la oportunidad que la inspectora Torres le había brindado, era lo mejor que nunca le habían ofrecido. Sin duda, el esfuerzo merecía la pena.

Marta caminaba delante, en dirección al Palau Maricel, donde Valeria tenía previsto exponer el material heredado por su familia sobre el pueblo de Jafra. Rubén admiraba embelesado las estrechas calles adoquinadas con sus casas de color blanco, en las que sus balcones y ventanas de hierro forjado estaban decoradas con macetas de diferentes flores.

Sitges era uno de los pueblos más bonitos y emblemáticos de la zona costera de Barcelona. Era difícil no enamorarse de él, por muchas veces que lo visitaras.

Marta se paró delante de un edificio. Unas escaleras de piedra conducían a una puerta de madera con varias decoraciones en hierro envejecido. Subieron las escaleras, y golpearon la puerta con suavidad a la espera de que alguien los recibiera.

Una mujer abrió y les ofreció una amplia sonrisa.

—Ustedes deben ser los policías que vienen a ver a Valeria. Mi nombre es Judith. Entren, por favor. —La mujer los invitó a pasar.

—En realidad, no somos policías —aclaró Marta—. Yo soy Antropóloga y mi compañero es médico forense, colaboramos con la policía.

La mujer asintió.

—Por favor, pasen, no se queden en la puerta. Valeria les está esperando.

El espectáculo que les ofrecía el interior del Palau era impresionante. Nada más entrar, una especie de patio andaluz les dio la bienvenida. El suelo estaba repleto de pequeñas piedras grises, donde descansaban varios palmitos y arbustos bajos de hojas anchas. Unas baldosas azul cielo, con dibujos en azul más oscuro, llenaban todas las paredes. Subieron por una gran escalera de piedra hasta la primera planta.

—Valeria se encuentra en el Salón de Oro, está justo ahí delante. —Señaló la entrada a una sala, en la que destacaba el color rojizo—. Si me disculpan, tengo que prepararme para la visita guiada que habrá dentro de media hora.

Marta y Rubén caminaron hacia el Salón de Oro.

—Este sitio es impresionante. —A Rubén, los ojos le iban a una velocidad de vértigo; había tantos detalles que admirar que no quería perderse ninguno.

—Es una auténtica maravilla. El año pasado, tuve la suerte de venir a una exposición y disfruté muchísimo del lugar —explicó Marta —. Entremos a buscar a Valeria.

El Salón de Oro era conocido por ese nombre, precisamente, por su exuberante decoración. Una sala con retablos góticos y decoración neobarroco, donde el color teja predominaba. Del techo, colgaban varias lámparas de hierro forjado en forma de corona. Al fondo de la sala, destacaba una chimenea de alabastro blanca. Junto a ella, una chica bastante joven de pelo rubio muy corto sacaba material de una caja de cartón.

Marta se dirigió hacia ella y miró con curiosidad la decoración de aquella sala.

—Disculpa, ¿eres Valeria? —preguntó Marta.

Valeria dio un pequeño respingo.

—¡Perdonad! Estaba tan aislada en mi mundo, no os he escuchado entrar y me he asustado. —Rio, aún con el corazón latiendo a demasiada velocidad—. Soy Valeria Luna, tú debes de ser Marta Soler —se presentó, acercándose a Marta y Rubén.

—Un placer, Valeria. Él es mi compañero, Rubén Garrido.

—Llegáis justo a tiempo, estaba sacando el material para la exposición. Por teléfono me dijiste que estabais interesados en información sobre Jafra y la familia Huber.

—Estamos investigando un caso en el Hospital Psiquiátrico de Santlaú —explicó—. Queríamos conocer un poco más sobre el lugar y sobre sus anteriores dueños, los Huber.

—Sobre los Huber, no tengo mucha información; sé que eran los dueños de la masía cuando mi abuela vivía en el pueblo. Tengo bastantes fotografías de la propiedad y de los jardines. Sin embargo, todas ellas están sacadas desde lejos, como si las hubieran hecho sin permiso. Hay una que os gustará, aparecen los Huber —explicó Valeria.

Judith interrumpió en la sala.

—Os traigo unas botellas de agua y té —dijo mientras dejaba la bandeja encima de una mesa situada cerca de la chimenea—. Si no os importa, tengo que cerraros la puerta de la sala. La visita comenzará en diez minutos, no quiero que os interrumpa ningún curioso.

—Muchas gracias, eres muy amable. Estaremos bien hasta que vuelvas —contestó Valeria, acompañando a Judith hasta la salida de la sala—. En un minuto, preparo el portátil y empezamos. He escaneado toda la documentación, aparte de traerla en físico —explicó —. Tomad asiento.

Rubén y Marta se sentaron delante de la mesa improvisada, donde Valeria tenía su portátil y varias carpetas con nombres y fechas escritas a bolígrafo.

—¡Todo listo! Espero que lo veáis bien, aún no me han traído el televisor que he pedido —dijo encogiéndose de hombros.

Marta sacó unas gafas de su bolso, y se las colocó mientras una presentación en Power Point con el nombre de «Jafra» aparecía en la pantalla del portátil.

Valeria se acercó a ellos y les ofreció una taza de té a cada uno.

—¿Por dónde queréis que empiece? ¿Qué es exactamente lo que queréis saber? —preguntó.

—Cuando hablamos por teléfono, me comentaste que toda la documentación perteneció a tu abuela. ¿Podrías hablarnos sobre ella? —Marta le dio un pequeño sorbo a su taza, y saboreó el amargo té verde mezclado con unas hojas de menta fresca.

Valeria asintió y tomó asiento delante de ellos. Empezó a relatarles la historia de su abuela, como si se tratara de un cuento que explicaría a los niños antes de dormir.

—Mi abuela, María, fue a parar al pueblo de Jafra por casualidad, ya que se quedó viuda muy joven. Mi abuelo era un hombre de mucho dinero y poder, se casaron en contra de la voluntad de la familia de mi abuelo. Gracias a este matrimonio, mi abuela se convirtió en una mujer muy culta: aprendió a leer y a escribir; incluso aprendió latín. Luego os explicaré por qué comento esto. —Hizo una pequeña pausa, bebió de su taza y continuó con la narración—: Al morir mi abuelo, la familia de este la repudió. Por suerte, una hermana suya la acogió; mi madre, en aquella época, tenía dos años. Mi abuela era muy buena reconociendo plantas y preparando remedios caseros, por lo que se convirtió en la curandera del pueblo. Varios años después, se empezó a juntar con un grupo de personas. Mi madre me contó que, a partir de ese momento, mi abuela cambió. Ya no era la misma, y apenas cuidaba de mi madre. —Valeria se quedó pensativa. De repente, la tristeza invadió su rostro—. Mi madre lo pasó muy mal, fue su tía quien se ocupó de ella. María nunca estaba en casa. Mi madre cumplió la mayoría de edad y se casó con mi padre; un chico de Sitges que tenía familia en Jafra, así que mi madre pasaba mucho tiempo en el pueblo. Ella no volvió a saber nada de mi abuela hasta el día que la encontraron muerta, junto a otras personas, en la propiedad de los Huber.

Marta se sorprendió ante la revelación.

—¿Sabes quiénes eran el resto de personas que aparecieron muertas con tu abuela? ¿De qué murieron? —preguntó Rubén.

—Nunca se supo, apenas hubo investigación por parte de la policía. Creyeron que fue un suicidio colectivo y que formaban parte de una secta. —Cogió una hoja de periódico de la mesa y se la pasó a Marta—. Mi madre guardó este titular, a ella no le sorprendió lo ocurrido, intuía que estaba metida en algo oscuro.

En el titular del periódico rezaba «Suicidio colectivo de una secta en Jafra».

Marta leyó el artículo, el cual explicaba el hallazgo de cinco cadáveres en la masía a las afueras del pueblo de Jafra. Hacían referencia a una secta y a un suicidio colectivo, pero ningún dato de interés. Al terminar de leerlo, se lo pasó a Rubén.

—A los pocos meses de su muerte, mi madre recibió una carta de un despacho de abogados —prosiguió—. Le informaron que había heredado una propiedad que mi abuela tenía en Sitges, pero mi madre no quiso saber nada de la herencia. A mí, incluso, me lo ocultó. Por desgracia, mi madre falleció hace unos meses y la propiedad pasó a ser mía. Cuando fui a descubrir de qué se trataba, me encontré con una preciosa casita frente al mar; fue ahí donde encontré toda la información sobre Jafra.

—¿Qué tipo de información? —preguntó Marta con curiosidad.

—Las fotografías que os he comentado y fragmentos de un diario escrito en latín. Por eso os comentaba que mi abuela aprendió latín, os aseguro que es su letra. Lo más extraño que encontré fueron unos objetos que me pusieron los pelos de punta. —Se levantó, arrastró la caja de cartón que estaba cerca a la chimenea y comenzó a sacar su contenido—. Sin duda, mi abuela no fue una mujer convencional. Juzgad por vosotros mismos.

Valeria sacó una cruz invertida, un pentágono con una figura de un macho cabrío en el centro, un cáliz con símbolos satánicos tallados, una bolsita de terciopelo negro y una botella opaca.

—¿Qué hay en su interior? —preguntó Rubén intrigado.

—En la bolsa, creo que hierbas. La botella, sin embargo, no la he abierto. No pensaba incluirlas en la exposición. En realidad, quise donar todo este material al ayuntamiento de Sitges, por si les interesaba hacer una exposición. El pueblo de Jafra es muy famoso, pero fueron ellos los que me animaron a que la hiciera yo, al ser propiedad de mi familia.

Valeria le acercó los objetos para que los examinaran, este abrió la bolsita y la botella. Observó y olió su contenido, pero una mueca de asco —seguida de una arcada— apareció en su rostro.

—¿Qué es? —Marta comenzaba a ponerse nerviosa.

—En la bolsita hay plantas. Diría que, por su olor y color, se trata de beleño negro, aunque habría que analizarlo. —Aguantó otra arcada —. En la botella hay sangre en mal estado.

—¿Sangre? —Valeria dio un brinco hacia atrás—. ¿Qué hacía mi abuela con eso?

—Por los objetos, el beleño negro, la sangre y el hecho que se uniera a unas personas y cambiara tanto… es difícil saberlo a ciencia cierta. No obstante, es posible que tu abuela formara parte de un grupo de personas que practicaban magia negra.

—¿Cómo? —Levantó sus cejas más de lo debido—. ¿Mi abuela era una bruja? Cuando hallé los objetos, pensé que formaban parte de esa secta, pero lo que me decís, ¡es mucho más grave!

Marta se quedó pensando en cómo decirle, a aquella chica tan agradable e inocente, quién era su abuela en realidad.

—Me temo que no, Valeria. Tu abuela no era una bruja, es posible que tampoco formara parte de una secta, sino que era una adoradora de Satán o de algún otro tipo de demonio.

Marta vio como la cara de Valeria se tornaba pálida.

—Pero eso es imposible, esas cosas no existen —replicó—. Quizás en las películas, pero ¿en la vida real?

Marta se sentó junto a Valeria y le acarició un hombro para tranquilizarla.

—Sé que es difícil de asimilar, pero hay cosas que parecen que no pertenecen a este mundo, y están tan ocultas que parecen ficción. Como bien has dicho, tu abuela no era una mujer convencional. —Estiró la mano en busca de una botella de agua que le ofreció a Valeria, esta bebió casi sin respirar—. ¿Estás mejor?

—Sí, por favor, disculpadme, la noticia me ha pillado un poco desprevenida. ¿Te gustaría quedarte con el diario de mi abuela? —Cogió su bolso y sacó un pequeño cuaderno desgastado—. Creo que no estoy preparada para saber qué pone y a vosotros os servirá de ayuda.

Marta lo cogió y se lo cedió a Rubén para que lo guardara.

—¿Quieres que paremos un momento para tomar el aire? —preguntó Rubén al ver lo mal que la chica lo estaba pasando.

—Gracias, pero prefiero continuar. Si salgo, no sé si tendré fuerzas para volver a entrar. Solo queda la presentación; son fotos de Jafra, de la masía y de los Huber.

La presentación de Power Point se puso en marcha. Las primeras fotos mostraban un pequeño pueblo rodeado de bosque, nada que ver con las ruinas que quedaban a día de hoy. Las siguientes eran de una masía, bastante lujosa para su época, con un precioso laberinto de setos bajos y flores. Al tratarse de fotografías en blanco y negro, Marta intuyó que se trataban de flores de lavanda. Reconoció, al instante, la propiedad que ahora era Santlaú.

Las siguientes fotos eran similares a las anteriores. De repente, apareció la foto que Valeria les había nombrado. La observó con atención. Aparecían un hombre y una mujer vestidos muy elegantes, hablaban delante de la masía, pero estaba sacada a una distancia en la que no se apreciaban las facciones.

Valeria se dio cuenta de que Marta observaba la imagen.

—Os pido disculpas por la baja calidad. Al escanear las fotos, algunas me han quedado un poco borrosas —aclaró—. Tengo la original aquí —señaló una de las carpetas—, ¿queréis verla?

Marta y Rubén asintieron, mientras Valeria cogía una de las carpetas y sacó la foto.

Rubén la cogió y le dio la vuelta.

—Elías y Sophia Huber —leyó en voz alta.

—¿Me la dejas? —pidió Marta.

La imagen de la fotografía era mucho más nítida que la del ordenador. Marta observó los rostros de los Huber. De repente, sintió que la sangre se le helaba en las venas, su corazón empezó a latir sin control y un sudor frío invadió todo su cuerpo.

—Rubén, nos vamos ¡ya! —gritó.

—¿Qué pasa? Me estás asustando —preguntó nervioso. Marta había comenzado a correr hacia la salida, sin despedirse de Valeria—. Disculpa, no sé qué le ha pasado. Muchas gracias por tu colaboración —se disculpó.

Valeria se quedó mirando cómo Marta y Rubén corrían hacia la salida, sin entender qué acababa de suceder.

31

Erik conducía a toda velocidad por la autopista C-32 hacia Garraf. El tiempo comenzó a cambiar demasiado rápido. El día había amanecido soleado, como si estuvieran en primavera; sin embargo, todo se tornaba más oscuro por momentos. Una voz aguda informaba de las últimas noticias en la radio. Desde que salieron del Hospital Psiquiátrico de Sant Boi, Sara no había cesado en su intento de ponerse en contacto con Marta, pero no obtuvo éxito.

—¿Nada? —preguntó Erik sin perder atención de la carretera.

—El teléfono da señal, pero no lo coje. —Miró su reloj de pulsera —. Estarán en medio de la entrevista con Valeria, le dejaré un mensaje.

Marta, por favor, llámame en cuanto salgas de la entrevista.
Hemos descubierto algo importante y os necesitamos.
Vamos de camino a Santlaú.
Por favor, venid lo más rápido que podáis.

Algo llamó la atención de Sara en las noticias que el hombre de voz aguda estaba recitando a través de la radio.

—¿Puedes subir el volumen de la radio, por favor?

«Estamos a punto de vivir unos de los acontecimientos más esperados de este año. El Anillo de Fuego podrá verse hoy a las 11:00 AM, aproximadamente. El máximo del eclipse será a las 13:00 PM y terminará sobre las 15:30 PM. No se pierdan este eclipse anular solar tan singular. Si tienen la suerte de vivir en Barcelona, desde allí podrán disfrutar al cien por cien del fenómeno. No sabemos cuándo será la próxima vez que podamos observarlo desde nuestro país, así que no se pierdan esta oportunidad tan mágica. Y, ahora, damos paso a las noticias deportivas».

—Marta nos dijo que el Anillo de Fuego sería mañana… —pensó Sara en voz alta extrañada.

—Quizá su amigo se confundiera al darle la información. —Erik se encogió de hombros.

—Voy a llamar a Zabala, necesitamos una orden de registro y de detención antes de llegar a Santlaú. —Cogió su teléfono y marcó el número de su superior.

Un tono, dos, tres.

Zabala no cogía el teléfono y Torres empezaba a impacientarse, necesitaba con urgencia que su llamada fuera atendida. De repente,

una voz sonó al otro lado.

—Buenos días, inspectora Torres. ¿A qué debo su llamada? —Se escuchó la voz de Zabala por el altavoz.

—Señor, no tenemos mucho tiempo para explicaciones. Le tenemos que pedir un gran favor y que confíe en nosotros, ¿de acuerdo? Necesitamos una orden de registro y de arresto para el personal de Santlaú ¡para ya! —Sara se mordía una uña, mientras esperaba la respuesta de su superior.

—Lo que me pide es casi imposible. No creo que las consiga, mínimo, hasta esta tarde y pidiendo muchos favores. ¿Qué está pasando? —exigió saber Zabala.

—Señor, venimos de ver al Dr. Sunyer, gerente del Hospital Psiquiátrico de Sant Boi —intervino Erik—. Hemos visto fotos del personal de Santlaú y le aseguramos que ninguna de esas personas son las que están al cargo del centro psiquiátrico. No sabemos con quién hemos estado hablando, pero con el doctor Mateo no. Como se puede imaginar, esa orden es de vital importancia. Señor, es posible que tengamos a los responsables de la muerte de Lorena.

Se hizo el silencio al otro lado del altavoz.

—¿Señor? —susurró Sara.

—Sigo aquí, inspectores. Tendrán esas órdenes en media hora, les doy mi palabra. ¿Necesitan refuerzos?

—Estamos intentando contactar con Marta y Rubén, ellos serán nuestros refuerzos —informó Sara.

—Está bien, pero si necesitan que les envíe algún coche patrulla, solo tienen que pedirlo. Traigan a ese impostor del doctor Mateo a comisaría ¡ya! Tiene mucho que explicar, haré que se pudra en la cárcel —sentenció—. En cuanto tenga la orden, se la enviaré al telefo…

La voz de Zabala desapareció cuando se adentraron por la pista forestal que, en tan pocos días, habían recorrido demasiadas veces.

—Nos hemos quedado sin cobertura. —Sara movió su teléfono en el aire agitándolo, como si de esa manera se hiciera un milagro y la cobertura volviera.

Erik la miró divertido.

—Sabes que tu brazo no es una antena para móviles, ¿verdad?

—Muy gracioso. —Le dio un suave y cariñoso golpecito en el brazo —. Que sepas que a veces me ha funcionado.

Erik negó con la cabeza, mientras sonreía.

El vehículo se balanceaba con pequeños saltos debido a las piedras del camino y los baches. Erik controlaba la situación sin ningún esfuerzo, sus años de conducción por Islandia lo habían convertido en un excelente conductor.

El día se oscurecía por momentos, debido a la espesura del bosque

y al eclipse que se estaba produciendo. A unos metros, una mancha oscura apareció en el cielo. Llamó la atención de Sara, quien la miró durante un momento. «¿Qué es eso?», se preguntó.

Un zumbido invadió la tranquilidad del bosque, y la mancha avanzó hacia ellos a toda velocidad. El zumbido, cada vez, era más insoportable. De repente, Sara se dio cuenta de lo que se les venía encima.

—Erik, ¡cierra las ventanas! —gritó.

Una nube de insectos se apoderó del vehículo, y Erik perdió la visibilidad de la pista forestal. Los insectos comenzaron a invadirlos, ya que entraban por las rejillas del aire acondicionado y por cada rincón al que tenían acceso. Se trataban de moscas, mosquitos, abejas, avispas, saltamontes y una larga lista de bichos.

Erik frenó en seco, y ambos salieron despedidos hacia delante.

—Sara, ¿estás bien? —preguntó preocupado, esta asintió tocándose la frente de la que le caía un pequeño reguero de sangre—. Tenemos que salir de aquí.

Esta abrió la palanca del coche, a la vez que Erik. Salieron todo lo rápido que pudieron para apartarse de una visión que la estremeció. El vehículo, al completo, estaba cubierto de insectos. La mayoría habían conseguido colarse en su interior, y los cristales se volvieron completamente negros. Un zumbido ensordecedor inundó el bosque.

—¡Vámonos! —Erik cogió a Sara de la mano y echaron a correr al interior del bosque.

Tras unos minutos corriendo, como si los persiguiera la mismísima muerte, pararon para tomar aire y recuperar el aliento. Erik se acercó a Sara para mirar la herida de su frente.

—No es una herida profunda, no harán falta puntos —dijo acariciándole la cara con dulzura, mientras intentaba limpiarle la herida con un pañuelo que extrajo de su chaqueta—. ¿Te duele?

—Estoy bien, no me duele. —Cogió la mano de Erik y le sonrió para tranquilizarlo—. ¿Se puede saber de dónde han salido esos bichos?

—No lo sé, y llámame loco, pero parecían que venían a por nosotros.

—¡Los planos están dentro del coche! —Frunció el ceño y tensó sus labios—. Después de haber ido expresamente a por ellos… —dijo con fastidio—. Suerte que, por lo menos, llevamos nuestras armas y los móviles.

—Tendremos que improvisar. —Erik abrazó a Sara para tranquilizarla, luego tomó su cara entre sus manos y la besó—. Todo saldrá bien. Los vamos a coger, aunque tengamos que poner patas arriba ese horrible lugar.

Sara sonrió. Erik era la única persona que, con tan solo un abrazo,

conseguía calmarla. Emprendieron la marcha por el siniestro bosque, camino a Santlaú.

Una niebla poco natural apareció en el sendero por el que caminaban. No era una niebla espesa, sino una pequeña neblina como si se tratara de una fina capa de humo. A ambos lados, unos árboles altos de espesas ramas se agitaban con suavidad. El sonido del viento parecía susurrarle al oído. En el cielo, el eclipse cada vez era más visible.

Sara miró su reloj de pulsera, eran las 12:00 AM; faltaba una hora para que el Anillo de Fuego hiciera su aparición. Erik le tocó un brazo para llamar su atención. Delante de ellos, se encontraba la puerta de hierro con sus dos gárgolas en forma de demonios alados.

Los inspectores se aproximaron y empujaron con todas sus fuerzas, pero estaba cerrada. Llamaron al timbre. Tras varios minutos de espera, nadie contestó.

—Entraremos por el mausoleo de los Huber —dijo Sara y puso rumbo al camposanto.

El teléfono de Sara sonó varias veces.

—¿Ha vuelto la cobertura? —preguntó Erik.

—Eso parece. —Miró su teléfono, eran dos mensajes de Marta. En uno, le decía que iban de camino. En otro, le pedía que por favor mirara una foto que le anexaba, y que se fijara en los nombres de las personas que aparecían en ella. Sara abrió el archivo de la foto, y emitió un grito cerrado—. ¡Dios mío! Pero ¿qué es esto?

—¿Qué pasa?

—Mira esta foto. —Le pasó el móvil a Erik. Este, al mirar la foto, se quedó sin aliento.

—¡No puede ser!

32

Marta sacó su móvil del bolso, tenía varias llamadas perdidas y mensajes. Las llamadas eran de Sara, quien le había dejado un mensaje para indicarle que habían descubierto algo importante y que los esperaban en Santlaú. También tenía mensajes de su amigo Manu.

Marta, perdona, pero la información sobre el Anillo de Fuego no era correcta.
Me equivoqué, el fenómeno se producirá hoy.
Bueno, de hecho, ya se está produciendo.

Esta miró hacia el cielo. Por el momento, apenas se apreciaba.

—Sara y Erik van a Santlaú —informó—. Tenemos que alcanzarlos, necesitan nuestra ayuda. —Su pierna temblaba y daba golpecitos sobre el suelo.

—Marta, me estás asustando. No entiendo nada, ¿qué está pasando?

La antropóloga le resumió lo que acababa de descubrir. Rubén abría cada vez más los ojos, hasta casi salirse de sus órbitas.

—Necesito un favor: conduce tú. Yo le echaré un vistazo al diario de María, o lo que quiera que sea esto. —Rubén asintió.

Pusieron rumbo a Santlaú, mientras Marta leía en voz alta.

Jafra, 1935

Hasta hace unos días, me negaba a estar en este pueblo de mala muerte. No es un sitio para mí; para una reina, que es lo que soy. Todos mis esfuerzos no han servido de nada. Cuando convencí a ese patético para que se casara conmigo y conseguir tener todo lo que me merecía, murió. Su familia me repudió; a mí y a su hija. Sí, su hija. *Yo no la considero mía, solo la tuve para atarlo por completo a mí. A mi llegada a Jafra, una energía oscura me invadió y los conocí a ellos, quienes me llevaron al bosque y noté su presencia; aquel que me devolverá la vida que me merezco. Solo tenemos que encontrarle un recipiente.*

Jafra, 1936

Estoy emocionada. Hace meses que le rendimos culto: hemos practicado misas negras y le hemos ofrecido sacrificios humanos. Él*, a cambio, nos ha hablado e informado de que ha llegado el momento. Vamos a intentar traerlo a la Tierra en pocos días. Tanto yo como mis compañeros, deseamos que llegue ese momento.*

Jafra, 1936

Mi frustración es tan profunda que es tangible; ninguno de los recipientes ha sobrevivido. Raptamos a varias chicas embarazadas, estábamos seguros de que alguno de sus bebés albergaría a nuestro señor, pero ninguno ha sobrevivido. Mientras escribo estas letras, lloro de impotencia, pero lo seguiremos intentando. No importan los cadáveres que dejemos a nuestro paso, todo sea por nuestra causa y la de él.

Jafra, 1940

He encontrado un libro: Grimorio se llama, me han dicho que es un libro de brujas. Habla de cómo crear un portal para llamar a la oscuridad. Al parecer, la clave está en el Anillo de Fuego. He hablado con mi señor sobre el tema. Gracias a las misas negras y los sacrificios que le ofrecemos, se está haciendo más fuerte. Nos ha pedido que le dejemos al sacrificio humano en la sala de las misas, ya que se apodera de su mente y recrea su peor fobia. Se alimenta de él, y después debemos ofrecerle su sangre. Mi señor me ha hablado de una familia, los Huber. Jonás ha ido a conocerlos a Austria para un primer contacto.

Jafra, 1945

Los Huber están en Jafra. Han tardado en llegar, pero la espera ha merecido la pena. Acabo de conocer a Elías, está tan cegado por su dolor y tan desesperado por curar a sus hijos que no ha puesto pegas en nada de lo que le hemos dicho. No es consciente de dónde se está metiendo, y yo no puedo contener mis carcajadas. Los seres débiles me las producen; Elías lo es, y mucho.

Jafra, 1945

Todo está a punto. Sophia, en unas horas, dará a luz y comenzará el eclipse anular solar. Cuando el Anillo de Fuego esté en su máximo esplendor, Agramon gobernará el mundo en su nuevo recipiente. Me tengo que marchar para ultimar los últimos preparativos, pero cuando todo termine, volveré a por este diario y explicaré cómo ha sido la llegada de Agramon.

Tras leer algunos pasajes del diario, Marta hizo una pequeña pausa para procesar la información de lo que esas páginas le acababan de rebelar.

—¿No hay nada más? —preguntó su compañero.

—No, eso es todo. De todas formas, ya sabemos cómo acabó María: la encontraron muerta en la propiedad de los Huber. Pobre infeliz, no se juega con un demonio, y nadie debería fiarse de uno. Si confías en uno, se llevará tu alma consigo y más cuando se trata de uno tan poderoso como el que invocaban. —Su pie daba tantos golpecitos en el suelo del vehículo que Rubén pensó que lo acabaría traspasando—. Además, Agramon los engañó a todos. —Miró al cielo, el eclipse

seguía su curso—. Pisa el acelerador a fondo, debemos llegar cuanto antes. Nuestros compañeros nos necesitan.

Ante ellos, un coche en medio de la pista forestal, los obligó a frenar.

—Es el coche de Sara y Erik —observó Rubén mientras bajaba del coche. Marta lo imitó.

El vehículo estaba vacío, no había rastro alguno de los miles de insectos que lo invadieron hacía un momento.

—Qué extraño. ¿Por qué dejarían el coche aquí en medio?, ¿y con las llaves puestas? —Rubén puso el contacto en marcha y el vehículo rugió—. Arranca, así que descartamos que sufrieran una avería. Además, uno de los dos está herido —dijo observando unas gotas de sangre en el asiento del copiloto—. Esto no me gusta nada.

—Tenemos que alcanzarlos. —No dejaba de observar el cielo, el cual se apagaba por minutos. La Luna iba tapando al Sol poco a poco.

Rubén apartó el coche de Sara y Erik para dejarles espacio y pasar por la carretera. Pusieron marcha a Santlaú con un mal presentimiento.

La impresionante valla del centro apareció ante ellos. Corrieron hacia la puerta y la empujaron con todas sus fuerzas, pero no se abría. Picaron al interfono situado a la derecha del muro, donde una de las gárgolas los miraba fijamente. Nadie contestó.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Rubén, mientras buscaba una manera de entrar.

Detrás de la valla, un remolino de niebla se acercaba tímidamente, y tomó forma hasta transformarse en un hombre elegante; el mismo que Marta había visto tantas veces y que ahora sabía quién era: Elías Huber.

Elías se aproximó a la valla, tocó la puerta de hierro y comenzó a abrirse emitiendo un sonoro chirrido.

—Dime que la puerta se ha abierto sola —preguntó a Marta, aun sabiendo la respuesta, ya que su compañera parecía sumida en un sutil trance—. Contéstame, ¡me estás asustando!

—Él está aquí, nos está dejando pasar —contestó ella sin mirarlo, no podía apartar sus ojos de los de Elías.

—¿Él? ¿Quién? —Tragó saliva.

—Elías Huber.

Rubén sintió como todo su cuerpo se estremecía. Él era científico, no creía en fantasmas, ni en la vida después de la muerte. Sin embargo, ahí estaba, con su compañera, una persona capaz de captar energías; incluso verlas.

—Rubén, no tengas miedo. —Salió de su trance y cogió a su compañero de la mano—. Quiere que lo sigamos.

Marta se encaminó al antiguo hogar de Elías con Rubén de su

mano. El espectro levitaba delante de ellos y desprendía una fina neblina a su paso. Se situó delante de, lo que en su día fue, un laberinto de setos. En sus ojos, aparecieron unas lágrimas que recorrieron sus mejillas hasta caer al suelo. Se giró veloz para acercarse a Marta y quedarse delante de ella, estaba tan cerca que esta sentía el frío que desprendía. Se quedó paralizada. Elías acercó su mano hasta posarla en el brazo de ella. Marta sintió como una ráfaga de energía la invadía. Todo empezó a girar a su alrededor, así que cerró los ojos y apretó todo lo que pudo.

Cuando la sensación desapareció, los abrió.

Se encontraba en el mismo lugar, pero era distinto. El laberinto de setos ya no se encontraba seco y sin vida, sino que brillaban con un profundo verde. Había plantas de lavanda por todos lados y su sutil aroma invadió sus fosas nasales hasta llevarla a un estado de relajación y plenitud. Las risas de unos niños llamaron su atención. Miró hacia el laberinto y los vio. Dos niños correteaban por él, llevaban unos pantalones a la altura de las rodillas; sus piernecitas estaban cubiertas de eccemas y pústulas. Supo que se trataban de los hijos de los Huber. Según la leyenda, nacieron con una enfermedad en la piel. «Tuvieron que sufrir mucho y, sin embargo, se los ve tan felices…», pensó Marta.

La imagen cambió ante ella. Ahora se encontraba más cerca de la casa; en concreto, de las escaleras principales. Una mujer, a quien reconoció por la foto de Valeria, salió de la casa llorando en un estado avanzado de gestación. Era Sophia Huber. Tras ella, como un ciclón, Elías Huber la cogía de un brazo con una furiosa mirada. Ella parecía suplicarle algo, pero él negaba una y otra vez con su cabeza. Una aterradora energía envolvía cada una de las secuencias que aparecían ante ella.

Elías le mostró más momentos de su vida, desde que llegó a Jafra hasta la noche del Anillo de Fuego.

Como al inicio de las visiones, todo comenzó a darle vueltas una y otra vez. Volvió a cerrar los ojos, y al abrirlos, Rubén la zarandeaba con la mirada descompuesta.

—Por favor, ¡reacciona! —suplicaba.

Marta cayó de rodillas al suelo, lloraba desesperada, y se sentía la peor persona del mundo. Experimentaba en sus carnes lo mismo que Elías sintió en su día. Apenas podía respirar, una inmensa sensación de culpa se lo impedía.

Rubén se agachó a su lado, le pidió que se centrara en un punto concreto y respirara con él. Después, la abrazó y le dedicó unos suaves masajes en la espalda hasta que se calmó.

—¿Estás mejor? —preguntó observando cómo su respiración volvía a la normalidad.

—Sí, gracias. —Este le tendió un pañuelo con el que secó sus lágrimas.

—¿Qué te ha pasado?

—No sé si me vas a creer, pero Elías Huber me ha tocado y me ha transportado al momento en el que vivía aquí. Me ha mostrado cómo se comportó con su familia. Rubén, ha sido horrible. He visto cosas —respiró profundamente— monstruosas, y he sentido todo lo que él sintió. Te juro que nunca he vivido nada así.

—Marta, te creo. —Ayudó a su compañera a levantarse.

—No podemos perder más tiempo. Debemos encontrar a Sara y a Erik, están en peligro.

33

La entrada al mausoleo de los Huber estaba cerrada. Un candado oxidado custodiaba la puerta para impedir que nadie la invadiera. Erik lo miró detenidamente. «Un simple candado oxidado no nos va a detener», pensó. Echó un vistazo a su reloj de pulsera; solo faltaban cuarenta y cinco minutos para que el Anillo de Fuego hiciera su aparición.

—Sara, ¿llevas una de tus horquillas mágicas?

Sara elevó su larga cola de caballo, mientras sacaba una de sus horquillas. Últimamente les estaban siendo muy útiles.

—Aquí tienes, *ladronzuelo*. —Sonrió mientras se la daba—. ¿Podrás abrirla?

Erik se giró hacia ella, mientras introducía la horquilla por el candado.

—Esto es pan comido, he abierto candados peores.

El candado cedió y cayó al suelo. Erik empujó la puerta, la cual se abrió al instante. Ambos sacaron sus armas reglamentarias de sus sobaqueras y se introdujeron en el frío templo sagrado.

Iniciaron el camino por el que accedieron la primera vez que estuvieron allí. Necesitaban adentrarse en los pasadizos que conducían a las entrañas de Santlaú. Sara miraba sin cesar a su alrededor, temerosa por encontrarse con algún desagradable roedor.

Bajaron la escalera de piedra con la ayuda de la linterna de sus móviles. Miraban dónde ponían los pies, ya que las escaleras lucían un estado lamentable. Ante ellos, apareció la red de túneles.

Caminaron por el pasadizo. Escuchaban el eco de sus pasos y de las pequeñas gotas de humedad que resbalaban por las paredes, donde se formaban charcos en el suelo arenoso. El pasadizo se fue ensanchando hasta terminar en una bifurcación.

—¿Derecha o izquierda? —preguntó Erik.

—Izquierda, la última vez fuimos por la derecha.

Emprendieron su marcha por el camino oscuro y cavernoso, con pasos sigilosos y todos sus sentidos en alerta. Aquel pasadizo no parecía tener fin. No obstante, un hedor nauseabundo los invadió, era el olor más repugnante que jamás habían olido.

Ambos se taparon la boca.

—Por Dios, pero ¿qué es este olor? —preguntó Erik arrugando la nariz.

—No lo sé, pero es insoportable. —Aguantó una arcada—. Creo

que viene de esa puerta, entremos para comprobar de qué se trata.

La habitación estaba completamente a oscuras, pero enfocaron —con sus móviles— cada recodo de aquel lugar. En una esquina, se encontraban apilados cinco cadáveres irreconocibles, y otro que parecía más fresco. Avanzaron hacia ellos con el aliento contenido. Las capas de sus epidermis se habían desprendido, igual que sus cabellos. Algunos de ellos llevaban una bata médica, y ambos pensaron lo mismo: acababan de encontrar al verdadero personal de Santlaú.

El cadáver que llevaba menos tiempo en aquel lugar pertenecía a la hermana Elisa. Bajo el cadáver, sobresalían varios huesos. Observaron cada uno de los cadáveres que tenían delante; también sobresalían varios huesos humanos. Sara se giró e intentó salir de aquel lugar lo más rápido posible; sin embargo, tropezó y cayó al suelo.

—Sara, ¿estás bien? —Erik corrió hacia ella para ayudarla a levantarse.

—Estoy bien, solo he tropezado con algo. —Enfocó con su móvil al objeto que la había hecho tropezar, era una caja de madera. Su interior estaba repleto de pequeños huesos humanos—. Pero ¿con qué panda de psicópatas nos hemos topado? Esto es una fosa común.

Salieron a toda prisa de aquella habitación. Tosían sin parar, debido al hedor que respiraban, mezclado con el espeso aire cargado de polvo y humedad.

—Aquí hay otra puerta. —Erik señaló la habitación de al lado—. ¿Entramos?

—No creo que encontremos algo peor.

Las luces de las linternas de sus móviles alumbraron la habitación. Estaba en peor estado que la anterior, como si hubiera sufrido un desprendimiento. Había dos camas, y juguetes de madera por el suelo: un caballito, coches y varios juguetes más. En la pared del fondo, había un agujero con una pila de escombros. A Sara le vino a la mente la historia que Silvia le contó sobre el hallazgo de unos huesos de bebés.

—Esta es la habitación que encontraron los obreros, en la que estaban los huesos de los bebés. —Se giró al escuchar una especie de rezo—. ¿Escuchas eso? —susurró.

—Sí, y cada vez está más cerca. —Una tenue luz apareció por el pasadizo—. Corre, ven. Se acercan.

A través de la rendija de la puerta, Erik observó que un grupo de cuatro personas, vestidas con una túnica negra y cubiertas con unas capuchas negras que impedían ver sus rostros, desfilaban en fila. La primera y la última persona llevaban una antorcha. La túnica de la persona que caminaba en medio era negra y roja, parecía que iba

custodiada por el resto. Sus rezos envolvían todo el pasadizo; era un rezo sombrío, lúgubre y oscuro.

Sara apartó con suavidad a Erik para ver el siniestro desfile que pasaba por delante de ellos.

—Tenemos que seguirlos —susurró.

Abrieron la puerta, y siguieron el sutil rastro de luz que las antorchas dejaban a su paso. De repente, los rezos cesaron y las antorchas dejaron de brillar. Se toparon ante una gruesa cortina de terciopelo negro. Sara la retiró, lo mínimo que pudo, y contuvo el aliento ante su descubrimiento.

Lo primero que vio fue un altar de piedra. La única iluminación provenía de unos cirios colocados sobre el altar. Justo en la pared de detrás, había una estrella de cinco puntas con la imagen de un macho cabrío; y, justo delante, varias filas de bancos de madera, iguales a los de las iglesias.

Los inspectores entraron sigilosos y asombrados de que los encapuchados hubieran desaparecido del mismo modo que aparecieron.

Erik se aproximó al altar.

—Mira esto. —Señaló hacia el altar de piedra.

Sara se acercó sin quitarle ojo a la imagen del macho cabrío.

—¿Esto es sangre? —preguntó.

—Es muy probable. Por cierto —miró a su alrededor con curiosidad—, ¿dónde se han metido?

—Tiene que haber una salida, es imposible que se hayan desvanecido.

Sara bajó del altar, y miró cada rincón de aquella siniestra y oscura habitación. En una de las esquinas más tenues, encontró una abertura en la pared.

—Erik —este se encaminó hacia su compañera—, han salido por aquí.

Se introdujeron dentro de la oscura gruta. Un tramo de escaleras los recibió, y subieron por ellas hasta toparse con una pequeña puerta de hierro tupida con decoración gótica y un aspecto muy descuidado. Al empujarla, una ligera brisa acarició sus rostros.

Por un momento, perdieron la noción del tiempo y dudaron si era de día o de noche. El sol casi había desaparecido del cielo, y una oscuridad poco natural lo invadía todo. Miraron a su alrededor para tratar de situarse.

Acababan de salir por la puerta que vieron en su primera visita al camposanto, donde se encontraban en ese momento.

34

20 minutos para el Anillo de Fuego

El espectro de Elías Huber levitaba delante de Marta y Rubén, los conducía por los pasillos de Santlaú hacia un destino que ninguno de los dos imaginaba. Rubén miraba a su alrededor sin comprender muy bien hacia dónde se dirigían. Él no veía al espíritu de Elías, cosa que le inquietaba, pero también estaba muy preocupado por su compañera; parecía sumida en un profundo trance.

Marta paró en seco delante de una puerta, donde en un letrero se leía una palabra: «Enfermería».

El espíritu de Elías entró y se dirigió a una esquina de la habitación, donde se encontraba una puerta de madera. «Qué extraño», pensó Marta, «no parece que pertenezca a esta sala, es como si la hubieran instalado a propósito».

Tras ella, unas escaleras los esperaban. Bajaron una tras otra, poco a poco, detrás de ese ser etéreo que, de vez en cuando, se giraba para vigilar que lo siguieran. Tras varios tramos de escaleras, un pasadizo apareció ante ellos.

—¿Dónde vamos? —preguntó Rubén inquieto.

—No lo sé, Elías nos está guiando. Vamos, nos está esperando. —Retomó el camino sin mirar a su compañero.

Rubén tragó saliva. Su condición de científico no asimilaba lo que estaba ocurriendo; empezaba a asustarse.

Tras unos minutos de camino en un profundo silencio, pararon en seco al toparse con una espesa cortina de terciopelo negro. Marta la apartó y se introdujo en su interior, seguida de su compañero.

Ambos miraban el lugar sin perder detalle de todo lo que tenían ante sus ojos.

—¿Estamos en una iglesia? —preguntó Rubén no muy convencido de si el término era correcto y más cuando vio la estrella de cinco puntas con el macho cabrío de la pared.

—Se podría decir que sí, pero aquí no veneran a Dios.

El espectro de Elías se aproximó a Marta y depositó su mano en la cabeza de esta. Marta sintió un mareo más intenso que el anterior y cayó al suelo.

Jafra, 1945.

El día del Anillo de Fuego.

Marta despertó y se tocó la cabeza; le dolía muchísimo. Se

incorporó despacio hasta sentarse e intentar averiguar dónde se encontraba y qué le había pasado. De repente, empezó a recordar: Elías había colocado una mano sobre su cabeza y se desmayó. El dolor era debido a que se golpeó al caer. Se levantó en busca de Rubén.

Se encontraba en la misma sala que hacía unos instantes, pero su compañero no estaba por ningún lado. Sin embargo, había tres personas encapuchadas, y se dirigió temerosa hacia ellos.

—¡¿Qué habéis hecho con mi compañero!? —gritó, pero ninguno de ellos le prestó atención.

Intentó tocar a uno de esos encapuchados, pero al hacerlo, lo atravesó. Instintivamente, dio varios pasos hacia atrás. «Pero… ¿qué está pasando?», se preguntó.

Detrás de la cortina, aparecieron dos personas más. Llevaban cogida a una mujer de ambos brazos; la mujer no paraba de gritar y llorar. La cara de la mujer le sonaba mucho. Observó su vientre abultado, estaba embarazada. Un hombre entró en la sala y se puso de rodillas ante los encapuchados para pedir clemencia.

Marta observaba la escena como si de una película se tratara. Ese hombre y esa mujer eran los Huber, Elías y Sophia. Y, entonces, comprendió que el espectro de Elías le estaba mostrando nuevamente el pasado.

Llevaron a Sophia al altar, donde la tumbaron y ataron de manos y pies. El resto, en cambio, golpeaban a Elías hasta dejarlo tirado en el suelo sin moverse. Se sentaron en los bancos a la espera de algún suceso. Uno de los miembros —que se dirigía hacia al altar—, se retiró la capucha. Era una mujer de mediana edad. Acarició el rostro de Sophia con una sonrisa y mostró una dentadura amarillenta.

—Compañeros, ¡ha llegado el día! —María comenzó su discurso—. Agramon nos honrará con su presencia a través del hijo de Sophia. Tendremos que hacernos cargo de él hasta que tenga edad suficiente para reinar sobre todos los seres humanos.

Se acercó a Sophia y le tocó el vientre.

—Es la hora. Cogedla y seguidme, Agramon nos espera —ordenó.

Jonás cogió en brazos a Sophia, mientras otro de ellos arrastraba a Elías. Siguieron a sus compañeros hasta una abertura situada en una de las esquinas de la sala.

Subieron un tramo de escaleras y salieron, a través de una pequeña puerta, al camposanto. Jonás depositó a Sophia en el suelo. María sostenía, entre sus manos, un cáliz de color negro con inscripciones satánicas. Con una daga, se hizo un corte en la mano y vertió la sangre que manaba de la herida en el cáliz; el resto de sus compañeros hicieron lo mismo. María se aproximó hacia Sophia y vertió el líquido rojo —aún caliente— a su alrededor para formar un círculo. Jonás colocó velas sobre la sangre derramada por la curandera.

María se situó dentro del círculo junto a Sophia, mientras miraba al cielo. El Anillo de Fuego acababa de aparecer. El cielo se tornó negro, y la Luna había tapado casi por completo al Sol; un pequeño aro se instaló a su alrededor, el cual brillaba y vibraba como las llamas de un intenso fuego.

—Es la hora —dijo mirando a sus compañeros—. Sophia, tienes que empujar. Tu hijo debe nacer ahora.

Elías gritaba como un loco, intentó acercarse a su mujer, pero Jonás se lo impidió tras propinarle una patada en el estómago que le hizo doblar de dolor.

Sophia comenzó a empujar, el bebé estaba a punto de nacer. María la ayudaba en el parto. El cielo se oscurecía cada vez más y más, unos rayos aparecieron sobre el círculo donde Sophia daba a luz. Marta sentía como una energía impura manaba de aquellos rayos; los cuales caían sobre el cuerpo de Sophia, quien gritaba con todas sus fuerzas. La curandera contemplaba el espectáculo que se formaba en el firmamento. El Anillo de Fuego seguía vibrando mientras los rayos no cesaban de caer sobre Sophia.

De repente, la calma lo inundó todo. María tenía en sus manos al bebé de Sophia; era una niña. El eclipse llegó a su fin y los rayos desaparecieron. Los encapuchados se dirigieron hacia el círculo para conocer a Agramon. María sostenía a la niña en brazos, no apartaba su mirada de ella. Su cuerpo comenzó a temblar sin control.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jonás preocupado.

—Nuestros esfuerzos nuevamente no han servido de nada, la niña ha nacido muerta —respondió abatida.

Elías se arrastró hacia María, y reunió las pocas fuerzas que le quedaban para arrebatarle al bebé de sus brazos. Lloraba sin cesar por la triste noticia.

Jonás se acercó a él con la intención de quitárselo, pero María lo detuvo.

—Déjalo, ese bebé ya no nos sirve.

Elías acunaba a su hija, abrazándola con dulzura. No comprendía por qué había nacido muerta.

—Lo siento mucho, pequeña. —Sollozó—. Esto es culpa mía. Espero que me puedas perdonar, Melinda; tu madre eligió ese nombre para ti.

Elías se acercó a su mujer, quien yacía en el suelo, pero no notaba su respiración. «Por favor, Sophia, esto no puede terminar así… ¡No puedes morir!», pensó.

—Cariño, por favor, háblame. —Elías le tomó el pulso. Era débil, pero aún vivía—. Sophia, te pondrás bien. Te lo prometo, mi amor —susurró.

Sophia se incorporó. Miró a su marido y al resto de las personas

que estaban a su alrededor. Sin embargo, sus ojos habían cambiado; eran dos luces blancas, imposibles de mirar. De su garganta, se escuchó una gran carcajada.

—Sophia ya no está. —Una voz profunda emergió de lo más profundo de su garganta—. Mi nombre es Agramon.

María no daba crédito a lo que estaba pasando, pero después de tantos años y esfuerzos, lo habían logrado. Agramon tenía su recipiente.

—Señor, soy María, tu sierva. —Intentó cogerle la mano, pero este la empujó.

—¡Eres una inútil! —gritó—. Maldita seas, ¡has sido muy lenta! A mi ejército no le ha dado tiempo de cruzar, ahora tendré que esperar a que otro Anillo de Fuego de esta magnitud haga su aparición —gruñó —. Este recipiente está demasiado débil, así que necesitaré un pequeño favorcillo.

—Dime, ¿qué necesitas? Haré lo que me pidas. —María se arrodilló ante él.

—Acercaos a mí, por favor —pidió más calmado.

María y su séquito se aproximaron a Agramon, quien los miró con sus brillantes ojos. Se introdujo en sus mentes, accedió a sus fobias y a sus miedos más profundos para matarlos de terror.

Elías corrió con Melinda entre sus brazos, tenía que ir a por sus hijos y salir de allí. Se introdujo en la red de pasadizos y llamó a sus hijos a pleno pulmón hasta que dio con ellos. Salieron al exterior de la masía. Elías no quería mirar atrás, sabía que los estaba siguiendo. León corrió hasta el laberinto. Para él, ese lugar era su talismán; en su interior nada malo pasaría. Elías lo siguió, junto a Luca y su bebé muerto, y corrieron hasta quedar delante del pozo. Una niebla oscura apareció ante ellos, impidiéndoles el paso. Los niños lloraban desconsolados, pero Elías se colocó delante de ellos para enfrentarse a aquel ser. Los protegería con su vida.

—¿Qué quieres de nosotros?

—Sencillo: vuestro miedo.

El demonio tomó su forma humana, la de Sophia. Y Elías, todavía desolado por la muerte de su esposa, se aproximó para cogerla de la mano. Necesitaba encontrarla, traerla de vuelta al mundo de los vivos. Aquel no podía ser su final.

—Sophia, cariño, sé que estás ahí. Por favor, lucha. Vuelve con nosotros, mi amor, ¡te necesitamos! —Elías acariciaba la mano de su esposa con un amor infinito.

—¡Ya te he dicho que Sophia no está! —gritó el demonio—. No te preocupes, ahora te reunirás con ella.

Agramon estiró su brazo y lanzó al pozo a Elías y a sus hijos, quienes murieron en el acto.

En la actualidad

El espectro de Elías apareció ante Marta, con lágrimas en los ojos, y volvió a colocar su mano sobre la cabeza de esta para devolverla a su época. Marta abrió los ojos. Rubén se encontraba a su lado, nervioso, mientras le tomaba el pulso.

—Estoy bien, no te preocupes. Ayúdame a levantarme, por favor. —Rubén ayudó a su compañera—. Debemos encontrar a Sara y a Erik. —Señaló en una dirección—. Hay una abertura en esa esquina que nos conducirá al cementerio. Tenemos que parar esto antes de que sea tarde.

—¿Qué has visto? —A pesar de que aquel nuevo mundo lo desconcertaba, confiaba en que su compañera decía la verdad.

—Elías me ha mostrado qué le pasó a su familia, nunca había presenciado tanto horror. Agramon poseyó a su mujer, Sophia, y ahora quiere traer a su ejército. No puede gobernar en la Tierra sin él, pero en cuanto el Anillo de Fuego aparezca, los traerá y se desatará un verdadero infierno. Debemos pararlo, Rubén. Todo este tiempo ha estado delante de nuestras narices y no lo hemos visto. —Marta se sentía culpable por no haber sentido su energía el día que la conoció.

—Entonces, la persona de la foto, ¿es el demonio? —preguntó Rubén, quien a todavía le quedaban dudas después de salir de su visita con Valeria.

—Exacto. Agramon vive en el cuerpo de Sophia Huber, solo que ahora se llama Raquel y es la recepcionista de Santlaú.

Una sombra apareció en la sala, pero no les dio tiempo a reaccionar. En cuestión de segundos, una persona vestida con una túnica negra cogió a Rubén por detrás y le puso una daga en el cuello. Marta hizo un amago de acercarse para socorrer a su compañero.

—Si te mueves, lo mato —dijo, apretando la daga en la garganta de Rubén, de la cual surgió un fino hilo rojizo.

La persona de la túnica se retiró la capucha y miró a Marta.

—¡Doctor Mateo! —exclamó—. No le haga daño, él es inocente. —Levantó las manos en señal de redención.

—El Dr. Mateo está muerto, igual que lo estaréis vosotros en unos minutos. —Sonrió y empujó a Rubén para que comenzara a caminar —. Seguidme, *él* nos espera. Si haces alguna tontería, lo mato —amenazó a Marta.

35

Bosques de Jafra, un año antes

Eran las once de la noche de un gélido sábado de octubre. Las temperaturas habían caído en picado, a pesar de no ser un mes frío. Cristina y Ramón se aproximaban con sus linternas y sus mochilas al lugar donde habían quedado con Rosa y Elisa.

Ambos eran amigos de toda la vida. Creían en lo paranormal y en todo lo que no se pudiera explicar racionalmente, como el pueblo de Jafra y la leyenda de Melinda. Dicha leyenda era muy conocida en el círculo por el que se movían. Habían visto numerosos vídeos en YouTube, donde personas practicaban *ouijas* y psicofonías para contactar con el espíritu de Melinda.

Según rezaba la leyenda, una familia acaudalada de origen austriaco, vivió en una masía abandonada a las afueras del pueblo de Jafra. El matrimonio no era muy sociable; tenían dos hijos. Ambos sufrían una terrible enfermedad en la piel, y el matrimonio no les permitía ir al pueblo ni ser vistos. La mujer se quedó en cinta y dio a luz a una niña sana, a la que llamaron Melinda. La esposa, sin embargo, murió en el parto. A partir de ahí, los hijos murieron uno a uno; no se sabía si fue el propio padre el que acabó con la vida de los pequeños o si murieron por la enfermedad que padecían. El personal abandonó su trabajo debido a que, el señor de la casa, se comportaba de manera muy extraña. Una noche del mes de octubre, Melinda —con seis años— huyó al jardín perseguida por su padre enloquecido.

Dice la leyenda que la niña cayó al pozo del jardín, donde su padre mandó construir un laberinto de setos y arbustos para que los niños jugaran. Nunca más se supo del paradero de Melinda, tampoco de su padre. Se contaban historias que, en los bosques de Garraf, aparece el fantasma de Melinda; ayuda a los visitantes que se encuentran extraviados a escapar de las garras de su malvado padre.

Desde que Cristina y Ramón descubrieron dicha leyenda, se obsesionaron con ella. Descubrieron un foro llamado *Descubriendo a Melinda*, donde hicieron amistad con Rosa y Elisa.

Rosa trabajaba en una biblioteca. Elisa, en cambio, era monja; cualidad que les sorprendió bastante, además de su edad, ya que era una persona muy mayor. Sin embargo, tenía una mente abierta. En una ocasión, les dijo que, la razón por la que se interesó por temas paranormales, era porque quería encontrar evidencias de la vida después de la muerte; que, a pesar de ser religiosa y creer en Dios, su

vida estaba cada vez más cerca de su final y quería encontrar respuestas de cómo sería el otro lado.

Un día, Rosa les propuso ir a Jafra para contactar con el espíritu de Melinda. Querían hablar con ella, averiguar qué le sucedió de verdad; y ya que estaban, encontrar una prueba firme de que había algo más después de la muerte.

Y ahí se encontraban los dos amigos, a la espera de Rosa y de Elisa, con una *ouija* en una de sus mochilas y los nervios a flor de piel. Estaban ansiosos por descubrir la verdad sobre la leyenda de Jafra; sin embargo, no se imaginaban lo que les depararía la noche y lo falsas que eran algunas leyendas.

—¿Crees que se presentarán? A fin de cuentas, no las conocemos de nada, aparte de los foros. ¿Y si nos han dejado tirados? —Cristina alumbraba con su linterna en todas direcciones a la espera de que sus compañeras aparecieran.

—Aparecerán, ya verás. Son buenas personas y estaban tan entusiasmadas como nosotros. —Ramón escuchó un ruido que provenía del bosque.

Las luces de unas linternas los cegaron durante un momento. Ante ellos, aparecieron una mujer mayor de apariencia frágil y una chica alta. Ambas se aproximaron para saludarse con grandes abrazos; se alegraban de conocerse en persona.

—Disculpad la tardanza —dijo Elisa, intentando recuperar el aliento—. Creo que nos hemos perdido un par de veces.

—Tranquilas, a nosotros también nos ha costado llegar. —Ramón miró su reloj de pulsera, estaban a punto de dar las doce de la noche —. Es casi la hora, ¿comenzamos?

Sacaron la *ouija* de la mochila, encendieron unas velas y se sentaron a su alrededor para invocar al espíritu de Melinda.

Media hora después, todo seguía igual. Melinda no se había comunicado con ellos. De hecho, no habían tenido ninguna percepción sobrenatural. Se miraron los unos a los otros decepcionados.

—Será mejor que recojamos y nos marchemos —dijo Ramón abatido.

Apagaron las velas y las guardaron en la mochila junto a la tabla *ouija*. Un viento frío se levantó y les heló hasta las entrañas. Un sonido, procedente del espeso bosque, los asustó. Los cuatro enfocaron con sus linternas hasta el lugar de donde procedía el sonido. Ante ellos, apareció la figura de una mujer; vestía ropas antiguas y tenía un aspecto desaliñado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Cristina, acercándose a ella.

La chica miró a Cristina, quien sintió una oleada de terror. Bajó la mirada y retrocedió hasta reunirse de nuevo con sus compañeros.

—Veo que invocabais al espíritu de Melinda. —Rio—. Una lástima,

pero no podrá ser. Melinda nunca llegó a existir: nació muerta.

Todos se miraron sin comprender quién era esa mujer. Hacía pocos meses restauraron la vieja masía del matrimonio austriaco y la habían convertido en un hospital psiquiátrico. Tenía pinta de haberse escapado de allí.

La mujer percibió el miedo de las personas que tenía delante. Cómo le gustaba saborear esa sensación, se sentía más poderosa. No obstante, no podía matarlos —por más que quisiera—, ya que necesitaba ayuda para completar lo que empezó. Se había escondido en la masía a la espera de que llegara el momento en que el Anillo de Fuego. Y, ahora, faltaba muy poco. Necesitaba recuperar su poder para traer a su ejército. Esos pardillos eran perfectos para su plan, ellos le conseguirían víctimas de las que alimentarse.

—Permitid que me presente, mi nombre es Agramon. —Sonrió orgulloso—. Tuve que coger prestado este recipiente: el de Sophia Huber, la mujer del médico austriaco y la que habría sido madre de la difunta Melinda. —Sonrió todavía más, mientras sus ojos se iluminaban.

—¿Cómo sabemos que dices la verdad? —se envalentonó Ramón —. ¿No serás una de las pacientes de Santlaú?

Agramon se acercó a Ramón y lo cogió del brazo.

—Veo que eres el gallito del corral. Está bien, te enseñaré algo.

Agramon le tocó la sien y le mostró todo lo ocurrido con Elías y Sophia. Ramón cayó al suelo y reptó hasta sus compañeras, hiperventilando, con el corazón a mil.

—¿Qué te ha hecho? —Cristina lo ayudó a incorporarse.

—¡Esa cosa me ha mostrado lo que le hizo a la familia austriaca! ¡Dice la verdad! —Su cara reflejaba agonía.

—Os voy a proponer un trato: si me ayudáis, os compensaré. Ramón, sé que te gustaría disponer de mucho dinero. Elisa, tú quieres saber si hay vida después de la muerte. —Elisa lo miró sin comprender, ¿cómo podía saberlo? Agramon se dio cuenta de su reacción—. Conozco vuestros anhelos y vuestros peores temores —aclaró—. Vosotras dos —señaló con una larga uña amarillenta a Cristina y Rosa— tendréis un lugar a mi lado cuando reine en la Tierra. —Miró a ambas. Rosa estaba pálida, y de su pantalón, brotó una mancha oscura; se había orinado de miedo. Agramon rio, su miedo lo alimentaba—. ¿Qué me decís?

Se miraron los unos a los otros. Pese al terror que sentían, la oferta era muy tentadora; eran personas con trabajos y vidas mediocres. La oportunidad de trabajar con un ser sobrenatural y conocerlo era, incluso, mejor que si hubieran contactado con el espíritu de Melinda.

Una duda surgió en la cabeza de Ramón.

—Aceptamos —dijo con firmeza—. ¿Qué tenemos que hacer? —

Meditó en su cabeza aquella duda, y decidió hacerla—. ¿Qué eres?

Agramon sonrió, habían caído en sus redes y qué fácil se lo habían puesto.

—Vayamos por partes. —Se frotó las manos—. Lo primero es deshacerse del personal de Santlaú. Por suerte, aún no hay pacientes; a lo largo de esta semana comenzarán a llegar. Ramón, tú ocuparás el lugar del Dr. Mateo; el resto tendréis que camuflaros como parte del personal. Contrataremos a celadores y a enfermeras para que nadie sospeche. De momento, y hasta que recupere mi fuerza, no debemos levantar sospechas. Yo seré uno más… ups, perdón, seré una más. No me acostumbro a este recipiente, pero seré la dulce Raquel, una amable recepcionista. —Puso cara de niña buena con una maléfica sonrisa—. Y, a tu pregunta, Ramón, de qué soy. Soy un demonio, concretamente el demonio del miedo. —Observó la reacción de su nuevo séquito, olía su miedo a raudales—. No me miréis así y seguidme, tenemos personal del que deshacernos.

36

En la actualidad

El Anillo de Fuego estaba a punto de hacer su aparición. El espectáculo que el cielo ofrecía era digno de observar: la Luna se había apoderado del Sol, el cual luchaba por escaparse de sus garras. El aire se espesó de tal manera que costaba respirar. Sara y Erik se deslizaron sigilosos tras unos arbustos para no ser vistos por aquellas personas que, ajenas a ellos, formaban un pentagrama con velas. Uno de ellos volvió a entrar en el mausoleo y salió, tras unos minutos, con Marta y Rubén.

Marta caminaba a su lado con las manos en alto. A Rubén, en cambio, lo sujetaba por detrás y lo amenazaba con una daga. Al llegar junto al resto de sus compañeros, todos se quitaron las capuchas y dejaron sus rostros expuestos. A pesar de la poca luz que reinaba en el camposanto, los inspectores distinguieron a aquellas personas. Se trataban del Dr. Mateo, Cristina —la cocinera—, Rosa —la auxiliar de cocina— y Raquel —la recepcionista—. Sara reconoció, por la foto que Marta le había enviado, a Raquel como Sophia Huber, la mujer de Elías.

Sara hizo amago de salir de su escondite, pero se encontró con la mirada de Marta, quien los buscaba por todos lados. Esta les hizo una señal para que esperara.

—¿Qué pretende? —preguntó Erik en un susurro.

—No lo sé, pero voy a confiar en ella. Le doy cinco minutos, después vamos a por esos psicópatas. No pienso perder a ninguno de mis compañeros, ya perdí a demasiados en Islandia. —Erik cogió la mano de Sara—. El principal objetivo es Raquel… o Sophia… o lo que sea esa cosa.

Ramón se acercó a sus compañeros con sus presas.

—Mirad qué me he encontrado: dos ratas que merodeaban por donde no debían. —Empujó a Marta y la tiró al suelo. A Rubén, se lo dio a Cristina junto con la daga, quien lo apuñaló en un muslo e hizo que el forense emitiera un grito y cayera de rodillas al suelo.

—¡Ya basta! —gritó Agramon—. Cristina, contrólate. El Anillo de Fuego está casi en su máximo esplendor. Debemos comenzar, mi ejército llegará en breve.

Agramon se situó en el centro del pentagrama, y un círculo de fuego hizo su aparición vibrando alrededor de la Luna. El cielo comenzó a abrirse y emitió grotescos gruñidos acompañados de

relámpagos serpenteantes. Agramon tomó su figura natural, una nube oscura de gas y polvo con ojos brillantes. Miró a Ramón y se introdujo en su mente para liberar todos sus miedos más profundos, hasta que dio con su mayor fobia: la entomofobia. De la tierra brotaron miles de cucarachas, las cuales subían por el cuerpo de Ramón, quien gritaba y corría para sacarse a aquellos bichos de encima. Contra más luchaba contra ellas, más aparecían en su campo de visión. Se tiró al suelo y rodó de un lado a otro para intentar librarse de ellas, pero fue inútil. Aquellas cucarachas no le dieron tregua ni un segundo, sino que se apoderaron de todo su cuerpo. Ramón sintió un dolor en el pecho, una fuerte opresión lo dejó sin respiración. En pocos minutos, murió de un ataque al corazón.

—¡No! —gritó Cristina—. Ese no era el trato. ¿Por qué lo has matado? —Sollozó—. Hemos hecho todo lo que nos has pedido. Yo he matado para ti, ¡solo para complacerte!

—No te equivoques. Has matado por ti, por el placer que sentías al hacerlo. Te recuerdo que te ofreciste voluntaria y, por lo que sé, no has tenido un ápice de remordimiento por ninguna de las vidas que has quitado.

Marta se acercó a Rubén y presionó la herida para evitar que perdiera más sangre. Miró al cielo, contemplando como cada vez se abría más y más, como si fuera un cráter gigante. Desde las profundidades de aquel cráter, emergieron miles de rayos que caían alrededor de todos ellos.

Una sombra apareció detrás de Agramon y lo sujetó con todas sus fuerzas. Era Elías, quien miró a Marta, y esta supo que era el momento de actuar.

—Sara, Erik, ¡ahora! ¡Disparad! —gritó con todas sus fuerzas.

Los inspectores salieron de su escondite con sus reglamentarias en la mano, y descargaron toda su munición contra el cuerpo de Raquel. Elías la sujetaba para impedir que el demonio se zafara de su agarre. Agramon intentó meterse en la mente de Elías en busca de su peor temor, pero allí no había nada. Todo lo que temía le había sido arrebatado, ya no sentía miedo.

—Sophia, si aún queda algo de ti ahí dentro, por favor, ayúdame —rogó Elías.

Las lágrimas de Elías bañaban el rostro de su esposa, su ángel en la Tierra, a la que tanto había fallado. Por una milésima de segundo, al mirar a aquel demonio a la cara, pudo ver la luz de la mirada de su esposa. Lo había perdonado.

Agramon emitió un gruñido que silenció todo el bosque. Sophia abrió la boca y una nube oscura salió de su garganta para dirigirse hacia el cráter formado en el cielo. El Anillo de Fuego llegó a su fin y una explosión salió del cráter. El equipo de Sara cayó al suelo y

cerraron los ojos ante la detonación. Al abrirlos, el cielo estaba en paz y, poco a poco, el Sol ocupó su lugar, iluminándolo todo con sus rayos dorados.

Erik se acercó a Cristina, sacó sus esposas para ponérselas, mientras que, a Sara, le tiró las suyas para que hiciera lo mismo con Rosa.

—Estáis detenidas por los asesinatos de Lorena Beltrán, Silvia Ruiz, la hermana Elías y el personal médico de Santlaú —dijo Erik—. Se os van a quitar las ganas de jugar con demonios.

En el centro del pentágono, solo quedaban los restos de un esqueleto: los de Sophia Huber.

Sara se aproximó hacia sus compañeros, estaba muy preocupada por ellos. Rubén estaba consciente y Marta presionaba la herida para cortar la hemorragia.

—Rubén, ¿cómo estás? —preguntó.

—Sobreviviré —informó—. La herida no ha seccionado nada importante, y Marta está haciendo un buen trabajo. Me quedará una cicatriz muy *sexy* —bromeó—. Eso sí, por favor, llevadme a un hospital antes de que me desmaye.

Marta vio a Elías cerca del mausoleo de los Huber.

—Sara, presiona aquí, por favor —dijo.

Se aproximó a Elías, ya no le tenía miedo. La oscuridad que sentía desde el primer momento que llegó a aquel lugar, había desaparecido. Elías se acercó a ella y acarició su rostro, trasmitiéndole paz y serenidad.

—Gracias por tu ayuda —susurró Marta.

Elías asintió con una sonrisa, y emitió un leve susurro.

—Tened mucho cuidado —dijo Elías—. El portal que Agramon ha intentado abrir con este eclipse, traerá consecuencias. Muchos seres se han interesado por vosotros, esto solo ha sido el principio.

Marta se estremeció al oír sus palabras.

Las risas de unos niños hicieron que Marta se girara. Dos pequeños corrían hacia su padre; en sus cuerpos ya no había rastro de su enfermedad. Un olor a lavanda inundó todo el bosque, que provenía de una figura blanca que se aproximaba a ellos. Al pasar por el lado de Marta, Sophia sonrió agradecida. Cogió la mano de su marido, y junto a sus hijos, caminaron hacia la profundidad del bosque para perderse en él.

—¡Marta! —la llamó Sara.

Esta llegó a su lado con lágrimas en los ojos.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada—. ¿Qué es este olor tan fuerte a lavanda?

—Estoy bien —dijo abrazando a su amiga y compañera—. Ese olor pertenece a Sophia, los Huber descansan en paz —añadió mientras se

secaba las lágrimas con el dorso de la mano—. Tenemos que hacer algo por ellos.

—Claro, ¿qué necesitas? —Sara estaba intrigada.

—Los restos de Elías y de sus hijos están en el pozo. —Sara la miraba sin pestañear—. Él me lo mostró, tenemos que sacarlos de ahí y enterrarlos en el mausoleo. La familia Huber se merece estar unida hasta la eternidad.

—Por supuesto, haré una llamada a Zabala. Sé que has pasado por una experiencia complicada, pero quiero que sepas que puedes contar conmigo. —Abrazó a su compañera—. Y, por descontado, espero que me puedas contar todo lo que has vivido.

—*Experiencia complicada* se queda corta para lo que he vivido. —Rio sin ganas—. He tenido más miedo que nunca en mi vida, pero también ha sido increíble. Y, por supuesto, te lo contaré todo.

Erik se aproximó a sus compañeras.

—Acabo de llamar para pedir refuerzos, me quedaré aquí con las detenidas. Vosotras llevad a Rubén al hospital.

Sara y Marta asintieron.

—Rubén, ¿puedes ponerte en pie? —preguntó Sara.

—Lo intentaré, jefa.

Con la ayuda de sus compañeras, Rubén se puso en pie y caminó con torpeza hacia la salida de Santlaú.

Las sirenas y luces de los coches patrulla volvieron a darle vida al bosque que, por fin, parecía que respiraba serenidad después de tanto tiempo. Erik miraba a Cristina y a Rosa, sin dejar de darle vueltas a una idea. Necesitaba conocer la respuesta.

—¿Por qué el cementerio está en ruinas, y sin embargo, el mausoleo está en perfectas condiciones? —preguntó.

—El mausoleo lo construyó Agramon; bueno, en realidad, lo hizo Raquel cuando los Huber murieron. Quería ocultar la entrada a los túneles —explicó Cristina—. Cuando nosotros llegamos, nos preguntamos lo mismo. Una vez al mes, Raquel venía y lo limpiaba; sinceramente, eso nos extrañaba. Quizás, en el fondo, Agramon sentía algo de cariño por esa familia.

—Los monstruos no sienten amor —contestó Erik pensando en El Maestro.

—Yo siempre pensé que una parte de Sophia vivía en él y, que una vez al mes, conseguía salir de la oscuridad para recordar a su familia cuidando de este mausoleo, pero es solo una idea —dijo Rosa encogiéndose de hombros.

—Nunca lo sabremos —contestó Erik girándose tras ver las linternas de varios policías que se acercaban a ellos.

37

Una semana después

Erik abrió sus ojos mientras deslizaba su mano izquierda hacia el lado de la cama donde descansaba su preciosa *chica de fuego*. La habitación olía a ella, a su champú de romero, y una sonrisa apareció en su rostro. Nunca se había sentido tan feliz. Había resuelto un nuevo caso, y se marcharía a unas merecidas vacaciones en Islandia junto a su chica.

El avión salía a las seis de la tarde. Estaba deseando reunirse con su familia, los echaba de menos. La última vez que vio a sus padres fueron las navidades pasadas. Le dolía no pasar más tiempo con ellos, anhelaba navegar junto a su padre y cocinar con su madre. Deseaba que toda su familia conociera a Sara. Estaba convencido de que haría buenas migas con su hermana, ya que se parecían en algunos aspectos; eran dos mujeres excepcionales y valientes.

Al tocar el lado de la cama de Sara, se sorprendió; estaba vacío. «Parece que tenemos la mala costumbre de no despertarnos juntos», pensó Erik. Se incorporó para levantarse y subió la persiana, los primeros rayos de sol le obligaron a cerrar los ojos al instante para acostumbrarse a la claridad. Miró hacia la cama y se dio cuenta de que, encima de la almohada, había una nota.

Buenos días, dormilón.

He salido a correr con Belinda y Laura, me escribieron anoche para una carrera matutina. No te dije nada porque dormías como un lirón, estabas tan adorable emitiendo esos pequeños ronquidos que salían de tus sexys *labios… No quise despertarte y, esta mañana, la* Bella Durmiente *seguía en el mismo plan. Te espero en el Parc de la Ciutadella, te he dejado las indicaciones en el GPS de tu móvil.*

Espabila, que te echo de menos.

Te quiero, hombre de hielo.

Sara.

Al terminar de leer la nota, Erik se echó a reír. «Yo también te quiero, *chica de fuego*», pensó.

◆◆◆

Sara corría junto a sus amigas a paso ligero. La excusa de salir a correr era más para ponerse al día que para hacer ejercicio. Admiró la

belleza del Parc de la Ciutadella. Desde que le asignaron el nuevo caso, no había vuelto a correr y echaba de menos esos momentos; sobre todo en aquel lugar tan especial para ella.

Sus amigas no paraban de charlar, pero su mente se encontraba en otro lugar; en concreto, en Islandia. Estaba muy nerviosa por conocer a la familia de Erik. ¿La aceptarían? ¿Les caería bien? Un nudo en el estómago hizo que parara para coger aire. ¿Cómo era posible? Le daba más vértigo conocer a la familia de su novio que cazar asesinos paranormales.

—Sara, ¿estás bien? —Laura se acercó a su amiga y le tendió una bebida isotónica que sacó de su mochila.

—Estoy bien. —Cogió la botella y bebió despacio—. Es solo que me da miedo conocer a la familia de Erik.

—Vamos a sentarnos un rato y hablamos, ¿vale? —dijo Laura haciéndole un gesto a Belinda, quien se había atrasado un poco.

Eligieron un banco con vistas al lago.

—Vamos a ver, amiga mía, una superpoli como tú que caza… Umm, no sabría describir exactamente qué es lo que cazas. —Rio Laura—. ¿Cómo tienes miedo de conocer a la familia de Erik? ¿Qué es lo que te asusta?

Belinda observaba a sus amigas, sabía perfectamente lo que le pasaba.

—Estas más colgada que una longaniza del islandés y tienes miedo de que su familia vea algo en ti que no les guste y, por lo tanto, Erik cambie de opinión sobre vuestra relación. —Belinda se quedó mirando a Sara a la espera de su respuesta, sabía que había dado en el clavo.

—Increíble —admitió—. Lo has clavado, pero ¿cómo me conoces tan bien?

—Somos tus mejores amigas, así que te conocemos más que tú misma. Laura piensa lo mismo, pero con lo discreta que es, se piensa las cosas antes de decirlas. —Belinda miró a Laura mientras esta asentía—. Sara, no tengas miedo. Eres una tía increíble, amable, cariñosa, valiente. Todo saldrá bien, te lo mereces.

Las tres amigas se fundieron en un cariñoso abrazo.

—¡Madre mía! —exclamó Laura—. Han abierto las puertas del Olimpo y se ha escapado un Dios —dijo sin apartar la mirada de un rubiales que se acercaba hacia ellas.

Erik se aproximó al banco donde su chica estaba junto a sus amigas, quienes lo miraban sin parpadear. Al llegar, se acercó a Sara y la besó en los labios con dulzura. Laura y Belinda se miraron entre risas. «Así que este es el famoso Erik Helgason», pensaron.

Sara hizo las pertinentes presentaciones. Observó cómo los tres hablaban y se reían. Aquella imagen le llenó el corazón, ya que los tres eran muy importantes para ella.

Su teléfono sonó. Lo llevaba atado al brazo con su brazalete deportivo, por lo que lo extrajo con cuidado para leer el mensaje que aparecía en la pantalla. Era del comisario Zabala.

«¡Reunión urgente!
La espero dentro de una hora en comisaría,
avise al inspector Helgason.

—¿Pasa algo? —preguntó Erik al ver a Sara pensativa.

—Mensaje de Zabala, nos espera en comisaría. A ver qué quiere este hombre ahora —dijo con fastidio—. Hoy nos vamos a Islandia, espero no nos haga perder el avión. —Miró a sus amigas con tristeza —. Lo siento, chicas, nos tenemos que ir.

Las tres amigas se abrazaron con fuerza, y Laura aprovechó para acercarse al oído de su amiga.

—Ni se te ocurra dejar escapar a este Dios vikingo —susurró.

—Es lo mejor que me ha pasado en la vida, ni loca lo dejaría escapar —contestó Sara, besando a su amiga en la mejilla.

38

Zabala ojeaba, por cuarta vez, la documentación que le daría a la inspectora Sara Torres. Tenía que reconocer que, tanto ella como su equipo, habían hecho un trabajo excepcional. Después de cerrar el caso, muchos organismos gubernamentales se interesaron por el equipo de la inspectora Torres. El archivo del caso se guardó como *confidencial* y, en ningún momento, se facilitó la información sobre las misas negras ni sobre Agramon; los tomarían por locos. Sin embargo, varios organismos —tanto españoles como extranjeros— estaban al tanto de lo sucedido; entre ellos el CNI, la NSA y el mismísimo FBI. En dos años, se habían cerrado dos casos de carácter *reservado,* por llamarlos de alguna manera.

Luchar contra psicópatas y asesinos violentos era complicado, pero si además se le añadía que eran seres sobrenaturales, lo hacía todavía más difícil. La amenaza era real. Por desgracia, ahí fuera había *cosas* difíciles de explicar y, al parecer, Sara Torres tenía un imán para encontrarlas.

Al ser su equipo, *sus gallinas de los huevos de oro,* tuvo una gran ventaja; llegaron a un acuerdo muy lucrativo para él. Aparte de la ayuda que su amigo Luis Beltrán le brindó dentro de un partido político —que subía escalones a pasos agigantados—, pronto se dedicaría a su verdadera vocación: la política. Pero, mientras tanto, se pondría cómodo y disfrutaría de su nueva situación.

Sara se encontraba junto a su equipo delante del despacho de Zabala. Cuando Erik y ella llegaron a comisaría, se encontraron con Marta y Rubén, quienes también habían recibido el mismo mensaje de Zabala. El nerviosismo reinaba en el ambiente. Sara no paraba de caminar por el pasillo, era incapaz de estarse quieta. Los nervios se la estaban comiendo.

La puerta de Zabala se abrió, miró a sus subordinados y buscó con la mirada a la inspectora Torres, quien caminaba por el pasillo de un lado a otro.

—Inspectora Torres, entre, por favor —ordenó.

Sara aceleró el paso hacia el despacho de Zabala. Antes de entrar, Erik cogió su mano para calmarla y le susurró «todo irá bien».

—Por favor, siéntese —dijo Zabala y señaló la silla—. Lo primero de todo, quiero felicitarla por su trabajo. Lamento no haberlo hecho antes, pero ha hecho usted un excelente trabajo. Luis Beltrán me ha pedido que le dé las gracias por coger a los asesinos de su hija.

—Gracias, señor. Ha sido mérito de todo mi equipo, no solo mío; ellos también se merecen que les dé las gracias —contestó Sara. Estaba feliz de que reconocieran su trabajo; sin embargo, el caso nunca se habría sido cerrado de no ser por la ayuda de sus compañeros.

—Tiene toda la razón —admitió— Y, por supuesto, se las daré. Vayamos al grano, ¿le parece? Seguro que se estará preguntando por qué los he hecho llamar. —Sara asintió—. A raíz de sus dos últimos casos… —Se quedó pensativo—, vamos a decir *escabroso*, por llamarlos de alguna manera, varias organizaciones gubernamentales se han interesado por usted y su equipo.

Sara abrió los ojos como platos, y dejó entreabierta su boca. Eso sí que no se lo esperaba.

—¿Organizaciones gubernamentales? —titubeó—. ¿Cuáles? —preguntó con excesiva curiosidad.

Zabala sonrió al ver la expresión de la inspectora.

—La más interesada ha sido el CNI, aparte de la NSA y el FBI. —Contempló el rostro de la inspectora Torres, quien no daba crédito a lo que su superior le explicaba.

Zabala cogió uno de los documentos que tenía delante y se lo ofreció.

—Lleva mucho tiempo pidiendo liderar una unidad para delitos paranormales. —Sara asintió—. Tengo el honor de comunicarle que ese día ha llegado. En nombre de todas estas organizaciones, le doy la bienvenida a la UDDPI; Unidad de Delitos Paranormales Internacional. En esta documentación —señaló lo que le acababa de entregar—, encontrará todas las condiciones. Léalo con atención y fírmelo, por favor. Como se imaginará, no aceptaremos un *no* por respuesta; lo único negociable serán los términos del acuerdo y no todos.

Sara miró el documento y lo leyó por encima.

—No firmaré nada sin que mis compañeros estén al tanto de la propuesta. Somos un equipo, y todos tienen derecho a opinar.

—Por supuesto, inspectora.

Zabala abrió la puerta e invitó a entrar al resto del equipo a su despacho.

—La inspectora Torres tiene una noticia importante que transmitirles —dijo—. Los dejo media hora para que los pongan al tanto y, cuando vuelva, espero que estos papeles estén firmados. —Se acercó a su mesa y cogió una copia de la documentación para repartirla entre el equipo—. He hecho copias, sabía que Torres querría hablar primero con ustedes.

Una vez que abandonó su despacho, Sara les relató a sus compañeros los acontecimientos que habían tenido lugar hacía escasos minutos. El silencio se apoderó del despacho, Sara miraba a sus compañeros mientras estos digerían la noticia.

—No voy a firmar nada sin que vosotros estéis de acuerdo. —Sara los sacó de sus pensamientos—. Somos un equipo y esta decisión es de todos.

—Yo estoy contigo, ya lo sabes. —Erik la cogió de la mano—. Es lo que querías multiplicado por cien y es una gran oportunidad para todos nosotros.

Marta y Rubén se miraron y hablaron a la vez.

—Cuenta conmigo, Sara —dijeron al unísono.

Rubén no podía contener la alegría que sentía.

—En mi vida me imaginé que esto me pudiera pasar a mí. ¡Trabajar en una unidad especial! Además, con vosotros e internacional; es un sueño hecho realidad —dijo eufórico.

—Opino igual que Rubén, aunque yo no estoy tan eufórica como él —dijo Marta—. No sabemos con qué tipo de cosas nos vamos a encontrar, así que debemos tener la mente muy abierta.

Sara entendía a su compañera. Había visto demasiadas cosas espeluznantes y estaba segura de que no serían las últimas. Ahora tenían la oportunidad de acabar con esas amenazas tan peligrosas y que la gente ignoraba su existencia.

—Compañeros, leamos los documentos. Cualquier punto con el que no estéis de acuerdo, me lo decís y se lo comentaremos a Zabala. —Sara se sentía orgullosa de su equipo, no existían mejores personas y profesionales.

Veinte minutos después, la puerta del despacho se abrió. Zabala tomó asiento en su escritorio, delante de su equipo.

—¿Y bien? —dijo mirando a la inspectora Torres.

—Tanto mi equipo como yo aceptamos formar parte de la nueva unidad. Hemos leído los términos de la documentación, la cual deducimos que es una especie de contrato. —Zabala asintió.

—Es un contrato temporal —aclaró—. El contrato en firme se les dará una vez acepten las condiciones y firmen este.

—Son muy aceptables, solo queremos cambiar uno de ellos. —Sara miró a su equipo, quienes asintieron.

—Usted dirá.

—En el apartado 3 dice que se nos asignará un agente de alto rango para que sea nuestro enlace con las organizaciones gubernamentales que forman parte del proyecto, ya que nosotros no estamos autorizados para hablar con ellos. Bien, queremos que ese agente sea Salgado.

Sara miró muy fijamente a Zabala. Sabía que, por mucho que disimulara, se los estarían llevando los demonios. Él acabó con la carrera de su padre y, ahora mismo, él volvería a admitirlo.

Zabala se revolvía en su silla. Necesitaba que firmara ese contrato, era importante para él. La idea de volver a tener a Salgado en

comisaría le revolvía las entrañas. Era mejor policía que él, por eso se lo quitó de encima hacía más de un año. Estaba desesperado, le interesaba formar esa unidad.

—Dado que es el único término que quiere cambiar, acepto. Salgado será su enlace. —Zabala se levantó para darles la mano a cada miembro de la unidad, agradeciéndoles el gran trabajo realizado en el caso de Lorena Beltrán—. Bienvenidos a la UDDPI. Disfruten de sus merecidas vacaciones, nos vemos en un mes.

Una vez fuera de comisaría, la nueva unidad se abrazó en grupo y compartieron su alegría.

—Chicos, tenemos que irnos. ¡Islandia nos espera! —dijo Sara cogiendo a Erik de la mano.

Epílogo

Dos semanas después, Reikiavik (Islandia)

Sara admiraba el horizonte. El precioso azul del mar se juntaba con un cielo del mismo color. Respiraba la paz que le ofrecía aquel lugar. El puerto viejo de Reikiavik le trajo a la memoria su primer avistamiento de ballenas junto a su *hombre de hielo*, aún recordaba lo nerviosa que estaba y lo mucho que disfrutó a su lado. Llevaba dos semanas en Islandia y se sentía como en casa.

La familia de Erik era encantadora. Sus padres habían llegado el mismo día que ellos, y estaban felices ante la noticia de que serían abuelos por segunda vez. Con su padre, hizo buenas migas; era un hombre muy hablador, le contó miles de anécdotas de los años que trabajó llevando turistas a avistar ballenas y frailecillos. Gracias a ese trabajo, hablaba varios idiomas; entre ellos, un poco de español. Con su madre, no había hablado mucho —solo hablaba islandés y noruego —, pero en todo momento, se mostró cariñosa y atenta con ella.

Su favorita, sin duda, fue Eydís; la hermana de Erik. Desde el primer momento, se hicieron muy buenas amigas. Tenían muchas cosas en común y pasaban horas entre charlas y risas junto a la pequeña Nanna, su primogénita.

Habían sido dos semanas intensas. Erik y su padre no la habían dejado descansar ni un minuto. Le habían hecho de guías turísticos, y visitó la laguna azul; en la que se bañaron en sus aguas a 38º mientras fuera estaban a 4º, una experiencia que quería repetir a solas con Erik. La llevaron de excursión en todoterreno por el glaciar y las cuevas de lava cercanas a Reikiavik. Fue impresionante. Recorrió miles de lugares maravillosos, a excepción de las cuevas de hielo que se negó a volver.

Esa mañana, Erik había salido a navegar con su padre y su cuñado. Eydís le había dicho a Sara que tenía una sorpresa para ella, y dejaron a la pequeña Nanna en casa con su abuela. Las dos pusieron rumbo al puerto viejo, donde les esperaba una misteriosa sorpresa.

Sara seguía inmersa en sus pensamientos, respirando paz, pero sintió que le tocaban el hombro con delicadeza. Al girarse, emitió un grito de alegría.

—¡Señora Johnson! —Abrazó a la mujer con todas sus fuerzas—. ¡Qué alegría! —Miró a Eydís con gratitud—. Qué ganas tenía de verla, pero Erik me dijo que no se encontraba en Islandia.

—Mi niña, pero, mírate, ¡qué guapa estás! —exclamó la señora

Jonhson con lágrimas de felicidad en sus ojos—. He llegado hoy; fui a visitar a unos parientes que tengo en Suecia. Eydís me llamó y me dijo que estabas aquí, así que no pensaba perder la oportunidad de verte. Mi niña, dime si mi Erik se ha decidido a mostrarte sus sentimientos —dijo entre risas.

El rostro de Sara se incendió, igual que el volcán en erupción que visitó hacía unos días.

—Por tu reacción, diría que sí. —Sara asintió—. ¡Cuánto me alegro por los dos!, os merecéis el uno al otro. Por cierto ¿ese barco no es el JÖKULL?

Sara y Eydís se giraron, y vieron cómo el barco se dirigía al puerto.

El teléfono de Sara sonó. Lo sacó del bolsillo de su plumón. Esperaba que fuera Salgado, quien, desde que le dio la noticia de su nueva incorporación, vivía feliz molestando constantemente a Zabala. Al mirar el teléfono, vio que se trataba de un número desconocido.

—¿Sí? —contestó intrigada.

Al otro lado de la línea, se oía una respiración agitada, pero no contestaban.

—¿Sí? —repitió.

—¿Eres Sara Torres? —preguntó una voz femenina en apenas un susurro.

—Sí, soy Sara Torres. ¿Y tú?, ¿quién eres? —No le sonaba aquella voz.

—Mira, esto te va a sonar raro, pero por favor, tienes que escucharme.

Aquella chica parecía tener problemas, podía escuchar su miedo.

—Tranquila, ¿en qué puedo ayudarte?

—Sara, me llamo Lys y soy tu hermana. Necesito tu ayuda, alguien quiere matarme.

Sara palideció… ¿Su hermana? Ella era hija única, esa chica se había confundido de persona.

—Disculpa, te equivocas de persona —contestó nerviosa—. Yo no tengo hermanos.

—Sara, te aseguro que soy tu hermana. Si no me crees, pregúntale a Salgado. Necesito que me ayudes, por favor. —Al otro lado de línea, se escuchó un sollozo—. Por favor, me van a matar.

La llamada se colgó.

Erik acababa de aparecer delante de Sara, quien estaba blanca como un iceberg y respiraba con dificultad.

—Sara, ¿qué te pasa? —preguntó Erik asustado—. ¿Quién te ha llamado?

—Tenemos que volver a España.

Continuará…

Agradecimientos

Cada vez que termino una aventura de Sara y Erik aparece un vacío en el centro de mi pecho, aunque son personajes de ficción —para mí— son como mis hijos. Al escribir la palabra *Fin*, sé que vamos a estar separados durante un tiempo, y aunque suene raro, los echo de menos en mi día a día. Quiero darles las gracias a mis dos personajes principales por calar tan hondo en mí.

Gracias a Thor por haber formado parte de mi vida. Has sido muy importante para mí, *ratoncito*. Empecé esta historia justo cuando le detectaron una enfermedad, que se lo acabó llevando. Mi gordo, te quiero muchísimo y te echo mucho de menos. Espérame en el arcoíris, estoy segura de que un día nos volveremos a encontrar.

Gracias a mis padres, Eduardo y Carmen; a mi preciosa sobrina, Leire; a mi hermano, Iván; y mi cuñada, Carmen. También a mi hermana, Laura, que es mi mitad y un gran apoyo; de ahí el nombre de esta novela; a mi cuñado, Dani.

Gracias a mis lectoras cero: mi hermana, Laura; mi amiga, Belinda; y su marido, Marc. Después de toda una vida juntos, ya somos familia.

A mis lectoras beta: Siena (@ssienalopez), Inma (@iamwithmybooks) y Virginia (@viryinbooks). Gracias por haber estado a mi lado en mis malos momentos, ya sabéis que sois muy importantes para mí y que os quiero mil.

Gracias a mi correctora, amiga, compi y chica para todo: Sandra (@libertyagle20), ya sabes que te quiero mucho.

A mi amiga, Raquel; a su marido, Manu; y a sus preciosos peques, David y Sergio. Por más tarde hablando de nuevas historias. Lo que da de sí una idea, ¿verdad?

Y muchísimas gracias a tod@s los que le disteis una oportunidad a *El último sacrificio*. Gracias por vuestras reseñas, muestras de cariño y opiniones. Sois una parte muy importante de mi proceso de escritura, y sobre todo, me habéis animado mucho a seguir metiendo en líos a Sara y a Erik.

Sobre la autora

Sandra Galán nació en Barcelona en 1977. Cursó estudios de técnico administrativo durante cinco años y actualmente trabaja como *Costumer Service*.

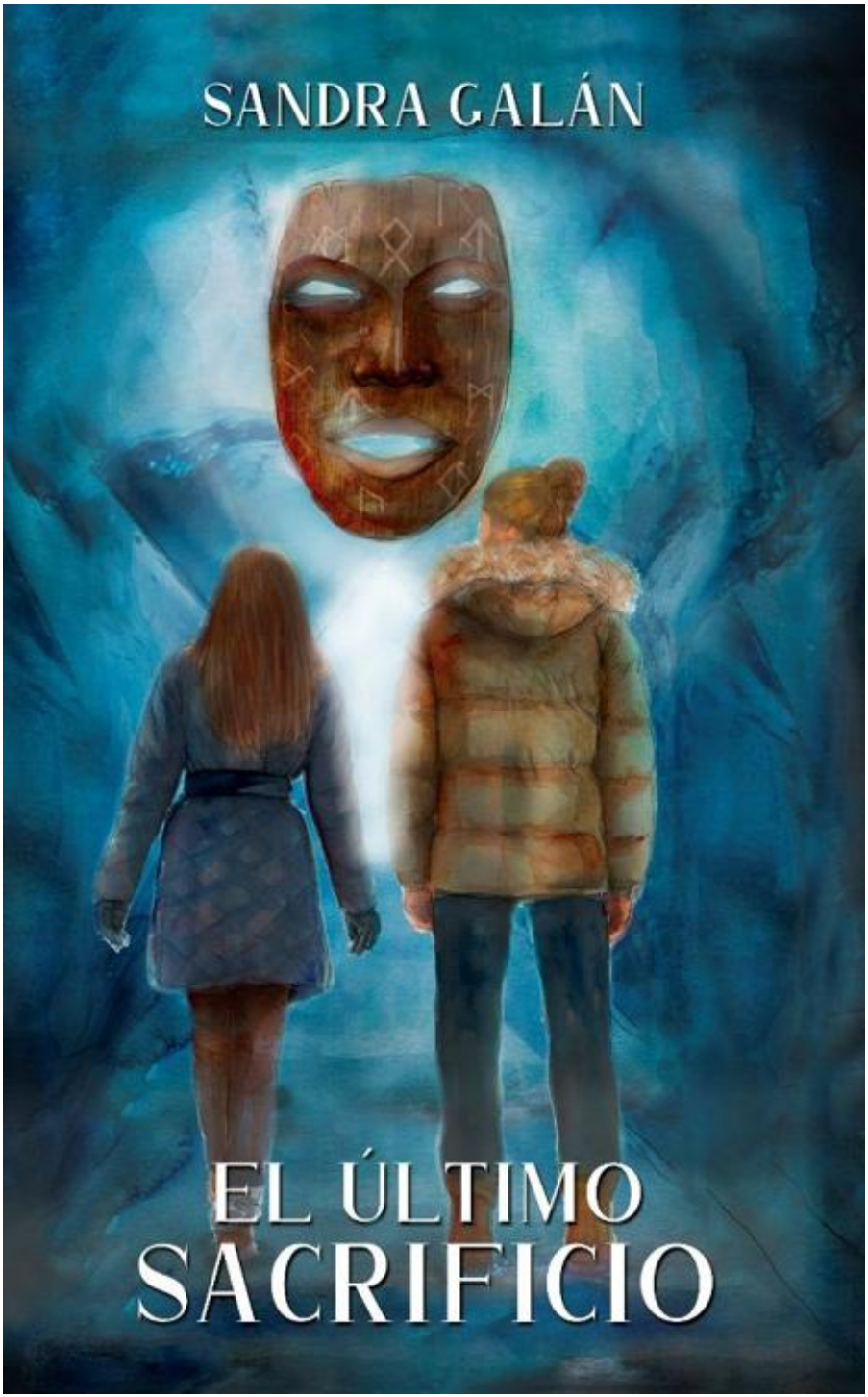
Apasionada de la lectura desde que tiene memoria. Ha leído cientos y cientos de historias: su género favorito es el *thriller*; aunque en su biblioteca también encontrarás algún título de terror y fantasía.

Aparte de la lectura, otro de sus *hobbies* son la naturaleza y el cine. Adora pasear y descubrir nuevos lugares donde perderse; aunque jamás negaría manta y peli si la película es de terror o de la década de los 80.

Con su primer libro, *El último sacrificio*, quiso crear una historia para que el lector disfrutara de la gran pasión que supone ser amante de la literatura de suspense. Con su nuevo libro, *Santlaú* cambia su repertorio a un género más terrorífico en un nuevo caso para Sara Torres.

Instagram: @sandragalan.myboocks

Santlaú
es la segunda parte de…


SANDRA GALÁN
EL ÚLTIMO
SACRIFICIO